



Traición

SECRETA

MEG SHANNON

Traición Secreta

Mafia Romano de Nueva York

Libro 1

Meg Shannon

Copyright 2023 por Meg Shannon

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada, transmitida o distribuida en ninguna forma impresa o electrónica por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos reales es pura coincidencia.

Para todos aquellos que han triunfado sobre sus circunstancias.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

Sobre este libro

Mi hermano, el idiota, acumuló deudas de juego con la familia Romano. Él no puede pagarlas y nuestro padre tampoco.

Solo tengo una cosa para negociar y mi padre hará lo que sea para asegurarse de que este trato se cierre.

Nicholas Romano perdonará las deudas a cambio de mí. Todos los problemas de mi familia desaparecerán tan pronto como me reclame como su esposa.

Pero no soy una flor delicada y tengo mis propias condiciones. Primero, necesitamos salir como una pareja normal porque no me casaré con un extraño.

Digo que sí después de un breve cortejo, pero el hombre amable, romántico y considerado que deslizó ese anillo de diamantes en mi dedo no es el hombre cruel con el que me casé.

Nicholas Romano es un monstruo. Un monstruo frío, rico y despiadado que controla toda mi vida.

Llorar no ayudará, suplicar no ayudará. Lo único que quiere es mi sumisión. Está bien, puedo fingir porque un día cometerá un error y huiré.

Traición Secreta es un romance oscuro de mafia con matrimonio arreglado. Es el libro 1 de la serie Mafia Romano de NY y no es una historia independiente. La historia continúa en dos secuelas más: Venganza Secreta y Pasión Secreta.

Capítulo 1

Liliana

Estaba sentada en mi escritorio, cuestionando mis decisiones de vida. Había querido ir a la universidad, lo cual es inusual para las hijas de la Mafia. Para convencer a mi padre, le prometí trabajar para él. Ahora pasaba mis días traduciendo para él: escuchas telefónicas entrecortadas, contratos y cualquier cosa que le llegara desde Italia.

El Nocturno de Chopin sonaba suavemente en mi oficina en casa, brindándome paz, hasta que alguien golpeó la puerta. Me levanté, preocupada porque había algo ominoso en alguien que no se molestaba en usar el timbre.

—¿Quién es? —las palabras salieron de mis labios mientras atravesaba la sala de estar.

—Abre, hermanita, soy yo, David —llegó la respuesta ahogada a través de la puerta, su voz cargada de urgencia. Una ola de alivio me invadió; era solo mi hermano. Abrí la puerta. David entró apresuradamente. Se veía desaliñado y tenso, en lugar de su habitual estilo impecable y manera relajada. Un inquietante aroma a sudor y humo de cigarrillo lo siguió hasta mi sala. Su mirada recorrió cada rincón de la habitación, buscando una amenaza invisible.

—David, ¿qué pasa? —pregunté, con la voz teñida de preocupación.

—¿Podemos hablar? Por favor, Lili —sus palabras estaban cargadas de desesperación, y supe que estaba en problemas.

—Por supuesto, siéntate —dije, guiándolo al sofá. Ignoró mi oferta de una bebida y en su lugar se lanzó directamente a su súplica—. Liliana, necesito un favor... un favor financiero.

Una sensación de hundimiento se instaló en mi pecho, como un ancla arrastrándome hacia abajo, y percibí el hedor subyacente de deudas de juego. Me dolía la decepción, pero mantuve la compostura.

—¿Cuánto necesitas, David?

—Tres millones de dólares —dijo, evitando el contacto visual.

—¿Tres millones? —susurré, con la conmoción filtrándose en mi voz—. Necesitas pedirle a Papá esa cantidad de dinero.

Al mencionar a Papá, el rostro de David palideció y descartó rápidamente la idea.

—No, no, no podemos involucrarlo en esto —balbuceó—, no después de las amenazas que hizo la última vez que fui a él por dinero.

—David, ¿qué has hecho? —pregunté en voz baja, mi voz temblando de miedo y preocupación. Permaneció en silencio, sus ojos suplicando comprensión.

Suspiré, con el peso de las cargas de mi hermano sobre mis hombros. A pesar de mi decepción, no podía darle la espalda a David. Mi amor por él era incondicional, pero desafortunadamente, mi cuenta bancaria no lo era.

—No tengo esa cantidad de dinero ya. Has pedido prestado todo lo que tenía.

Me miró, la desesperación lo impulsó a preguntarme de nuevo.

—¿Estás segura? Debes tener algo de dinero guardado.

Lo tenía, pero no quería que lo supiera.

—Realmente creo que esta vez me matarán —dijo tan suavemente que apenas pude oírlo.

Mi hermano había debido dinero a varias familias en el pasado, y no podía imaginar que quedara alguna que le diera una línea de crédito.

—¿A quién le debes?

—A los Romano. Por fin encontré a alguien que me adelantó un poco de efectivo. Estaba ganando mucho, pero luego las cartas cambiaron y lo perdí todo.

Había escuchado esta historia, o una variación de ella, al menos una vez al año durante los últimos años. Y al final, siempre le daba todo lo que tenía.

—Puedo conseguirte cien mil, pero nada más.

—Gracias, Lili —susurró, sus ojos llenos de gratitud y arrepentimiento—. Te prometo que lo arreglaré.

—Prométeme que tendrás cuidado, David —dije, con la voz temblorosa. Quería gritar, llorar, suplicarle que buscara ayuda, pero nunca había funcionado en el pasado y no creía que lo hiciera hoy tampoco.

Asintió solemnemente, pero pude ver el destello de miedo detrás de sus ojos. Mientras salía de mi apartamento, me pregunté si podría hacer algo más que facilitar su comportamiento autodestructivo. El amor que sentía por mi hermano superaba esas dudas, y sabía que haría cualquier cosa para protegerlo.

El sonido de la puerta al cerrarse resonó en el pequeño apartamento, dejándome con una sensación vacía que hizo eco en mi pecho. Miré por la ventana el austero paisaje de concreto de la ciudad de Nueva York bajo el manto de la oscuridad, un reflejo apropiado de mis pensamientos perturbados.

—Maldita sea —murmuré mientras luchaba por contener la ira y el miedo que me consumían. Mi único hermano estaba enredado en una telaraña de la que no podía escapar, y yo no podía hacer nada al respecto.

Regresé a mi oficina, intentando sacudirme las inquietantes emociones que me atenazaban. Tenía trabajo que hacer, y regodearme en la autocompasión no ayudaría a nadie, y menos aún a David.

Pero por mucho que intentara concentrarme en las palabras frente a mí, mi mente seguía volviendo a la mirada desesperada de David. Me desgarraba el corazón, aplastando cualquier esperanza que me hubiera atrevido a albergar de que algún día pudiéramos llevar una vida normal.

—¿Es esto lo que querías para nosotros, papá? —pregunté a la habitación vacía, con lágrimas ardientes picando en las comisuras de mis ojos—. ¿Debemos siempre enredarnos en esta violencia y engaño?

En respuesta, una ráfaga de viento hizo temblar el cristal de la ventana. Una corriente fría me picó la piel, haciéndome retroceder y acurrucarme protectoramente.

—Maldita sea esta vida —dije, limpiándome las lágrimas que traicionaban mi vulnerabilidad. Tenía que ser fuerte. Por David. Por mí misma.

Reanudé mi trabajo, traduciendo una conversación entre dos facciones rivales, sus amenazas veladas y promesas de violencia saltando de la página. Era un escalofriante recordatorio de lo que nos esperaba si no lográbamos navegar este mundo traicionero con precisión y astucia: un final brutal a manos de aquellos que querrían ver destruida a la familia Ricci.

Pasaron horas mientras traducía el oscuro diálogo, mis dedos volando sobre el teclado en un intento desesperado por dejar atrás mis pensamientos. No importaba cuán rápido trabajara,

estos se entrometían y empezaba a preocuparme de nuevo.

Cuando ya no pude más, me aparté del escritorio y enterré mi rostro entre las manos. Esta vida me estaba sofocando lentamente, pero no podía abandonar a mi familia ni al único mundo que había conocido.

Volví mi atención a los documentos frente a mí, preparándome contra las palabras violentas y las imágenes brutales que definían mi existencia. En este mundo retorcido, el amor y la lealtad eran mis únicas armas, y las empuñaría con toda la fuerza y determinación que pudiera reunir.

Otro golpe inesperado en mi puerta me sacó de mis sombríos pensamientos. Dudé, preguntándome si David habría regresado necesitando más ayuda, pero cuando abrí la puerta, una cálida sonrisa se extendió por mi rostro.

—¡Sofía! —exclamé, atrayéndola hacia un fuerte abrazo. El familiar aroma del perfume de mi mejor amiga mezclado con su risa contagiosa fue un bálsamo para mi alma maltratada.

—Hola, Lili —respondió Sofía, sus ojos azules brillando con picardía—. Pensé que podrías necesitar algo de compañía esta noche.

—Gracias, realmente necesitaba esto —dije, haciéndome a un lado para dejarla entrar.

Nos sentamos en el suave sofá y hablamos sobre nuestras aventuras de la infancia. Recordamos bailar toda la noche y reír juntas. Por un momento, pude olvidar la oscura nube que se cernía sobre mi vida, perdiéndome en recuerdos de tiempos más simples.

—¿Recuerdas aquella vez que nos colamos en el viejo cementerio de la iglesia y casi nos atrapa el padre Giuseppe? —preguntó Sofía, su risa llenando la habitación.

—¡Por supuesto! Nos persiguió con su bastón, gritando que éramos una desgracia para nuestras familias —respondí, sonriendo ante el recuerdo. Se sentía bien reír, dejar ir el aplastante peso de la responsabilidad y el miedo que se habían convertido en mis constantes compañeros.

Mientras nuestras risas se apagaban, la mirada de Sofía vagó por mi apartamento, deteniéndose finalmente en un emblema ornamentado colgado en la pared: el escudo de la familia Ricci, un símbolo tanto de orgullo como de dolor.

—Tu familia tiene una historia tan rica, Lili —dijo, su voz teñida de asombro—. Debe ser increíble ser parte de algo tan poderoso.

—El poder tiene un precio —respondí en voz baja, con los fantasmas del pasado de mi familia volviendo a mi conciencia—. Me pregunto si vale la pena.

—Tu lealtad hacia tu familia es una de las cosas que más admiro de ti —dijo Sofía, su mirada comprensiva—. Pero ¿alguna vez has considerado cómo sería tu vida si no estuvieras tan... enredada en el negocio de tu padre?

No era la primera vez que deseaba poder contarle todo, pero no podía dejarle saber cuán peligroso era el negocio de mi familia. Ella no tenía idea de que la familia Ricci tenía un largo y turbio pasado como una de las familias mafiosas de la ciudad de Nueva York.

—Mi familia lo es todo para mí —respondí evasivamente—. Papá necesita a alguien en quien pueda confiar, y no quiero decepcionarlo. Además, ¿quién más me contrataría?

Sofía extendió la mano y apretó la mía, con los ojos llenos de comprensión y compasión.

—Eres más fuerte de lo que crees, Lili. Y a veces, la mejor manera de proteger a los que amamos es encontrar nuestro propio camino, aunque nos lleve lejos de ellos.

Mientras estaba allí sentada, aferrándome a las palabras de Sofía como si fueran un salvavidas, juré hacer lo que fuera necesario para protegerla de la brutal realidad de mi existencia. Ella era mi faro de esperanza, mi vínculo con un mundo no manchado por la violencia y la oscuridad, y lucharía para preservar esa conexión con cada fibra de mi ser.

—Gracias, Sofia —dije, el peso de mis secretos momentáneamente aliviado por su apoyo inquebrantable—. No sé qué haría sin ti.

—Hey, para eso están las amigas, ¿no? —respondió, atrayéndome a otro abrazo que se sentía como una promesa y una oración a la vez.

Mi risa se desvaneció cuando los ojos de Sofia se entrecerraron, una repentina curiosidad brillando detrás de su cálida mirada.

—¿Y cómo está David? —preguntó, con voz casual pero insistente.

—David está... ocupado —dije, eligiendo mis palabras con cuidado—. Ya lo conoces, siempre trabajando en algo.

Sofia frunció el ceño, claramente percibiendo que había más en la historia de lo que yo estaba revelando. Pero, bendita sea, no insistió más en el tema. En su lugar, miró hacia la ventana, formándose una idea en su mente.

—Oye, ¿por qué no vamos a tu santuario en la azotea? Hace siglos que no subimos juntas —me sonrió, su preocupación anterior reemplazada por entusiasmo.

—Claro —acepté, agradecida por el cambio de tema—. Vamos.

Mientras subíamos las escaleras hacia la azotea, podía sentir cómo el peso asfixiante del legado de mi familia se levantaba de mis hombros. La puerta chirrió al abrirse, revelando la impresionante vista del horizonte de Nueva York contra el cielo nocturno. Este era nuestro refugio de la bulliciosa ciudad abajo, un lugar donde podíamos olvidarnos de todo lo demás y simplemente existir.

—Vaya, Lili, tu jardín ha crecido mucho —exclamó Sofia, admirando la exuberante variedad de plantas que había cultivado cuidadosamente a lo largo de los años. En sus vibrantes tonos y delicadas fragancias, encontraba una apariencia de paz y consuelo que mi vida rara vez me permitía.

—Gracias —dije, observando cómo ella deambulaba entre las flores, sus dedos rozando los pétalos. Sonreí ante la vista; era como un rayo de sol, su presencia un bálsamo para mi alma herida.

Nos acomodamos en dos sillas gastadas pero cómodas mientras contemplábamos la extensa ciudad debajo de nosotras. Las luces brillantes y el incesante zumbido de actividad servían como un marcado contraste con los momentos tranquilos que compartíamos aquí arriba.

—¿Recuerdas cuando solíamos soñar con escapar de la ciudad? —preguntó Sofia suavemente—. Hablábamos de todos los lugares a los que iríamos, las aventuras que tendríamos...

Asentí, sintiéndome abrumada por la nostalgia y los sueños incumplidos.

—Sí, lo recuerdo —dije, tragando el nudo en mi garganta—. De todas las cosas que dijimos que queríamos hacer, creo que mudarnos a Nebraska y convertirnos en granjeras era mi favorita.

Sofia se rio.

—Ahora que sabemos cómo huelen las vacas, creo que podemos tachar eso de nuestra lista de cosas por hacer.

Miré fijamente la ciudad, su lado oscuro oculto bajo las luces brillantes. Era un mundo que me había robado tanto: inocencia, libertad, amor. Y sin embargo, mientras estaba sentada allí con Sofia a mi lado, sentí que una chispa de esperanza se encendía en mi pecho.

Ansiosa por desviar la conversación de nuestras vidas personales, decidí compartir algunas noticias con ella.

—¿Sabes? He estado trabajando en un proyecto de traducción fascinante últimamente —

comencé, mis ojos iluminándose con solo pensar en ello—. Es una colección de sonetos italianos, una hermosa mezcla de pasión y melancolía.

—Vaya, eso suena increíble, Lili —respondió Sofia, su entusiasmo genuino mientras se inclinaba más cerca para escuchar más sobre mi trabajo.

—Realmente lo es. No se trata solo del idioma, sino de las emociones transmitidas a través de las palabras —expliqué, gesticulando animadamente con las manos mientras hablaba—.

Antes de que pudiera profundizar más en las complejidades de los sonetos, el duro timbre de mi teléfono atravesó el interludio pacífico como una hoja fría. Reconocí el número de mi padre; esta era una de esas llamadas que no podía permitirme ignorar. Murmuré una disculpa a Sofia antes de contestar, tratando de mantener una expresión neutral durante la tensa conversación.

—¿Has terminado la traducción? —preguntó mi padre impacientemente.

—Casi —respondí secamente, con la mandíbula tensa mientras luchaba por mantener mi enojo bajo control—. Sofia está aquí de visita y la terminaré después de que se vaya.

—¿Todo bien? —preguntó Sofia con cautela una vez que colgué, su ceño fruncido por la preocupación.

—Por supuesto —mentí con suavidad, forzando una sonrisa en mis labios—. Solo cosas del trabajo.

Pero mientras retomábamos nuestra conversación, podía sentir los ojos de Sofia fijos en mí, la semilla de la sospecha firmemente plantada en su mente.

El aire nocturno estaba cargado, impregnado con el aroma de la lluvia mientras Sofia y yo nos sentábamos en la azotea, nuestras risas apagándose hasta convertirse en un silencio cómodo. Compartíamos una botella de vino, bebiéndola lentamente.

—Escucha esto —dijo Sofia de repente, su voz baja y melodiosa. Comenzó a tararear una melodía inquietante que me erizó la piel. Las notas eran dolorosamente familiares, tirando de los bordes de recuerdos enterrados hace mucho tiempo.

—¿Recuerdas esa canción? —pregunté, mientras intentaba mantenerme firme ante el aluvión de recuerdos.

—Tu madre solía cantárnosla cuando éramos pequeñas, ¿recuerdas? —respondió Sofia, sus ojos suaves con nostalgia.

Asentí, incapaz de hablar por el nudo en mi garganta. Los recuerdos volvieron como una inundación, el olor a pan fresco que impregnaba la cocina, el sonido de la risa de mamá y la visión de sus ojos oscuros llenos de amor. ¿Cómo podría olvidarlo alguna vez?

—Lo siento. No quería ponerte triste —dijo Sofia, alcanzando mi mano y apretándola.

—Gracias. No tienes idea de cuánto significa eso para mí.

Nos quedamos allí sentadas por un momento, perdidas en nuestros pensamientos, la ciudad debajo de nosotras un zumbido distante. Y luego, con un suspiro, Sofia anunció que tenía que irse. Se estaba haciendo tarde, y el mundo más allá de nuestro santuario la llamaba de vuelta.

—Cuídate, Lili —dijo, abrazándome fuertemente—. Y no te preocupes por esa llamada telefónica de antes. Sea lo que sea, sé que podrás manejarlo.

Sonreí, conmovida por su fe en mí, incluso mientras el peso de mis secretos me agobiaba. —Lo haré —prometí—. Buenas noches, Sofia.

Mientras nos girábamos para volver adentro, capté un destello de movimiento en la azotea de al lado, pero antes de que pudiera reaccionar, la figura se desvaneció tan rápido como había aparecido.

—¿Quién anda ahí? —grité, mi voz temblando a pesar de mi mejor esfuerzo por sonar fuerte.

El silencio me recibió, y me quedé allí parada, expuesta y vulnerable, helada hasta los huesos por el conocimiento de que alguien nos había estado observando, acechando en la azotea de al lado. Pero, ¿quién? ¿Y por qué?

—¿Viste a alguien? —preguntó Sofía.

Logré esbozar una pequeña sonrisa. —Alguien en la azotea de al lado, probablemente solo tomando aire fresco.

Me despedí de Sofía, cerrando la puerta con llave detrás de mí y corriendo las cortinas firmemente. La noche estaba lejos de terminar, y tenía que finalizar el trabajo de mi padre antes de que volviera a llamar.

Estaba sola en mi apartamento, el silencio resonando a través de las habitaciones vacías como un suspiro melancólico. Mientras caminaba hacia la sala de estar, mis ojos se vieron atraídos por una pequeña caja de madera intrincadamente tallada, escondida en un rincón de la estantería.

Alargué la mano hacia ella, mis manos temblando ligeramente mientras trazaban los contornos familiares de la caja. Contenía recuerdos de mi pasado, fragmentos de una vida que una vez estuvo llena de risas y felicidad. Nuestra familia había perdido su alegría cuando mi madre murió.

—¿Por qué tuviste que dejarnos tan pronto, mamá? —susurré, mi voz quebrándose por la emoción mientras abría la caja, revelando su contenido. Una fotografía Polaroid descolorida de mi madre me devolvía la mirada, su sonrisa congelada en el tiempo, intacta por la oscuridad que finalmente la había consumido.

—No tuve otra opción —parecía decir, sus ojos llenos de tristeza incluso mientras sus labios se curvaban en una cálida y amorosa sonrisa.

Me alegraba que no estuviera aquí para ver los juegos de azar de David, o cómo mi padre no se había permitido ser feliz desde que nos dejó.

Mientras miraba la vieja fotografía, las lágrimas se acumularon en mis ojos. Habían pasado años desde que la perdimos, pero el dolor aún estaba fresco, como si el tiempo se hubiera detenido, congelado justo como esa imagen. Aferrarme al recuerdo desvanecido del amor de mi madre era todo lo que me quedaba.

Secándome una lágrima, mi atención volvió a la caja de madera. Entre las pertenencias anidadas en su interior, un delicado collar de plata llamó mi atención. Brillaba bajo la suave luz del atardecer que se filtraba por la ventana. Una sensación de curiosidad se encendió dentro de mí, instándome a desentrañar su historia.

Levantando cuidadosamente el collar de la caja, lo reconocí al instante. Era la joya favorita de mi madre, la que usaba en ocasiones especiales.

Cerrando la caja de madera con gran cuidado, la llevé de vuelta a su rincón en la estantería. Era un recordatorio del pasado, pero también una prueba de nuestra resistencia como familia. Mientras me alejaba, mi mirada se detuvo una vez más en la fotografía, la gratitud creciendo dentro de mí por el tiempo que habíamos compartido.

Capítulo 2

Nicholas

Me froté las sienes, tratando de disipar la persistente jaqueca de otra noche de insomnio. La única luz que había encendido proyectaba sombras sobre los muebles de cuero y las estanterías de caoba que cubrían las paredes. Riccardo y Marco estaban sentados frente a mí, sus rostros marcados por la preocupación mientras compartíamos tragos fuertes servidos de una costosa botella de whisky escocés.

—Nicholas, necesitamos encontrar esos AR-5 —dijo Marco, con voz tensa. El reciente revés nos pesaba a todos; un valioso cargamento de armas y culatas ilegales había desaparecido sin dejar rastro.

—Créeme, lo sé —respondí, apretando los dientes—. Cuanto más tiempo estén desaparecidas, más vulnerable se vuelve nuestra posición.

Riccardo se inclinó hacia adelante, sus ojos oscuros fijos en los míos. —No podemos permitirnos perder el control del mercado negro, Nicholas. No se trata solo del dinero, parecemos débiles y necesitamos esas armas.

Solté un profundo suspiro y di un trago al whisky, sintiendo su ardiente calidez extenderse por mi pecho, ofreciendo un breve respiro a mis preocupaciones. —Lo sé, Riccardo. Por eso he asignado a Tommy para rastrear el cargamento.

—¿Tommy? —Marco arqueó una ceja—. Ha estado rindiendo por debajo de lo esperado últimamente. ¿Estás seguro de que está a la altura?

—La lealtad de Tommy es incuestionable —defendí, apretando el puño—. Puede que haya flaqueado recientemente, pero siempre ha cumplido cuando es importante. Confío en que manejará esto.

—Si tú lo dices —cedió Marco, dando un sorbo a su bebida—. Pero si las cosas no mejoran pronto, quizás tengamos que intervenir nosotros mismos.

Miré fijamente el líquido ámbar en mi vaso, su cálido resplandor reflejando mi determinación. —Soy consciente de eso, pero tengo fe en Tommy. Encontrará las armas, y nos encargaremos de quien sea responsable de este contratiempo.

—Nicholas, sabes lo que está en juego —dijo Riccardo, con voz seria—. El caos que podría desatarse si esas armas caen en las manos equivocadas... podría ser catastrófico.

Golpeé mi vaso contra la mesa, el sonido resonando por la habitación. —¡Basta! —espeté, entrecerrando los ojos—. Entiendo la gravedad de la situación, y haré todo lo que esté en mi poder para asegurarme de que nuestros enemigos no obtengan ventaja.

Marco levantó las manos en señal de rendición. —De acuerdo, jefe, confiamos en tu juicio.

—Bien. —Me recosté en mi silla, tratando de sofocar la creciente sensación de inquietud que roía los bordes de mi mente. A pesar de mi apariencia tranquila, no podía sacudirme la sensación de que esto era solo el comienzo de una tormenta más grande que se avecinaba en el horizonte.

A medida que avanzaba la noche y la conversación se desviaba hacia otros asuntos, mis pensamientos seguían volviendo a las armas desaparecidas y las potenciales consecuencias de su desaparición. La responsabilidad pesaba sobre mí, y no podía permitirme flaquear. Mi familia, mi imperio, dependían de mi fuerza y resolución inquebrantable.

La puerta de mi oficina se abrió de golpe, rompiendo el tenso silencio que se había instalado en la habitación. Tommy irrumpió, con gotas de sudor perlado su frente fruncida, y pude ver la frustración grabada en cada línea de su rostro.

—Jefe, yo... no sé dónde están las armas —balbuceó, sus ojos saltando entre Riccardo y yo—. He intentado todo, pero simplemente no hay rastro de ellas.

Apreté la mandíbula, con la ira burbujeando bajo la superficie mientras consideraba nuestra situación. El cargamento desaparecido era como una herida abierta, supurando y amenazando con traernos problemas a todos.

Me obligué a mantener la calma a pesar de la creciente tormenta en mi interior.

—Tienes otras veinticuatro horas.

—Gracias, jefe —respondió, su voz teñida de alivio—. No le fallaré.

—Antes de que te vayas —añadí, entrecerrando los ojos mientras una nueva sospecha se arraigaba en mi mente—, asegúrate de echarle un buen vistazo a la familia Bianchi. Han estado buscando una manera de debilitarnos, y esta podría ser su oportunidad perfecta.

—Entendido —asintió Tommy, con determinación brillando en sus ojos. Se dio la vuelta para irse, pero levanté una mano para detenerlo.

—Recuerda —le advertí—, las consecuencias del fracaso son graves. No subestimes el peligro al que nos enfrentamos si esas armas caen en las manos equivocadas.

Cuando Tommy cerró la puerta tras de sí, solté un largo y lento suspiro, sintiendo el peso de la responsabilidad presionándome. Mi imperio se tambaleaba al borde del desastre, y dependía de mí salvarlo del colapso.

—Riccardo —dije, volviéndome hacia mi amigo más cercano y lugarteniente de confianza—, necesitamos estar preparados para lo peor. Moviliza a nuestros hombres, refuerza la seguridad alrededor de nuestros negocios. Quiero ojos y oídos en todas partes.

—Por supuesto —respondió, su voz firme como siempre—. Me aseguraré de que estemos protegidos.

Asentí, agradecido por su lealtad inquebrantable. Un frío nudo de temor se retorció en mis entrañas. Antonio Bianchi había estado sondeando mis negocios, buscando una manera de quebrarme. Las apuestas eran más altas que nunca, y no había margen para el error.

La tensión en la habitación pareció disiparse mientras los negocios concluían por la noche. Marco, siempre el bromista, me dio una palmada en el hombro y se excusó con una sonrisa.

—Tengo que irme a casa; mi novia me está esperando. Deberías buscarte una también, Nicholas. Podría ayudarte a relajarte un poco.

Riccardo se rio, el sonido fue un alivio bienvenido de las sombrías conversaciones que acabábamos de tener. Me permití una pequeña sonrisa, apreciando el intento de aligerar el ambiente.

—Ah, sí —intervino Riccardo, con diversión en su voz—. Porque tu última relación fue tan relajante, ¿no?

Una risa seca escapó de mis labios, recordando mi tumultuoso romance con Francesca Conti. La ardiente hija de una familia menor de la Mafia, había sido tan hermosa como manipuladora. Nuestro amorío había traído más tensión que comodidad, pero por un breve

momento, me permití recordar su toque, su aroma, su sabor. En esos fugaces momentos de intimidad, había habido destellos de ternura en medio del caos que ella traía a todas partes.

—Francesca era todo un desafío —admití, sacudiendo la cabeza—. Pero ciertamente sabía cómo mantener las cosas interesantes.

—Interesantes es una forma de decirlo —sonrió Riccardo, sus ojos brillando con picardía—. Todavía recuerdo la noche que irrumpió en nuestra reunión, exigiendo que lo dejaras todo y la llevaras a una escapada romántica.

—Ah, cierto —suspiré, frotándome la nuca—. Eso fue... toda una experiencia.

Compartimos un momento de risa, permitiéndonos escapar brevemente de la sofocante realidad de nuestro mundo. Pero a medida que el eco de nuestra alegría se desvanecía, el peso de nuestras responsabilidades volvió a presionarme.

El aroma del costoso whisky permanecía en el aire, un recordatorio de nuestra camaradería compartida en medio del peligro que nos rodeaba. La risa de Riccardo se apagó, dejándome reflexionar sobre las implicaciones del comentario de Marco. Hice girar el líquido ámbar en mi vaso, observando cómo captaba la luz de la oficina.

—Francesca ciertamente no era la respuesta a mis problemas —dije, con voz grave—. Pero sí necesito una esposa, no solo para mí sino por el bien de nuestros negocios y para asegurar el futuro de nuestra familia.

Riccardo asintió, con la mirada fija en mi rostro, buscando algo oculto bajo la superficie. El peso de mis palabras se asentó a nuestro alrededor, cargado de expectativas y temores no expresados.

—Encontrar a alguien que pueda sobrevivir a esta vida no será fácil —continué, desviando la mirada hacia la ventana surcada por la lluvia—. Tendría que ser fuerte, capaz de valerse por sí misma. Pero al mismo tiempo, debe poseer la ternura necesaria para aliviar las heridas que inevitablemente traemos a casa.

—Cierto —concordó Riccardo, reclinándose en su silla—. Pero no puedes precipitarte. Cualquier mujer que introduzcas en esta vida se enfrentará al peligro, y no querrás tomar esa decisión a la ligera.

Suspiré, sintiendo el peso de mis responsabilidades sobre mí. —Lo sé. Pero ahora mismo, no tengo el lujo del tiempo para cortejar a una mujer. Tal vez el año que viene pueda encontrar a alguien adecuada.

—Suena como un plan —dijo Riccardo, levantando su copa en un brindis silencioso—. Solo recuerda, Nicholas: la persona adecuada vale la pena esperar.

—El año que viene —me dije a mí mismo, el pensamiento arraigándose en mi mente aunque sabía que los peligros que enfrentábamos no cederían tan fácilmente—. El año que viene, la encontraré.

Mientras miraba mi copa, me prometí encontrar una mujer fuerte que pudiera ser mi esposa, sin importar los desafíos que enfrentáramos.

—Cuídate, Marco —dije, dándole una palmada en la espalda mientras se preparaba para salir de la oficina. La puerta se cerró tras él con un clic, sus ecos como un signo de puntuación a nuestra conversación.

Riccardo y yo nos quedamos en mi oficina, el silencio asentándose a nuestro alrededor como una espesa niebla. Mis pensamientos se dirigieron al linaje familiar y las dinámicas de poder que moldeaban nuestra fraternidad del submundo. Era una dura realidad con la que todos estábamos demasiado familiarizados.

—Nicholas —comenzó Riccardo, rompiendo el silencio—. Mencionaste encontrar una

esposa que pueda soportar este mundo nuestro. ¿Qué estás buscando? ¿Tienes una imagen en mente?

Me apoyé en el borde de mi escritorio, la fría madera presionando mis palmas. —Debe ser fuerte, no solo físicamente, sino mentalmente. Necesita entender que la lealtad lo es todo en nuestro mundo. Y también debe conducirse con gracia y respeto.

Mi mirada vagó por los trofeos y baratijas que adornaban las estanterías, cada uno un recordatorio de victorias pasadas y sacrificios brutales. —Necesitará ser capaz de navegar por este laberinto traicionero sin perderse a sí misma, o a mí, en el proceso. Una mujer que pueda ser una compañera en todos los sentidos de la palabra.

Riccardo asintió solemnemente, comprendiendo la gravedad de lo que buscaba. —Una combinación rara, pero no imposible de encontrar. Y si alguien merece una mujer así, eres tú.

—Gracias —mi voz era apenas un susurro, cargada de incertidumbre—. Pero, ¿seré capaz de protegerla? Al final, mi padre no pudo proteger a mi madre.

Dudó antes de responder, sus ojos transmitiendo empatía y preocupación. —Nadie puede garantizar la seguridad, Nicholas. Pero si hay algo que sé sobre ti, es que irías al infierno y volverías para proteger a quienes amas.

Una risa amarga escapó de mis labios, la dolorosa verdad de sus palabras calando hondo. Por un momento, me permití creer en la posibilidad del amor en medio de la brutalidad y la violencia que impregnaba nuestras vidas. Era un destello raro de esperanza, tan frágil como precioso.

—El año que viene —dije de nuevo, las palabras una oración y una promesa—. Ambos encontraremos mujeres con las que asentarnos.

—Por el año que viene —dijo Riccardo, haciéndose eco de mis sentimientos. Y mientras estábamos en mi oficina, juré encontrar a la mujer que pudiera ser mi igual, mi compañera y mi santuario.

Capítulo 3

Liliana

Demacrado y privado de sueño, David había llegado a mi apartamento a la mañana siguiente con resaca, suplicándome que lo acompañara a hablar con nuestro padre. Líneas de preocupación surcaban profundamente su frente, y sus manos se retorcían en una danza frenética, traicionando el peso de la deuda que debía.

—Por favor, Liliana —imploró, con la voz impregnada de desesperación—. No puedo enfrentarlo solo.

—Puedo dedicar algo de tiempo —cedí, incapaz de negarme a mi hermano cuando vi el tormento que lo atenazaba. La paz de la familia Ricci se tambaleaba en un precipicio, gracias a su escandalosa deuda de juego de tres millones de dólares.

Conduje hasta la casa de Papá porque no estaba segura de que se hubiera recuperado de la borrachera aún. Cuando entramos al despacho de Padre, el aspecto demacrado de David pareció empeorar bajo el escrutinio de Giovanni Ricci. La arruga entre sus cejas se profundizó mientras derramaba el oscuro secreto de su deuda a nuestro padre.

—Papá —tartamudeó David—, yo... debo mucho dinero. Tres millones de dólares a los Romano. No sé cómo se puso tan mal.

Papá lo miró con una mezcla de decepción y comprensión.

—David, ya sabía de tu deuda. Pero no puedo pagarla.

No podía creerlo; había asumido que la riqueza de nuestra familia sería suficiente para salvarnos. Qué equivocada estaba.

David parecía preso del pánico.

—Tengo que irme. Me matarán tan pronto como se enteren de que no tienes el dinero.

Antes de que pudiera moverse, dos hombres entraron en el despacho de mi padre y tomaron a David por los brazos.

—Necesitas ayuda —dijo firmemente, con la mirada fija en mi hermano—. Estos hombres te llevarán a un centro de rehabilitación diseñado para tus problemas.

David forcejeó, pero los hombres de Papá lo sujetaron con fuerza.

—Suéltenme —gruñó David—. No voy a dejar que me reprogramen con un montón de perdedores.

—¿Rehabilitación? —repetí, sorprendida de que Papá admitiera que su querido hijo era menos que perfecto.

—Sí, Liliana —confirmó, con voz suave pero resuelta—. Es la única manera. —Hizo un gesto a los hombres y se llevaron a mi hermano.

Mi mente corría, tratando de comprender la gravedad de nuestra situación. ¿Cómo podíamos haber caído tan bajo? El honor de la familia Ricci había sido manchado, y ahora mi hermano, a quien había admirado, se desmoronaba ante mí.

La voz severa de Padre reverberó por la oficina, sus palabras una mezcla de preocupación y cautela.

—Liliana, habrá cambios en nuestras vidas. Se ciernen amenazas sobre nosotros y debemos estar preparados para enfrentarlas.

Miré en sus ojos, buscando consuelo, pero lo que encontré fue una tormenta que se estaba gestando bajo la superficie.

—Nuestra existencia encantada está en juego y necesitamos hacer cambios drásticos para mantener nuestra posición dentro de las familias.

—Padre —susurré, extendiendo la mano para tocar la suya, buscando seguridad—. Yo... no entiendo. ¿Qué significa esto para nosotros?

—Significa que debemos estar vigilantes y fuertes. El código por el que vivimos es implacable; el honor, el sacrificio y la lealtad lo son todo. Sabes esto tan bien como yo.

El peso de sus palabras me golpeó mientras la realidad de nuestra situación se hacía clara. Asentí, tragando con dificultad.

—Entiendo, Padre. Puede contar conmigo para ayudar a proteger a la familia.

—Buena chica —dijo sin emoción.

Cuando Papá salió del despacho, dirigí mi atención a las traducciones que había terminado anoche esparcidas sobre su pesado escritorio de roble, mi mente dando vueltas por la conversación. Las negociaciones entre Antonio Bianchi y una nueva familia en Italia no estaban yendo bien, y él buscaba una forma de explotar ese conocimiento.

Y así, con una resolución de acero, me preparé para las pruebas que se avecinaban, decidida a proteger el honor y el legado de nuestra familia, costara lo que costara.

~*~

Horas más tarde, Papá me llamó de vuelta a su casa para otra reunión.

El peso de la fatalidad inminente me oprimía mientras entraba en su despacho, sin estar segura de para qué me quería.

—Liliana —resonó la voz de Padre—, toma tu lugar a mi lado. Comenzarás las negociaciones.

Asentí, con el pecho oprimiéndose con cada paso que daba hacia él. Mis dedos se crisparon a mis costados, las uñas clavándose en las palmas en un intento fútil de mantenerme centrada. Mientras me acomodaba en mi posición, permití que mi mirada recorriera la habitación, observando los rostros de los hombres con los que negociaría. Pero, ¿negociar qué?

Y entonces, mis ojos se encontraron con los suyos: Nicholas, el jefe de la familia Romano. La tensión invadió la sala cuando nuestras miradas se cruzaron, sus ojos azul hielo semejantes a un crudo invierno neoyorquino. Promesas y amenazas tácitas flotaban pesadamente en el aire, testimonio de la rivalidad de larga data entre nuestras familias. Una enemistad que se remontaba a dos generaciones atrás, cuando luchábamos por el control del bajo mundo de la ciudad.

—¿Empezamos, señor Romano? —pregunté, aún sin saber qué quería mi padre de él.

—Sí, hagámoslo —aceptó Nicholas, sin apartar la mirada de mí—. Hablemos de cómo saldar la deuda de su hermano.

Tragué saliva con fuerza, obligándome a mantener la compostura.

—Nuestra familia está dispuesta a negociar, señor Romano. Pero permítame recordarle que las acciones de mi hermano no reflejan el honor del apellido Ricci.

Una sonrisa cruel tiró de las comisuras de los labios de Nicholas.

—Oh, soy muy consciente de eso, señorita Ricci. Sin embargo, las deudas deben pagarse, de una forma u otra.

—Creo que podemos encontrar una solución que beneficie a ambas familias —repliqué,

con voz firme a pesar del miedo que me carcomía por dentro. Nicholas Romano tenía todas las cartas aquí y podía exigir lo que quisiera. No tendríamos más opción que acceder a sus demandas para salvar a David.

—Muy bien —respondió Nicholas, reclinándose en su silla, la viva imagen de la confianza—. Pero sepa que mi paciencia no es infinita.

Mientras comenzaban las negociaciones, mi mente corría con estrategias y planes de contingencia, cada uno más desesperado que el anterior. Pero por debajo de todo, un solo pensamiento ardía más brillante que el resto: no permitiría que mi familia se desmoronara por los errores de una sola persona. Lucharía por todos nosotros hasta mi último aliento.

La desesperación frenética irradiaba de la mirada de mi padre mientras sacaba un anillo de sello de una caja forrada de terciopelo. El emblema de los Ricci —un lobo italiano contra el perfil de una ciudad— brillaba a la luz de la sala de reuniones. El anillo había pertenecido a mi bisabuelo, un símbolo del poder y el linaje de nuestra familia. Sabía que al colocar el anillo sobre la mesa, mi padre estaba indicando que ningún sacrificio era demasiado grande para salvar a David de su deuda.

—Tome esto —dijo Papá, con voz temblorosa—. Ha estado en nuestra familia durante generaciones. Vale más de lo que puede imaginar.

Pero Nicholas, con una mirada gélida que parecía atravesarme, rechazó la reliquia familiar de plano. Se reclinó en su silla, cruzando las manos en una postura que rezumaba confianza y control. Sus siguientes palabras cayeron como un hacha, hendiendo el aire con brutal contundencia.

—Matrimonio, Giovanni —declaró, lanzándome una mirada depredadora—. Solo el matrimonio puede saldar la deuda y poner fin a la ridícula enemistad entre nuestras familias.

Luché por mantener mi rostro impassible. ¿Cómo podía exigir algo tan íntimo, tan irreversible? El pánico arañaba los bordes de mi compostura, pero me negué a dejarle ver mi miedo.

—¿Matrimonio? —La voz de mi padre vaciló, y pude sentir el tumulto que se agitaba bajo su férrea apariencia—. Pides demasiado, Nicholas.

—Quizás —los ojos de Nicholas permanecieron fijos en los míos, desafiándome a que lo retara—. Pero ambos sabemos que en tiempos desesperados se requieren medidas desesperadas.

Tragué saliva con fuerza, obligándome a mantener su mirada incluso cuando el peso de sus palabras amenazaba con aplastarme. La desesperación se mezcló con la ira, encendiendo un fuego en la boca de mi estómago.

—¿Así es como haces negocios? —escupí, incapaz de contener mi indignación por más tiempo—. ¿Te aprovechas de los vulnerables, exiges lo imposible?

—Los negocios siempre son personales, Liliana —dijo, con voz fría y mesurada a pesar de la violencia que bullía bajo la superficie—. Y a veces, el amor y la lealtad deben sacrificarse por un bien mayor.

—¿Amor? —me burlé, con los puños apretados a los costados—. No sabes nada del amor y nunca comprarás mi lealtad.

—Tal vez no —concedió Nicholas, con una sonrisa cruel jugando en las comisuras de su boca—. Pero sí sé que en nuestro mundo, las alianzas se forjan con sangre y sudor, no con palabras tiernas y caricias suaves.

—Preferiría morir antes que casarme contigo —dije.

—¡Basta! —La voz de mi padre retumbó en la sala—. Liliana, déjanos. Nicholas y yo discutiremos este asunto en privado.

El tono de mando en la voz de mi padre no dejaba lugar a discusiones, pero mi estómago se revolvió de inquietud mientras me alejaba a regañadientes de la mesa. Lancé una última mirada desafiante a Nicholas, con la barbilla levantada en un desafío silencioso. Él me sostuvo la mirada con una sonrisa irritablemente engreída, como si ya hubiera ganado.

Salí al frío pasillo y la puerta se cerró tras de mí con una pesada rotundidad. Mis palmas estaban sudorosas por una mezcla de pavor y determinación. Mi vida estaba al borde de un cambio irrevocable, y aunque el miedo me corroía por dentro, algo en mi interior se negaba a ceder. Esos hombres podrían controlar mi destino por ahora, pero nunca quebrantarían mi espíritu.

Y mientras me alejaba de esa habitación oscura, juré luchar contra cualquier decisión que se tomara sobre mi vida sin mi consentimiento, sin importar el costo.

Capítulo 4

Liliana

Una hora después, fui convocada de nuevo a la oficina de mi padre. Un aire de grandeza desvanecida se aferraba a cada recoveco de la habitación, susurrando historias del poder incomparable que alguna vez tuvo nuestra familia. Me encontraba en este santuario, el reino de mi padre, con el pecho oprimido mientras anticipaba mi futuro.

Obligué a mis hombros a relajarse y a mis manos a aflojarse. Era una Ricci, fuerte y leal hasta la médula. Haría lo que fuera necesario para salvar a mi hermano.

Mi mirada se desvió hacia Nicholas Romano, el acaudalado magnate cuya alianza podría salvar lo que quedaba de nuestro imperio en ruinas. Examinaba la habitación, escrutando cada detalle con un estoicismo indescifrable, perfeccionado tras años de dirigir la familia más fuerte de Nueva York. El hombre era una fortaleza, un enigma tentador que me intrigaba y me enfurecía a la vez.

Tomé asiento en la mesa y miré a los dos hombres que tenían mi futuro en sus manos.

—¿Han llegado a un acuerdo que no implique venderme al mejor postor?

La imponente silueta de la rígida figura de mi padre parecía tragarse la luz del sol que se filtraba por las ventanas, proyectando una oscuridad sobre la habitación. Su rostro se transformó en una máscara pétrea de autoridad, solo sus ojos traicionaban la tensión que lo atenazaba.

—Liliana, no hay mejor postor. Esto no es una petición. Te casarás con Nicholas —la fría contundencia en su voz me provocó escalofríos.

Tragué saliva con dificultad mientras consideraba la magnitud de la situación y las consecuencias que mi desobediencia podría tener en nuestra familia. Estaba dividida entre mi lealtad hacia mi padre y mi deseo de algo más que un simple matrimonio arreglado.

Sabía que no tendría más opción que casarme con él, así que negocié lo que quería.

—Dos semanas —dije, con voz clara y decidida—. Necesito conocerte antes de poder siquiera pensar en casarme contigo —clavé mis ojos en los suyos, desafiándolo silenciosamente a que me lo discutiera. Para mi sorpresa, no lo hizo.

Los ojos de Nicholas permanecieron fijos en los míos, con una leve sonrisa burlona en sus labios. Era como si pudiera ver la tormenta de emociones que se desataba en mi interior, y la visión le divertía. Se reclinó en su silla, con los dedos entrelazados, contemplando mi propuesta con un aire de curiosidad desapegada. Su diversión hablaba mucho de su propia naturaleza poco convencional, insinuando a un hombre que no se limitaba a ajustarse a las normas tradicionales.

—Tu hija tiene agallas, Giovanni —dijo Nicholas con voz pausada, su tono como terciopelo bañado en hielo, provocándome escalofríos. Me ericé ante su tono, negándome a ser reducida a un mero peón en este juego de poder—. No comenzaremos como un matrimonio por amor, pero no creo que nos lleve mucho tiempo encontrar el romance en nuestra unión.

Una sonrisa jugueteaba en sus labios, como si mi desafío le divirtiera. Se levantó y caminó hacia mi lado de la mesa. Extendió su mano hacia mí.

—¿Es un trato?

Vacilé por un momento, preparándome para el viaje que me esperaba, antes de ponerme de pie y colocar mi mano en la suya.

Me atrajo hacia él.

—Dos semanas —dijo, su aliento cálido contra mi oído—, veamos adónde nos lleva el destino —las palabras quedaron suspendidas en el aire entre nosotros, despertando una silenciosa anticipación que era igual de emocionante que aterradora.

No dije nada mientras asimilaba la magnitud de lo que tenía ante mí. Estaba a punto de entrar en un mundo de brutales luchas de poder, agendas ocultas y potenciales desilusiones. Como hija de un jefe de la Mafia, entendía la vida que llevábamos, pero papá me había protegido de todo eso. ¿Haría Nicholas lo mismo?

Enfrentaría este desafío de frente, como todo lo demás en mi vida. Por mi familia, por mi futuro y por la tenue posibilidad de encontrar algo real con mi futuro esposo.

Me negué a dejar escapar esa esperanza, así que me preparé para el viaje que me esperaba. Dos semanas para determinar si Nicholas Romano era más que un simple magnate despiadado que buscaba cimentar su lugar en el submundo. Dos semanas para descubrir al hombre detrás de la familia Romano y revelar la ternura que yacía oculta bajo su frío exterior.

—Gracias —susurré, sin atreverme a elevar demasiado la voz. Las palabras se sentían inadecuadas, un débil intento de transmitir la profundidad de mi gratitud y la complejidad de mis sentimientos. Pero cuando miré sus penetrantes ojos azules, vi algo que me hizo estremecer: un destello de comprensión, quizás incluso de empatía. Por primera vez desde que nuestros caminos se habían cruzado, sentí una conexión con este hombre que iba más allá de la sangrienta historia de nuestras familias y la intrincada red de mentiras y engaños que unía a todas las familias de la Mafia. No podía imaginar que alguna vez lo hubieran usado como un peón, entonces, ¿por qué pensaba que entendía mi situación?

Cuando Nicholas se volvió hacia mi padre, casi pude sentir el peso de su mirada alejándose de mí. Asintió a Papá, un gesto que reconocía mis preocupaciones mientras afirmaba su dominio.

—¿Y las deudas de David? —preguntó mi padre.

—Todas las deudas de David... mi responsabilidad —sus palabras quedaron suspendidas en el aire como una promesa de hierro. Por un momento, me costó comprender su significado. Un hombre de su estatura nunca haría tal compromiso a la ligera; la familia Romano estaba ofreciendo más que simple protección. Estaban tendiendo un salvavidas, uno que borraba la carga de las transgresiones de mi hermano y ponía a la familia Ricci bajo la protección de los Romano.

—Todo quedará saldado —añadió Nicholas con resolución, sin dejar lugar a dudas. Mi padre exhaló lentamente, como si intentara expulsar la ansiedad que se había enroscado en su interior. El alivio inundó su rostro como una ola fría, llevando consigo el más leve rastro de esperanza. Este acuerdo marcaba un nuevo comienzo para nuestra familia, una oportunidad de recuperar algo del poder y la influencia que habíamos perdido en esta ciudad implacable.

Lancé una mirada furtiva a Nicholas, buscando algún signo de debilidad o vacilación. Pero su expresión permaneció inescrutable, una máscara que ocultaba cualquier pensamiento y emoción que acechara debajo. A pesar de mis propias emociones tumultuosas —miedo, ira, incertidumbre—, me sentí atraída por este enigmático hombre que tenía la llave de mi futuro.

Por un instante, el mundo brutal y violento fuera de esa puerta pareció desvanecerse, reemplazado por una frágil ternura que amenazaba con agrietar la armadura que había pasado años construyendo alrededor de mi corazón. Y en ese momento, supe que Nicholas Romano era

mucho más que un simple medio para un fin: era un desafío, un misterio y quizás incluso la clave para desbloquear mis propios deseos ocultos.

—Empezamos mañana por la noche —dijo Nicholas, soltando mi mano y dando un paso atrás, sin apartar sus ojos de los míos. Una sonrisa depredadora jugaba en sus labios, insinuando una oscuridad que acechaba bajo la superficie—. Una cita cada noche, luego una semana para planear la boda. Serás Liliana Romano dentro de un mes.

Sentí una mezcla de emociones arremolinándose dentro de mí mientras las palabras de Nicholas quedaban suspendidas en el aire. Una parte de mí se sentía atraída por el desafío que presentaba, fascinada por el misterio que parecía bailar detrás de sus ojos. Pero otra parte de mí se resistía, aferrándose con fuerza a la armadura que había construido con el tiempo.

—¿Una semana? Eso parece bastante apresurado, ¿no cree? —pregunté, tratando de mantener algún tipo de control sobre la situación.

Nicholas se acercó de nuevo, su presencia tanto intimidante como embriagadora. La sonrisa depredadora se ensanchó en algo peligrosamente seductor. Extendió la mano y apartó un mechón de pelo de mi mejilla antes de acunar mi rostro entre sus manos. Su toque encendió chispas que parpadearon en las profundidades de mi alma. —Siempre puedes empezar a planear ahora —murmuró, su voz ahora llena de sinceridad.

Capítulo 5

Liliana

Estudié mi reflejo en el espejo, el vestido de diseñador abrazando mi cuerpo como una segunda piel. Mi cabello castaño oscuro enmarcaba un rostro que no revelaba nada del tumulto interior; mis ojos marrones solo insinuaban el dolor oculto que escondían.

—Esta noche, eres intocable —me dije a mí misma, una oración silenciosa pidiendo fuerza mientras me preparaba para enfrentar el mundo más allá de mi apartamento.

Un destello de movimiento captó mi atención afuera, y me giré hacia la ventana. A través del cristal prístino, vi el Maserati negro de Nicholas estacionándose en la calle empedrada de abajo. Alto, de hombros anchos, con cabello negro azabache y ojos azules que parecían penetrar mi alma, literalmente había salvado la vida de mi hermano al perdonar sus deudas, pero al hacerlo, había tomado la mía para sí mismo.

—Es hora del espectáculo —dije, mis dedos temblando ligeramente mientras ajustaba la delicada correa de mi vestido. ¿Estaría él tan conflictuado como yo sobre nuestro próximo matrimonio? ¿Tendría a alguien empujándolo a esta unión también? ¿Cargaría con el peso de las expectativas de su familia, o yo era simplemente un medio para un fin?

Estaba nerviosa ante la idea de verlo de nuevo, un cóctel de anticipación y temor corriendo por mis venas. Me recordé a mí misma que el peligro era parte de mi vida y que debería estar acostumbrada a estas alturas; después de todo, me había criado bajo su sombra. Y si algo había aprendido, era que incluso en medio de la brutalidad y la violencia de nuestras vidas, aún había momentos de ternura y amor, por fugaces que fueran.

—Lista o no —dije, armándome de valor para la noche que me esperaba—. Allá vamos.

Me alejé de la ventana y esperé en la puerta. Esta noche, enfrentaría a Nicholas Romano con toda la ferocidad y determinación que pudiera reunir, esperando mostrarle que aunque fuera un peón, seguía siendo una fuerza a tener en cuenta.

El sonido del timbre de mi puerta atravesó el silencio, enviando un escalofrío por mi espalda. Apretando los dientes, entreabrí la puerta para revelar a Nicholas parado allí, su imponente silueta enmarcada por el pasillo tenuemente iluminado.

—Buenas noches, Liliana —dijo, con un atisbo de vulnerabilidad en su voz por lo demás autoritaria. En sus manos, sostenía un ramo de peonías, flores conocidas por su resistencia y crecimiento en medio de la adversidad.

¿Estaría tan nervioso por nuestra primera cita como yo? ¿Esperaría poder impresionarme lo suficiente para que me agradara? Sonreí ante la idea. Tenía a Nicholas Romano preocupado, y eso me daba algo de poder en esta incipiente relación.

—Buenas noches. ¿Cómo supo que estas eran mis flores favoritas? —Mi voz tembló ligeramente mientras tomaba el ramo, nuestros dedos rozándose. El fugaz contacto envió descargas de electricidad chisporroteando a través de mí, un recordatorio del peligro que se cernía sobre nosotros como un buitre esperando para abalanzarse—. Gracias, señor Romano.

—Por favor, llámame Nicholas —insistió, entrando mientras yo abría más la puerta. Sus

ojos recorrieron mi apartamento con una sonrisa apreciativa, observando los elementos Art Deco del antiguo edificio.

—Toma asiento, Nicholas —ofrecí, guiándolo hacia la elegante mesa de cristal del comedor. Podía sentir su mirada posada en mí, sus ojos azules penetrando mi alma como si intentaran descifrar todos mis secretos.

—Gracias —dijo, apartando una silla para mí antes de acomodarse en la suya.

Tomó la botella de Chateau Latour 1990 de la mesa, su profundo tono rojo y sabor añejo perfectos para esta inusual primera cita.

—Interesante elección —comentó mientras abría la botella y nos servía a cada uno una copa—. No te tomaba por alguien que apreciara tal... madurez.

—Las apariencias pueden engañar —respondí, levantando mi copa en un brindis—. Por los nuevos comienzos.

—Por los nuevos comienzos —repitió, chocando su copa contra la mía antes de dar un sorbo. El rico y aterciopelado sabor del vino llenó mis sentidos, proporcionando un alivio momentáneo a la tormenta que se agitaba dentro de mí.

—Háblame de ti —dijo, con un tono suave pero inquisitivo—, más allá de las obligaciones familiares.

—¿No es eso lo que has venido a averiguar? —repliqué, estudiándolo atentamente—. ¿O hay algo más que buscas?

—No estoy más interesado en casarme con una desconocida de lo que tú lo estás, Liliana. Tu resiliencia me intriga —confesó, reclinándose en su silla—. Acabas de experimentar un cambio en el curso de toda tu vida y lo has tomado con gracia y dignidad. Pensé que podrías haber tenido dudas y que te encontraría ausente cuando viniera a recogerte.

—Nunca le haría eso a mi hermano —dije, bajando la mirada hacia la mesa. Como hija de la Mafia, el deber y el honor me fueron inculcados a cada paso—. Tienes su vida en tus manos y es mi responsabilidad asegurarme de que estés lo suficientemente satisfecho como para mantenerlo con vida.

Él se estremeció ante mi cruda descripción de nuestra relación y extendió su mano hacia la mía. —No soy el monstruo que parece creer que soy.

Quería decirle que sí, lo era. Solo un monstruo exige que una mujer renuncie a cualquier plan para el resto de su vida para convertirse en su esposa. Pero no me atreví. —Llevo el peso de mi familia sobre mis hombros. Tu protección es lo único que evita que mi padre se declare en bancarrota y mantiene a mi hermano con vida.

—Yo cargo con todo ese peso, o lo haré cuando nos casemos —respondió, sus ojos brillando con una mezcla de dolor y determinación—. Pero como Don, también soy responsable de lo que queda de la familia Romano, así como de las familias de todos los que trabajan para mí.

—Es diferente para los hombres. Ustedes toman decisiones, cambian su futuro. Las mujeres no hacemos eso, al menos no en mi familia.

—Como una Romano, podrías gozar de más libertad —reflexionó, su pulgar acariciando mis nudillos.

—¿Eso es una promesa? —pregunté, buscando en sus ojos algún indicio de engaño.

—Considéralo... una posibilidad —respondió, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios. Y por primera vez en mucho tiempo, la esperanza parpadeó dentro de mí como una frágil llama. Quizás la vida como una Romano no sería tan mala como las pesadillas de anoche la habían retratado.

El calor del vino aún persistía mientras observaba a Nicholas meter la mano en el bolsillo de su chaqueta, sus ojos oscuros brillando con anticipación. Reveló dos entradas, su fuente dorada resplandeciendo bajo la suave luz del apartamento. —Sueño de una noche de verano —anunció, con una sonrisa astuta tirando de la comisura de su boca.

—¿Shakespeare? —Alcé una ceja, sorprendida por su elección. Era muy diferente del mundo brutal que habitábamos, y sin embargo, de alguna manera, parecía apropiado—. Estás lleno de sorpresas, Nicholas.

—Disfruto de Shakespeare, pero no encajaría con la imagen admitirlo —respondió, fijando su mirada en la mía—. Si alguien pregunta, fue idea tuya. —La intensidad de su mirada me provocó escalofríos, pero también despertó mi curiosidad sobre qué más dejaría que nadie más que yo viera.

Sonreí. —Me encantará asumir la culpa por esto.

Salimos de mi apartamento y descendimos a las calles laberínticas de Manhattan. El Maserati ronroneaba con potencia bajo nosotros, su forma elegante cortando la ciudad como un arma letal. El coche reflejaba a su dueño: peligroso, pero innegablemente cautivador.

Mientras navegábamos por el laberinto de rascacielos imponentes, nuestra conversación bailaba entre amigos que teníamos en común y profundidad intelectual. En esos momentos, vislumbré al hombre bajo el exterior despiadado: un hombre que anhelaba conocimiento, comprensión y amor.

El teatro de Broadway se alzaba ante nosotros como un monumento imponente, su fachada dorada brillando bajo las luces de la ciudad. Al salir del Maserati, sentí una punzada de inquietud. La opulencia que nos rodeaba contrastaba fuertemente con el mundo brutal que yacía oculto bajo la superficie, un mundo que ambos conocíamos demasiado bien.

—¿Vamos? —Nicholas me ofreció su brazo. Su voz profunda me provocó escalofríos. Lo tomé, sintiendo la fuerza de sus músculos mientras me guiaba al vestíbulo.

Dentro del teatro, las arañas de cristal brillaban en lo alto, proyectando sus destellos sobre los suelos de mármol pulido. Un mar de espectadores bien vestidos se paseaba, sus risas y conversaciones creando una cacofonía ensordecedora.

—Su palco está listo, señor Romano —nos informó un acomodador uniformado, inclinándose ligeramente. Lo seguimos por una escalera de caracol, nuestros pasos resonando en las paredes ornamentadas. A medida que subíamos, el ruido de la multitud de abajo se desvanecía.

Entramos en nuestro palco privado, la puerta cerrándose tras nosotros con un suave clic. El espacio era pequeño y tenuemente iluminado, ofreciendo un escape íntimo del ruido que nos había rodeado momentos antes. Pero incluso cuando solté un suspiro de alivio, no pude sacudirme el molesto recordatorio de cuán peligrosamente cerca estaban nuestras vidas llenas de peligro.

—Qué vista —dije, asomándome por el borde del balcón hacia el escenario de abajo. La obra estaba a punto de comenzar, y la anticipación zumbaba en el aire.

—Sí, lo es —coincidió Nicholas, su voz un ronroneo seductor—. Pero la visión más cautivadora está justo aquí a mi lado.

Sentí el calor subir a mis mejillas mientras me giraba para encontrarme con su mirada. Había hambre en sus ojos, un deseo primario y depredador que me aterrorizaba y emocionaba a la vez.

—Nicholas —susurré, mi voz temblando con el peso de las emociones no expresadas que corrían por mí.

—Shh —me silenció con un dedo presionado contra mis labios—. Olvidémonos de las dos semanas, la boda, nuestras familias, y simplemente disfrutemos de la obra.

Cuando las luces se atenuaron y el telón se levantó, me encontré arrastrada por los versos líricos de Shakespeare. El mundo encantador de hadas y amantes desafortunados se desarrolló ante nosotros, proporcionando una bienvenida distracción de la oscuridad que acechaba nuestras vidas.

Pero incluso mientras me sumergía en la obra, mi conciencia de la presencia magnética de Nicholas a mi lado permanecía inquebrantable. Su pierna rozaba la mía, sus dedos acariciando mis nudillos muy ligeramente, cada toque enviando una descarga de electricidad a través de mí.

—Hermoso, ¿verdad? —susurró en mi oído—. La magia del amor... el poder de los sueños.

—Nada es tan simple para personas como nosotros —respondí suavemente, incapaz de apartar mis ojos del escenario.

El intermedio llegó, y sentí el aire cambiar cuando el murmullo de los espectadores nos envolvió como una ola. Nicholas se inclinó hacia mí, su intensa mirada fija en la mía. —Tengo algo para ti —dijo, metiendo la mano en las profundidades del bolsillo de su blazer.

Sacó una caja azul de Tiffany, levantando su tapa con precisión practicada para revelar un delicado collar anidado en su interior. Los diamantes y zafiros brillaban a la luz.

—Nicholas, es hermoso. —Mi corazón retumbaba en mi pecho mientras levantaba los ojos para encontrarme con los suyos—. Pero no puedo aceptarlo.

—Por favor —insistió, su voz impregnada de una ternura que no le había escuchado antes—. Considéralo una muestra de mi admiración por ti.

—¿Admiración? —repetí, luchando por procesar las implicaciones de sus palabras.

—Más que eso —confesó, su mirada sin vacilar—. Tienes un fuego interior que me hace pensar que somos perfectos el uno para el otro.

—Nicholas... —dije, mi pulso acelerándose mientras buscaba en su rostro algún signo de engaño. Pero todo lo que vi fue cruda honestidad, una emoción que hacía que sus ojos normalmente acorados parecieran casi vulnerables. Lentamente, extendí mi mano, permitiéndole abrochar el collar alrededor de mi cuello. El frío metal me provocó escalofríos, una sensación que solo se intensificó cuando sus dedos rozaron mi piel.

—Gracias —dije, sin saber qué más decir. Nunca había recibido un regalo tan valioso, y ciertamente no en una primera cita.

Me incliné lo suficiente como para presionar un beso suave y fugaz en su mejilla cincelada. La acción fue instintiva, guiada por la ternura del momento, y sin embargo se sintió como un acto brutal de desafío contra mi padre, quien nos había forzado a estar juntos.

Las luces del teatro parpadearon, señalando el final del intermedio. Volvimos nuestra atención al escenario, nuestros dedos rozándose en la oscuridad. Con cada toque, sentí el peso de nuestras promesas no dichas asentarse en mis huesos, uniéndonos con hilos invisibles tan delicados como el collar alrededor de mi garganta.

Y por primera vez en mi vida, me atreví a creer que el amor podría ser más que un arma empuñada por aquellos que buscaban controlarnos.

La obra se reanudó, y la magia de las palabras de Shakespeare nos envolvió. Mientras los personajes en el escenario tejían su intrincada red de amor y fantasía, sentí que el espacio entre nosotros se encogía. Nuestros dedos se encontraron, entrelazándose como dos piezas de un rompecabezas complejo. El contacto era eléctrico, enviando escalofríos por mi columna que no tenían nada que ver con el frío metal del collar.

—Tu mano está tan cálida —susurró Nicholas.

—La tuya también —respondí, sintiendo el calor de nuestra conexión extenderse por mi cuerpo. Era un toque simple, pero contenía la promesa de algo más profundo. Ambos estábamos atados por nuestras responsabilidades, pero aquí estábamos, nuestros destinos entrelazándose como los hilos de un tapiz, tejidos por circunstancias más allá de nuestro control.

Cuando cayó el telón final, el público estalló en aplausos. Me apoyé en el hombro de Nicholas, sintiéndome como si estuviéramos en una cita real.

Al salir a la noche, dejando atrás el santuario del teatro, supe que nuestras vidas nunca volverían a ser las mismas. Me estaba engañando a mí misma cuando pensé que la decisión de casarme con él era mía, pero después de esta noche, la idea no me desagradaba tanto.

—Demos un paseo —sugirió, guiándome hacia Central Park. El oasis esmeralda nos llamaba en medio de la jungla de concreto, invitándonos a perdernos en su vasta extensión.

Caminamos uno al lado del otro, mi brazo enlazado con el suyo, mientras la luna proyectaba un resplandor etéreo sobre los senderos frente a nosotros. Nuestros guardaespaldas se cernían detrás de nosotros, siempre presentes, observando cada uno de nuestros movimientos. No podía sacudirme el constante recordatorio del peligro que acechaba bajo la superficie de nuestro mundo.

—A veces me pregunto si hay más en la vida que esto —murmuré, contemplando el horizonte de la ciudad que se alzaba contra el cielo nocturno.

—¿Más que qué? —preguntó Nicholas, mirándome intensamente.

—Más que hacer lo que me dicen y estar a la altura de las expectativas familiares —admití—. A veces desearía que mi vida fuera diferente, una donde mi mayor preocupación sea qué ponerme para ir a trabajar o qué restaurante probar.

—La vida nunca es tan simple, no para nadie —dijo—, pero todos podemos encontrar cosas que nos traigan satisfacción.

—¿Como esta noche? —pregunté.

—Exactamente —respondió, apretando mi mano—. Esta noche fue perfecta.

—Prométeme algo —le supliqué, deteniéndome para mirarlo de frente—. Si nos enamoramos, prométeme que nos aferraremos a ello. Y si nunca nos amamos, prométeme que al menos seremos amigos.

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos, llenos de una determinación feroz que reflejaba la mía propia. —Lo prometo —juró, sellando nuestro pacto con un tierno beso bajo la atenta mirada de la luna.

Caminamos por el parque, del brazo, durante un corto tiempo antes de que me llevara a casa.

En el umbral de mi puerta, los ojos de Nicholas se clavaron en los míos, un infierno de emociones arremolinándose en sus profundidades, y me sentí atraída hacia él como una polilla hacia la llama.

—Esta noche —susurró, sus dedos rozando mi mejilla antes de enredarse en mi cabello castaño oscuro— ha sido inolvidable, Liliana.

—Sí, lo fue —estuve de acuerdo. Estaba a medio camino de enamorarme de este hombre que, apenas ayer, era un extraño para mí.

Nuestros labios se encontraron en un beso ardiente, cargado de un compromiso tácito entre nosotros.

—Buenas noches, Liliana —murmuró contra mis labios, alejándose lo suficiente para que pudiera ver la reticencia grabada en su rostro.

—Buenas noches, Nicholas —mi propia voz tembló, traicionando el anhelo que se retorció en mi pecho.

Al cerrar la puerta tras él, me apoyé contra su sólido peso, la exaltación de la noche chocando contra mí como olas implacables sobre la orilla. Mis dedos rozaron mis labios, aún hormigueando por la intensidad de su beso persistente.

El silencio me rodeaba, haciendo eco de nuestros momentos compartidos de vulnerabilidad y deseo. En esta quietud, me pregunté qué deparaba el futuro para Nicholas y para mí.

Me dirigí a la sala de estar, hundiéndome en el mullido sofá. El aroma de su colonia persistía en el aire, provocando mis sentidos y recordándome la tensión electrizante que había cargado la noche. Pensamientos sobre él me consumían, su presencia impresa en cada centímetro de mi ser.

Perdida en la contemplación, un suave timbre interrumpió mis reflexiones. Era una notificación de mensaje en mi teléfono. Con dedos temblorosos, lo desbloquéé para encontrar un mensaje de Nicholas: "No puedo dejar de pensar en ti".

Una oleada de calidez me invadió mientras el alivio se mezclaba con la anticipación. Una pequeña sonrisa bailó en mis labios mientras tecleaba una respuesta: "Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti".

Al presionar enviar, una renovada sensación de esperanza floreció dentro de mí. En ese momento, me permití abrazar lo desconocido. El encanto de Nicholas y la promesa de un futuro juntos era algo por lo que estaba dispuesta a trabajar.

Capítulo 6

Liliana

El ronroneo del motor del Mercedes de Nicholas se desaceleró frente a mi residencia, el sonido calmando instantáneamente mis nervios destrozados. Me miré en el espejo del pasillo una última vez antes de abrir la puerta. El discreto conductor esperaba listo para llevarme a nuestra cita final.

—Señorita Ricci, estoy aquí para llevarla con el señor Romano —dijo con un educado asentimiento. Le devolví el gesto—. Gracias, Juan. —Esta noche era la última de nuestras dos semanas de citas. Nicholas me había llevado a salir cada noche y planeado excursiones de día en cada fin de semana. Mi estómago se retorció de anticipación mientras subía al coche.

La atmósfera dentro era lujosa pero fría. Juan nunca me hablaba mientras conducía y después de unas noches, dejé de intentar entablar conversación con él. Mientras recorríamos las calles de la ciudad, me pregunté qué habría planeado Nicholas. ¿Me pediría que me casara con él, o asumía que no necesitaba hacerlo? Después de dos semanas de verme todos los días, ¿aún quería casarse conmigo? ¿Y si hubiera cambiado de opinión? Aparte de la humillación de ser rechazada, me preocupaba por David y su futuro. Si Nicholas decidía que no me quería, ¿tendría mi familia que pagar las deudas de juego de mi hermano?

Mientras llegábamos al restaurante, calmé mis nervios, sintiéndome como si estuviera entrando en un campo de batalla en lugar de tener una cena romántica. Juan me abrió la puerta, su mano firme y tranquilizadora mientras salía del coche.

—Gracias —dije, mi voz temblando de estrés.

—Disfrute su velada, señorita Ricci —respondió, su tono profesional pero cálido. ¿Y era esa una pequeña sonrisa que me dio? ¿Conocía los planes de Nicholas? Con un último asentimiento, me giré y entré, preparándome para la noche que me esperaba.

En el momento en que entré al restaurante, mis ojos se fijaron en Nicholas, que estaba de pie, alto e imponente, esperando mi llegada. Su cabello negro azabache y sus ojos azul profundo parecían anclarme en un mar turbulento, su mera presencia un faro de seguridad en medio de la tormenta.

—Nicholas —dije, mi voz temblando ligeramente.

Sus ojos nunca dejaron los míos mientras acortaba la distancia entre nosotros. Al llegar a mí, Nicholas depositó un suave beso en mi mejilla, su áspera barba rozando mi piel, enviando escalofríos por mi columna.

—Siento no haber podido recogerte yo mismo —dijo, su voz profunda resonando dentro de mí—. Quería asegurarme de que todo fuera perfecto para nuestra última cita.

—Por supuesto —respondí, luchando por controlar el temblor en mi voz—. Guía el camino.

Mientras caminábamos por el restaurante, las conversaciones amortiguadas de otros clientes parecían desvanecerse, dejando solo silencio entre nosotros. Cuando llegamos al área de comedor privado, la simple elegancia de la mesa se alzaba como un escenario para nuestra última

cita. La intimidad del espacio podría significar que me propondría matrimonio esta noche, o podría significar que me rechazaría y no quería que todo el restaurante fuera testigo de mi humillación.

—Siéntate, Liliana —ordenó Nicholas, sacando una silla para mí. Su tono era autoritario pero tierno, revelando la vulnerabilidad que escondía bajo su exterior dominante.

Mientras me acomodaba en la silla, mi mente corría, tratando de anticipar cómo se desarrollaría la velada.

—Esta noche es sobre nosotros —comenzó Nicholas, sus palabras haciendo eco a mis pensamientos—. Quiero centrarme en la conexión entre nosotros y nuestro futuro juntos.

La luz de las velas parpadeaba, proyectando un cálido resplandor sobre la mesa cubierta de lino. Las sombras bailaban en las paredes mientras el mundo exterior dejaba de existir por un momento. Respiré profundamente, saboreando el delicado aroma a trufa y ajo asado que llenaba el aire.

—Aquí —dijo Nicholas suavemente, alcanzando la botella de vino. Sus dedos rozaron los míos mientras le pasaba mi copa, encendiendo una chispa familiar entre nosotros. Observé cómo vertía el rico líquido carmesí en mi copa con precisión, sus movimientos fluidos y seguros. Me miró, buscando una reacción—. Espero que te guste.

—Gracias —dije, dando un sorbo. La textura aterciopelada cubrió mi lengua, sus tonos ahumados combinando perfectamente con los platos sabrosos frente a nosotros. Mientras lo miraba, su mirada nunca vaciló. Era a la vez inquietante y emocionante saber que había cautivado a un hombre tan poderoso.

—No puedo creer que ya sea nuestra última cita —dijo—. Parece que fue ayer cuando fuimos al teatro.

Para mí no parecía así. Durante las últimas dos semanas, me había colmado de regalos, no todos tan extravagantes como el collar de diamantes y zafiros, pero cada uno de ellos considerado y diseñado para mostrarme que había estado prestando atención a lo que decía.

Le sonreí radiante. —Para mí es como si lleváramos saliendo una eternidad. No puedo imaginar un día en el que no te vea.

Me tomó la mano y la besó. —Como mi esposa, nunca volverás a estar en esa situación. Te lo prometo.

Mis hombros se relajaron al darme cuenta de que no me iba a rechazar. —Me alegra saberlo. Hemos pasado tanto tiempo hablando de mí estas dos últimas semanas que siento que no sé lo suficiente sobre ti. Cuéntame algo sobre ti, Nicholas, algo que nadie más sepa.

Dudó, su expresión cautelosa por un momento antes de ceder. —Cuando era más joven, quería ser médico... sanar a la gente y permitirles llevar vidas plenas y felices. —Apartó la mirada de mí y cerró los ojos—. Muy lejos de la vida que llevo ahora.

Le apreté la mano. —¿Llegaste a estudiar medicina?

—No. Mi padre murió antes de que pudiera ir a la universidad y tuve que hacerme cargo del negocio familiar.

—Pero eras tan joven, ¿por qué aceptaste toda esa responsabilidad?

—Si no lo hubiera hecho, habría habido una guerra por las posesiones de la familia Romano y demasiada gente que había sido leal a mi padre habría muerto.

En ese momento, supe que casarme con él era la decisión correcta. Me había preocupado por David y por mantenerlo a salvo, pensando que nadie podría entender la presión bajo la que estaba. Ahora sabía que Nicholas lo entendía completamente, porque él había dado un paso al frente para mantener a salvo a mucha gente.

Me sequé una lágrima de la comisura del ojo e intenté aligerar el ambiente. —Dime, Nicholas —dije, dando un sorbo a mi vino mientras clavaba mis ojos en los suyos—. ¿El gran líder de la Mafia tiene algún talento oculto? Quizás eres secretamente un maestro malabarista o algo igual de ridículo.

Su risa resonó por el comedor privado, rica y cálida como chocolate derretido.

—¿Malabares? —se rio, sacudiendo la cabeza con fingida incredulidad—. No, nada tan impresionante. Pero toco el piano.

—¿En serio? —Mis cejas se alzaron por la sorpresa—. No te habría tomado por el tipo musical.

—Hay mucho que no sabes de mí, cara mia —me provocó, inclinándose más cerca como si compartiera un secreto—. Pero algún día tocaré para ti.

—¿Lo prometes? —le desafié, buscando sinceridad en su mirada.

—Lo prometo —afirmó, la intensidad de sus ojos azules atrayéndome más profundamente al momento.

El jugueteo entre nosotros era embriagador, nuestra conexión crecía más fuerte con cada risa compartida y confesión susurrada. Se sentía como si estuviéramos creando nuestro propio pequeño santuario, y por unas preciosas horas, me permití olvidar las responsabilidades que cada uno teníamos.

El tintineo de nuestras cucharas de postre contra los platos vacíos resonaba en mis oídos, casi como un reloj, contando los minutos hasta el final de esta velada. La dulzura del tiramisú aún persistía en mi lengua, un marcado contraste con la amarga realidad de la vida en la Mafia.

Nicholas metió la mano en el bolsillo de su chaqueta. Sacó una pequeña caja de terciopelo, y mi brusca inspiración coincidió con la repentina pesadez en mi pecho.

—Antes de que terminemos nuestras dos semanas juntos —comenzó, su voz firme pero teñida de vulnerabilidad—, quiero que sepas lo en serio que me tomo nuestro futuro juntos.

Abrió la caja, revelando un deslumbrante anillo anidado en su interior. El brillo del diamante central redondo captaba la luz parpadeante de las velas, mientras que los diamantes más pequeños que lo rodeaban proyectaban prismas sobre la mesa.

La alegría y el triunfo se precipitaron a través de mí mientras la enormidad del momento se cernía sobre mí. El peso del anillo parecía representar mucho más que solo el metal precioso y las piedras: llevaba la carga de nuestros pasados, la esperanza de nuestros sueños y el frágil hilo de confianza que nos unía.

—Nicholas, yo... —Mi voz flaqueó, las emociones obstruyendo mi garganta mientras las lágrimas nublaban mi visión. Pero incluso a través de la bruma de lágrimas contenidas, podía ver la feroz determinación en sus ojos—. Es hermoso.

—Este era el anillo de mi madre y sé que ella te habría adorado. ¿Te casarás conmigo, Liliana? —preguntó, su voz temblando de incertidumbre.

Dudé solo por un momento, mi mente corriendo a través de un torbellino de pensamientos, miedos y expectativas. Pero bajo el tumulto, una verdad resonaba clara: amaba a este hombre y la idea de una vida sin él era más aterradora que cualquier peligro que nuestro mundo pudiera lanzarnos.

—Sí —susurré, permitiendo que la palabra llevara el peso de mis esperanzas y sueños—. Sí.

Mientras deslizaba el anillo en mi dedo tembloroso, sentí el tirón de un lazo invisible que nos acercaba, uniendo nuestros destinos irrevocablemente. El frío metal se calentó contra mi piel mientras lo sostenía a la luz.

El anillo brillaba en mi dedo, un peso que a la vez me anclaba y me liberaba. Los ojos de Nicholas se clavaron en los míos, la intensidad de su mirada encendiendo un fuego profundo dentro de mí.

—Cara mia, te amo —susurró, su voz cargada de emoción. Sus labios se encontraron con los míos en un beso prolongado, la pasión y la promesa de nuestro futuro evidentes en el tierno abrazo. El mundo a nuestro alrededor se desvaneció, dejando solo el vínculo inquebrantable forjado entre nuestras almas entrelazadas.

—Yo también te amo —murmuré contra su boca, mis palabras una ferviente declaración de amor y compromiso. Nuestras lenguas bailaron juntas, su sabor un recordatorio agrisado de todo el dolor en nuestras vidas que nos trajo a este momento. Y cuando nos separamos, el calor de su aliento se extendió por mi rostro, un recordatorio tangible del hombre que había capturado mi corazón y mi alma.

—Ven —dijo, tomando mi mano en la suya—. Vámonos.

Salimos del restaurante, el frío aire nocturno envolviéndonos como un sudario indeseado. La oscuridad parecía tragarse las luces de la calle, reflejando los rincones ocultos de nuestro mundo. Sin embargo, incluso cuando la realidad nos mordía los talones, el calor de la mano de Nicholas en la mía servía como un faro de esperanza en medio de la oscuridad que se acercaba.

—Signorina Ricci —Juan apareció de entre las sombras, sonriendo mientras miraba el anillo de compromiso en mi mano—. Felicidades a ambos —abrió la puerta del elegante Mercedes negro, el ronroneo de su motor una sinfonía apropiada para el poder tácito que representaba.

—Gracias —respondí, mi voz firme a pesar de las emociones que se agitaban dentro de mí. Miré hacia atrás a Nicholas, buscando tranquilidad en sus ojos mientras me preparaba para regresar a mi apartamento, aunque solo fuera por una semana más.

Mientras nos deslizábamos en el coche, los asientos de cuero fríos e inflexibles debajo de mí, supe que nuestras vidas nunca serían las mismas. Y mientras nos mirábamos a los ojos, el conocimiento de que esto era solo el principio se asentó en ambos.

El coche se detuvo lentamente, el ronroneo del motor desvaneciéndose en la noche. Miré por la ventana la familiar casa de piedra rojiza que había sido mi santuario. Sin embargo, esta noche se sentía diferente, transformada por el peso de la promesa en mi dedo y el conocimiento del mundo brutal que yacía justo más allá de sus paredes.

Salí al fresco aire nocturno, mi respiración atrapada en mi garganta mientras nos acercábamos a la pesada puerta de roble. Me giré para enfrentar a Nicholas.

—¿Y tengo una semana para planear esta boda?

Me atrajo hacia sus brazos.

—Sí. Nos casaremos al mediodía, el próximo sábado, en San Adrián.

Puse los ojos en blanco. San Adrián era el santo patrón de los traficantes de armas, entre otras cosas, y aunque no sabía nada sobre su negocio, sospechaba que esto era un poco obvio.

Me entregó una tarjeta de crédito negra.

—Usa esto para los gastos, y no temas gastar de más para asegurarte de que tengas todo lo que quieras.

Miré la tarjeta negra, mi nombre impreso en el reverso.

—Debes tener algún tipo de presupuesto.

—No hay presupuesto, cara mia.

—¿Hola? —la voz de Sofia llamó desde la acera—. Liliana, ¿eres tú?

—Hola, Sofia —dije, desenredándome de Nicholas. Sus ojos ansiosos inmediatamente

captaron el brillo del anillo en mi dedo, y antes de que pudiera siquiera abrir la boca para hablar, su rostro se iluminó con una alegría contagiosa.

—¿Es eso...? —chilló, sus manos volando hacia su boca como si pudieran contener la pura fuerza de su emoción—. ¡Oh Dios mío, Liliana! ¡Es hermoso!

Mis dedos se curvaron alrededor del diamante, sus bordes afilados clavándose en mi carne mientras luchaba por encontrar las palabras correctas.

—Sí, y este es Nicholas.

Sofia subió corriendo las escaleras y me rodeó con sus brazos.

—¡Estoy tan feliz por ti! —Cuando terminó de exprimirme el aire, se volvió hacia Nicholas y le dio un golpecito en el pecho—. Soy la mejor amiga de Liliana y si le haces daño, tendrás que responder ante mí.

No estoy segura de si alguna vez había sido amenazado por una pelirroja de un metro sesenta antes, pero lo tomó bien.

—No podría ser de otra manera. Estoy seguro de que ustedes dos tienen mucho de qué hablar, así que me despediré.

Sofia se apartó para que Nicholas pudiera besarme. Me decepcionó el casto beso, pero por otro lado, no estaba segura de que Sofia quisiera presenciar lo bien que me besaba.

Nos dejó y me volví para abrir la puerta.

—Tiene razón, tenemos mucha planificación que hacer.

Me siguió hasta mi apartamento y, una vez que se cerró la puerta, su sonrisa se desvaneció.

—Pero, Liliana —la voz de Sofia se tornó seria, su mirada escudriñando mi rostro en busca de respuestas—. ¿Estás segura de esto? No lo conoces desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Lo sé —dije, evadiendo la verdadera razón por la que nos casábamos tan rápido—. Pero ¿por qué esperar cuando ambos estamos seguros de que queremos pasar el resto de nuestras vidas juntos?

Me miró con escepticismo.

—¿Lo probaste como te dije que deberías? No estarás embarazada, ¿verdad? Eso ya no es razón para casarse.

Me reí.

—No, no lo hice, y no, no lo estoy. Es el hombre adecuado, en el lugar adecuado, en el momento adecuado.

—Entonces te apoyaré —prometió, apretando su agarre alrededor de mi mano—. Pase lo que pase.

—Gracias —dije, con la garganta apretada por la emoción—. Voy a necesitar tu ayuda porque tenemos una boda que planear. En una semana.

Chilló ante mi plazo, luego examinó mi anillo de compromiso.

—Si tiene este tipo de dinero, estoy segura de que podremos lograrlo.

Por un momento, fue como si el peso del mundo hubiera desaparecido, reemplazado por la pura alegría de sueños compartidos y nuevos comienzos.

—¿Puedes creerlo? —los ojos de Sofia brillaban con felicidad sin restricciones—. Pronto, serás la señora Nicholas Romano.

Mi mirada se posó en el deslumbrante anillo en mi dedo. Se sentía extraño pero familiar, como una pieza de un rompecabezas que no me había dado cuenta que faltaba hasta este preciso momento.

—Créeme, todavía es surrealista —admití, sintiendo un escalofrío recorrer mi espina

dorsal mientras la realidad de mi decisión se asentaba—. Pero sé que esto es lo que quiero.

—¡Entonces deberíamos celebrar! —declaró Sofia, su entusiasmo contagioso. Se dirigió hacia la cocina, volviéndose para hablarme—. Todavía tenemos esa botella de champán de tu cumpleaños, ¿verdad?

—¿La que nunca llegamos a abrir? Sí. —La seguí, mis pasos más lentos, agobiados por la enormidad de planear una boda tan rápidamente. Mientras ella rebuscaba en el refrigerador, me entristeció pensar que tendría que seguir ocultando tanto a mi mejor amiga.

—¡La encontré! —Sofia emergió triunfante con la botella de etiqueta dorada, su sonrisa lo suficientemente amplia como para ahuyentar cualquier duda persistente que tuviera sobre planear una boda en solo unos días—. Ahora, ¿dónde están esas copas?

—Estante superior, detrás de las copas de vino —indiqué, observándola recuperar las delicadas copas de cristal con facilidad practicada. Habíamos brindado por innumerables hitos juntas, cada tintineo un recuerdo grabado en nuestras almas.

—Por la futura señora Romano —dijo, levantando su copa en un saludo.

—Que el amor lo conquiste todo —dije, nuestras copas tintineando juntas como un delicado himno. Las burbujas bailaron en mi lengua, un recordatorio de que la belleza de la vida a menudo yace oculta bajo su duro exterior—. Ahora empecemos a mirar vestidos.

Sofia y yo pasamos la noche revisando las revistas de novias que había comprado durante las últimas dos semanas, nuestra emoción creciendo con cada exquisito vestido que descubríamos.

Mientras pasábamos páginas llenas de sueños de tul y fantasías bordadas, Sofia tenía un comentario para cada vestido. Su entusiasmo contagioso me hizo sonreír, aunque no podía sacudirme el peso de lo que me esperaba.

—Imagínate caminando hacia el altar con este —dijo Sofia, sosteniendo una imagen de un vestido fluido adornado con delicado encaje floral—. Te verías impresionante.

—Puedo imaginarlo —respondí suavemente, mi mente conjurando una imagen de mí deslizándome hacia Nicholas, sus ojos llenos de amor y asombro. Pero bajo la superficie, la incertidumbre me carcomía como un dolor persistente.

En ese momento, Sofia pareció sentir mi tormento interior. Dejó a un lado las revistas y tomó mis manos entre las suyas, su toque anclándome en el presente.

—Sabes —comenzó, su voz suave pero resuelta—, pase lo que pase, siempre estaré aquí. Te cubriré las espaldas, y ya le he puesto sobre aviso a él.

Las lágrimas picaron en las esquinas de mis ojos al darme cuenta de que, a pesar de mis miedos, no estaba sola en este viaje.

—Gracias —susurré con voz ronca, abrumada por la emoción—. Tu amistad lo significa todo para mí.

Sofia sonrió cálidamente y me atrajo en un fuerte abrazo. En ese momento compartido, toda la ansiedad se desvaneció, reemplazada por una feroz determinación de proteger nuestro vínculo.

Cuando finalmente nos soltamos, nuestras miradas se encontraron con un renovado sentido de propósito. Estábamos en esto juntas, revistas de novias y todo.

—Acabo de darme cuenta de que no te pregunté. Voy a ser tu dama de honor, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. No seas tonta —dije, incapaz de imaginar a alguien más a mi lado en mi boda.

—Bien. Entonces encontremos el vestido perfecto para ti —declaró Sofia, su voz rebosante de certeza—. Uno que refleje tu fuerza, belleza y el amor en el que estás a punto de

embarcate.

Capítulo 7

Liliana

Las imponentes puertas del santuario se alzaban sobre mí, sus paneles de roble oscuro tallados con intrincados patrones que brillaban bajo la intensa luz. Se erguían como una invitación y un desafío, retándome a atravesarlas hacia el futuro que me aguardaba. Los sonidos de la música procesional y las damas de honor avanzando por el pasillo llenaban el aire, sus risas inocentes mezclándose con el intenso aroma de rosas e incienso. Mi corazón se encogió en mi pecho mientras escuchaba su alegría, en marcado contraste con la voz grave de mi padre, recordándome la tradición y el deber.

—Recuerda, Liliana —dijo en voz baja, su agarre en mi brazo frío e inflexible—. Esto es por la familia. —Sus palabras eran como una piedra atada a mi cuello, arrastrándome más profundo en el abismo del que había pasado toda mi vida tratando de escapar—. La vida de tu hermano depende de que mantengas a Nicholas feliz. Sé la buena esposa que tu madre no fue y obedécelo.

Tragué con fuerza, fortaleciéndome contra el peso de las expectativas de mi padre. Las puertas crujieron al abrirse, revelando la vasta extensión de la iglesia más allá. Al dar un paso adelante, cada persona dentro de esos muros sagrados se levantó en reverencia, sus ojos fijos en mí como buitres rodeando a su presa. Luché por mantener una sonrisa en mi rostro, mis pasos medidos, negándome a dejarles ver el miedo que se enroscaba como una serpiente en la boca de mi estómago.

Y entonces lo vi: Nicholas, esperando en el altar. Su mirada era una tormenta de posesión y admiración, dos rasgos que tenían el poder de calmarme o destrozarme según cómo fueran empleados. Me observaba acercarme, sus ojos penetrando en mi alma, sin desear nada más que mi unión con él.

El agarre de mi padre se intensificó en mi brazo mientras me acercaba al altar, sus dedos clavándose en mi carne como un tornillo. El dolor era un recordatorio de todo lo que estaba en juego, el peso de los legados de nuestras respectivas familias sobre nosotros. Al llegar junto a Nicholas, mi padre me soltó con un último apretón, transmitiendo silenciosamente sus expectativas sobre mí.

—Cúidala —le dijo a Nicholas, su voz cargada de emoción. Luego, mi padre se inclinó para darme un beso de despedida en la frente. Ese beso rompió nuestra débil relación y supe que ya no era un hombre en quien pudiera confiar.

—Por supuesto, Giovanni —respondió Nicholas solemnemente, la promesa en su voz calmando parte de la inquietud que se agitaba dentro de mí. Mi padre se inclinó ante él, entregando lealtad y cediendo el destino de nuestra familia al imponente legado de los Romano.

—Mírate —susurró Nicholas mientras tomaba mi mano, su voz una caricia peligrosa que me erizó la piel—. Eres más hermosa de lo que jamás imaginé.

—Gracias —dije, demasiado nerviosa para decir algo más.

Mientras permanecíamos allí, unidos por la tradición y el deber, podía sentir las

corrientes subterráneas de violencia y oscuridad que se arremolinaban bajo la superficie de nuestra unión. Pero también había un destello de amor que se negaba a ser extinguido.

Y fue esa frágil llama a la que me aferré mientras daba un paso hacia la vida que me esperaba, decidida a labrar mi camino a través de este mundo brutal con coraje y gracia.

—Repite después de mí —indicó el sacerdote, y Nicholas recitó sus votos, sus ojos sin apartarse nunca de los míos. Su mirada estaba llena de tal intensidad que parecía como si intentara grabarse en mi alma. Tan comprometida como estaba, me pregunté si esta ceremonia tenía el mismo significado para él. Me aferré a la esperanza de que así fuera, permitiendo que las palabras de nuestros votos me bañaran como un bálsamo.

—Nicholas, te tomo como mi esposo —dije, mi voz firme a pesar del tumulto en mi interior—. Para tenerte y conservarte desde este día en adelante, en lo mejor y en lo peor, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

La voz del sacerdote resonó a través de los sagrados pasillos de la iglesia, sellando nuestra unión a los ojos de Dios. Apreté la mandíbula, conteniendo las lágrimas que amenazaban con derramarse, su salinidad ardiendo contra mi piel. A pesar de no tener el lujo de elegir mi futuro, tomé una decisión en ese momento: lo moldearía según mis propios términos. Juré luchar por la supervivencia de mi hermano y por mi propia dignidad.

—Nicholas —dijo el sacerdote—, puedes besar a la novia.

Él se volvió para mirarme, sus ojos fijándose en mí con una intensidad que me hizo estremecer. El mundo a nuestro alrededor pareció desvanecerse, dejando solo a nosotros dos de pie en el altar.

—Ti amo, Liliana —susurró.

—Ti amo, Nicholas —susurré en respuesta.

Nuestros labios se encontraron y la congregación comenzó a aplaudir. Ahora estábamos unidos como marido y mujer, y solo podía esperar que nuestro matrimonio reflejara nuestro torbellino de noviazgo.

—Felicidades —susurró Sophia mientras me devolvía el ramo, sus ojos brillando con lágrimas de felicidad contenidas por mí.

—Gracias —respondí, tragando con dificultad contra el nudo en mi garganta.

Una renovada salva de aplausos retumbó en mis oídos mientras caminábamos por el pasillo, y me impactó un mar de rostros desconocidos que antes había estado demasiado nerviosa para notar, sus ojos llenos de admiración y respeto por Nicholas. Cada mirada me atravesaba como un depredador evaluando a su presa, y me di cuenta de cuánta influencia ejercía mi nuevo esposo. Me hizo estremecer.

—Nicholas —susurré, tratando de mantener mi voz firme—, no me di cuenta de que vendría tanta gente.

—La mayoría son de mi lado de la familia —admitió, sus ojos azul hielo escudriñando la multitud—. Han venido a mostrar su respeto.

—¿Son familia o parte de tu negocio? —cuestioné, incapaz de sacudirme la inquietud que se abría paso por mi pecho.

—Ambos, y algunos son enemigos —respondió crípticamente, sin ofrecerme más explicación.

La limusina nos llevó directamente a la casa de Nicholas. Había estado en la mansión Romano dos veces y me asombraba que ahora fuera mi hogar. Me tomaría tiempo acostumbrarme a vivir en esta extensa e imponente estructura que se cernía sobre nosotros como una fortaleza. La grandeza de la propiedad era a la vez impresionante y aterradora, y me

intimidaba su oscura historia.

Una de las empleadas de la casa, nuestra sirvienta Maria, me saludó cálidamente cuando entramos al vestíbulo.

—Bienvenida a casa, signora. Soy Maria y estoy a su servicio cuando me necesite.

—Gracias —dije, forzando una sonrisa en mi rostro.

—Permíteme presentarte a Gina y James —dijo Nicholas, señalando a los otros dos miembros de su personal—. Gina es nuestra cocinera, y James es nuestro mayordomo.

—Encantada de conocerlos a ambos —les dije, asintiendo cortésmente. No los había conocido cuando vine a visitar a Nicholas en su casa. De hecho, tenía la clara impresión de que él había dado el día libre al personal cuando yo estuve aquí.

Gina era una mujer baja en sus cuarenta, y llevaba puesto un abrigo de chef cubierto de harina.

—El placer es mío, signora, pero necesito volver a la cocina y terminar los últimos toques de los postres.

James era un hombre alto con cabello blanco como la nieve y una espalda recta como una vara.

—Signora, si necesita algo, por favor no dude en pedirlo —dijo, su rígido comportamiento revelando un atisbo de amabilidad.

—Gracias, lo aprecio —respondí, agradecida por el pequeño consuelo.

A medida que nos adentrábamos en la mansión, mi aprensión crecía. Las paredes parecían cerrarse a mi alrededor, y me encontré luchando por respirar. Se sentía como si el peso de generaciones de secretos familiares de los Romano recayera sobre mis hombros.

—¿Sucedo algo, Liliana? —preguntó Nicholas, su voz teñida de preocupación al notar mi incomodidad.

—No, estoy bien —mentí, forzando una sonrisa en mi rostro—, solo un poco abrumada.

—Dale tiempo —me tranquilizó, colocando una mano en la parte baja de mi espalda—. Eres la señora de esta casa y estoy seguro de que te adaptarás.

Asentí, pero en el fondo, la duda me carcomía. ¿Alguna vez pertenecería realmente entre estas intimidantes paredes?

Nos detuvimos frente a una puerta y él la abrió.

—Esta es nuestra habitación.

La habitación era más grande que cualquier apartamento de estudio que mis amigos hubieran tenido, pero estaba amueblada casi de la misma manera. Teníamos una zona de estar, un televisor, estanterías, mesas de café, una pequeña mesa de comedor con dos sillas y, por supuesto, una cama.

—¿Te gusta? La hice redecorar cuando empezamos a salir.

Me reí.

—¿Estabas tan seguro, eh? —Examiné la habitación más lentamente y descubrí que sí, me gustaba. Era femenina con toques masculinos: las telas eran ligeras y lujosas, pero la madera era oscura y no tan delicada.

—Hice que trasladaran y desempacaran tus cosas durante la ceremonia, pero avísale a Maria si te falta algo y ella te lo conseguirá.

Fruncí el ceño e hice mi mejor conjetura porque no podía recordar los nombres de las dos mujeres que acababa de conocer.

—¿Maria es la cocinera?

—No, esa es Gina. Maria es tu sirvienta. —Caminó de vuelta hacia mí y me llevó

suavemente dentro de la habitación—. No quiero besarte en el pasillo. El personal siempre chismosea.

Rodeé su cuello con mis brazos.

—No podemos permitir eso, ¿verdad?

Su cabeza se inclinó y me besó. No, eso no es correcto. Me devoró y para cuando terminó con mis labios, yo estaba jadeando y desesperada por salir de mi vestido. Me di la vuelta.

—Bájame la cremallera.

Acarició mi cuello con su nariz y se rió entre dientes.

—No hay nada que prefiera hacer, cara mia, pero me niego a apresurarme en conocer cada centímetro de ti.

Me volví hacia él y gemí de frustración.

—No puedo creer que me vayas a hacer esperar. Por favor, Nicholas.

Cerró los ojos. —Joder, Liliana. Si me suplicas así otra vez, nunca llegaremos a la recepción.

Envolví mis brazos alrededor de su cintura, atrayendo sus caderas hacia las mías. —¿Sería tan malo?

Un golpe interrumpió nuestra conversación. Me volví para ver a María, mi doncella. —Disculpe, señora Romano. No estaba segura si necesitaba ayuda con su vestido.

Miré a Nicholas, luego de vuelta a María. —No, gracias. Ya nos dirigimos a la recepción.

Mientras recorríamos los pasillos camino al salón de baile y nuestros invitados no necesariamente amistosos, pasé mis dedos por las frías paredes de piedra, sintiendo su historia bajo mi tacto. Este era el legado en el que me había casado, y con cada paso, me propuse hacerlo mío.

Nos acercamos a las ornamentadas puertas dobles del salón de baile al final del corredor. El aroma de madera envejecida y latón pulido llenó mis fosas nasales, un potente recordatorio del poder que me rodeaba.

—Más allá de estas puertas está nuestro mundo, Liliana. Yo gobierno este mundo contigo a mi lado. No todos son amigos, pero eso no importa. Tú eres la reina y todos deben inclinarse ante ti, especialmente en tu día de boda.

Apoyé mi cabeza en su hombro. —Dame un minuto antes de entrar.

Sus ojos se clavaron en los míos, un caldero de emociones conflictivas —pasión, protección y poder— arremolinándose en esas profundidades azul hielo. —No tienes razón para temer a nadie. Ahora eres mi esposa y nadie te molestará jamás.

Enderecé mi columna y asentí al hombre que hacía guardia en el pasillo. Él abrió la puerta y entramos en el umbral de nuestra vida compartida, decidida a labrar mi camino como su esposa.

Un cuarteto de cuerdas comenzó a tocar y nuestros invitados se pusieron de pie y aplaudieron. Mi esposo sonrió y saludó, así que lo imité. Me condujo a la mesa principal en el estrado, donde el pequeño cortejo nupcial ya estaba sentado.

Besé a Sophia y a mi padre antes de tomar asiento. Inmediatamente, la gente comenzó a golpear sus copas de vino indicando a Nicholas que me besara.

Sonrió lobunamente y me atrajo hacia él. El beso comenzó lento y contenido, pero cuando su lengua trazó mi labio inferior, me derretí y me rendí ante él. Profundizó el beso, su lengua sabía a cigarro y whisky. Me perdí en él y me sobresalté cuando se apartó de mí.

—Oh, creo que me va a gustar ser la señora Romano —le susurré.

La sala estalló en vítores y risas porque no me había dado cuenta de que había un

micrófono en la mesa. Cerré los ojos y me sonrojé de vergüenza.

Riccardo, el padrino de Nicholas y su principal lugarteniente, se puso de pie y tomó el micrófono. —Ojalá tuviera la suerte de encontrar un amor así. —Levantó su copa de champán—. Por los felices novios. Que su amor crezca junto con su familia.

Se sentó y apagó el micrófono. —Los micrófonos abiertos siempre te pillan, ¿verdad?

Le sonreí, agradecida de que desviara la atención de mí. La mayoría de las personas aquí eran desconocidas y no me gustaba haber hecho el ridículo frente a ellas.

Uno de los desconocidos, un hombre mayor con un traje a medida diseñado para disimular su físico de músculos convertidos en grasa, se puso de pie y gesticuló hacia el micrófono. Un hombre más joven de su mesa se apresuró a llevárselo.

Miré a mi nuevo esposo, preguntándome quién era este hombre que ni siquiera caminaba los pocos pasos para tomar el micrófono él mismo. —Antonio Bianchi es una de las personas de las que te hablé cuando llegamos aquí.

No estaba segura de a qué se refería hasta que repasé nuestra conversación anterior en mi mente. Antonio Bianchi no era un amigo. ¿Un rival de negocios? ¿El padre de una de las ex novias de Nicholas? ¿Un enemigo personal? No tenía sentido que Nicholas lo invitara a nuestra boda, sin importar cuál fuera su relación.

—Entonces, ¿por qué...? —comencé.

—Tienes toda una vida para aprender cómo manejo mis negocios, no necesitamos hablar de eso ahora —dijo.

Bianchi comenzó a hablar. —Primero, me gustaría presentarme a la novia. Liliana, te ves encantadora hoy. Demasiado encantadora para alguien como Romano, así que el día que despiertes y te sientas decepcionada, llama a mi hijo Frankie. —Dio una palmada en el hombro al hombre feo y gordo sentado a su lado—. Estoy seguro de que podrá satisfacer todas tus necesidades.

Podía sentir cómo se tensaba cada músculo del cuerpo de mi esposo, pero Riccardo puso una mano en su brazo. —Jefe, este no es el lugar —susurró.

Miré fijamente a Bianchi, sin saber qué decir, o si debía decir algo en absoluto.

La sala estaba en silencio, excepto por las risitas de los invitados sentados en la mesa de Bianchi. El resto de los invitados parecían atónitos, y varios hombres tenían una mano dentro de sus chaquetas. ¿Estaban sacando armas? ¿La gente trajo armas a mi boda? Dios mío, ¿en qué me había metido?

Justo cuando la tensión parecía insoportable, Nicholas comenzó a reír.

—Los Bianchi siempre son pura fanfarronería. Estoy seguro de que si mi hermosa esposa quisiera que la abrumaran con palabras, tu familia sería el lugar indicado. Pero no, yo la cuidaré de una manera que tu hijo ni siquiera podría imaginar.

Frankie devolvió el micrófono a nuestra mesa, dirigiendo una mirada lasciva a mi escote.

—Te encargarás de él mañana —susurró Nicholas a Riccardo.

—¡Signora Romano! —retumbó una voz, rompiendo el frágil vínculo que habíamos forjado. Levanté la vista para ver a Marco acercándose con una expresión preocupada—. Felicidades por su matrimonio.

—Gracias, Marco —respondí, con la voz tensa al sentir que todos en la sala me miraban fijamente.

—Jefe, debo hablar con usted en privado —insistió Marco, mirándome de reojo antes de volver su atención a mi esposo.

—Es mi recepción de boda, ¿no puede esperar? —preguntó Nicholas, sin apartar su

mirada protectora de mí.

—Es urgente.

Suspiró y luego me dio un tierno beso en la frente.

—Volveré en tres minutos, lo prometo.

—Ve —le insté, consciente de la gravedad de tales asuntos—. Me acomodaré y te esperaremos para empezar.

Mientras desaparecía con Marco, examiné la sala: un mar de rostros desconocidos, cada uno una potencial amenaza. Me armé de valor, decidida a demostrar que era digna de mi recién adquirida posición.

—Signora Romano —ronroneó una voz femenina frente a mí, destilando desdén. Me volví para encontrar a Francesca, la ex amante de Nicholas y miembro de alto rango de una familia mafiosa rival.

—Francesca, no sabía que estabas invitada a la boda —la reconocí con una sonrisa tensa, negándome a dejar que me inquietara.

Ella soltó una risita.

—Tenía una fila de hombres queriendo traerme aquí. Tuve que venir porque nunca pensé que se conformaría con alguien como tú —se burló, entrecerrando los ojos en rendijas venenosas.

—Sin embargo, aquí estamos —repliqué, con voz fría como el acero—. Y parece que Nicholas ha tomado su decisión.

—Disfrútalo mientras dure, querida. No tienes idea de cómo será tu noche de bodas —escupió antes de alejarse, dejando un rastro de malicia a su paso.

Riccardo se inclinó hacia mí.

—Bien hecho, señora Romano. Nunca tendrá que preocuparse por ella.

Cuando Nicholas se sentó de nuevo a mi lado, la sala volvió a sumirse en un tenso silencio. El peso de las palabras de Francesca flotaba en el aire, amenazando con sofocar cualquier vestigio de alegría que aún quedara de la ceremonia de boda.

Apreté la mandíbula, negándome a dejar que su veneno se filtrara en mi felicidad. Se suponía que esto era una celebración para Nicholas y para mí. No permitiría que sus palabras rencorosas lo empañaran.

Pero al mirar alrededor de la sala, no pude ignorar las miradas y los susurros que seguían cada uno de nuestros movimientos. Era evidente que nuestra unión había despertado algo más que simple curiosidad; había intensificado las tensiones políticas dentro del mundo del crimen organizado. Y ahora, con las burlas venenosas de Francesca resonando en mi mente, no podía sacudirme la sensación de que el peligro acechaba en cada esquina.

Nicholas percibió mi inquietud y colocó su mano sobre la mía, ofreciéndome seguridad.

—Escuché lo que dijo. No dejes que te afecte, cara mía —susurró, con la voz llena de determinación.

Asentí, esbozando una débil sonrisa.

—No lo haré.

Pero en el fondo, la duda me carcomía. ¿Realmente podría manejar el traicionero camino que había elegido? ¿Era lo suficientemente fuerte para permanecer al lado de Nicholas?

En ese momento, el sonido de copas tintineando cortó la tensión como un faro de alivio. Mi padre alzó su copa en el aire y comenzó su discurso, desviando la atención de todos de la presencia persistente de Francesca.

—Nos reunimos hoy para celebrar el amor y la unidad —declaró, su voz retumbando en

el gran salón.

Mientras hablaba de amor y lazos eternos, me encontré atraída de nuevo por la mirada inquebrantable de Nicholas. En ese momento, en medio de toda la incertidumbre, me di cuenta de que nuestro amor era lo que realmente importaba, no las palabras amargas de Francesca ni los tonos peligrosos que amenazaban con deshacer nuestra felicidad.

Con renovada determinación, enderecé mi postura y sonreí a Nicholas. Yo era su esposa y no había nada que Francesca, o el hijo feo de Antonio Bianchi, pudieran hacer para cambiar ese hecho.

Mientras la voz de mi padre se desvanecía en el fondo, tomé la mano de Nicholas y la apreté con fuerza. En esta sala llena de peligro e intriga, nos elevaríamos por encima de todo. Nuestro amor sería nuestra fortaleza, protegiéndonos de las tormentas que nos esperaban.

Con un entendimiento silencioso entre nosotros, volvimos nuestra atención a la celebración. Estábamos unidos, inquebrantables en nuestro compromiso mutuo.

Mientras la música se elevaba y los invitados comenzaban a bailar, dejé ir mis dudas y me permití disfrutar el momento. Por ahora, nos deleitaríamos en esta nueva unión, sabiendo que cualquier desafío que nos esperara, lo enfrentaríamos de frente, juntos.

Capítulo 8

Nicholas

Guié a Liliana hacia el lujosamente decorado dormitorio principal, con el deseo de reclamar lo que era mío ardiendo en mis venas. Sus ojos bebían la opulencia que nos rodeaba, pero era mi mirada la que anhelaba, mi toque el que deseaba.

Con un rápido giro, cerré la puerta de golpe y la aseguré, guardando la llave en mi bolsillo. Nadie nos interrumpiría ahora.

Una sonrisa presumida curvó mis labios. Era hora de que viera a quién se había atado. No a un tonto enamorado, sino a un capo que gobernaba con puño de hierro.

—¿Nicholas? —Su voz tembló, sus manos retorciendo la seda de su vestido de novia.

La acorralé contra la pared, inmovilizándola con mi cuerpo. Liliana jadeó, su pecho subiendo y bajando rápidamente.

—Mírame —gruñí. Sus ojos se clavaron en los míos, oscuros pozos de deseo reflejando los míos propios—. Ahora eres mía, Liliana. Toda mía.

Una emoción me recorrió al ver el destello de excitación en su expresión. Mi miembro se estremeció, endureciéndose contra su suave vientre. Rodeando su garganta con una mano, apreté ligeramente y froté mis caderas contra las suyas.

Gimió, el sonido fue música para mis oídos. Sus manos subieron para aferrarse a mis hombros mientras se retorció bajo mi toque.

—Dime que me perteneces —exigí bruscamente.

Sus ojos brillaron desafiantes. Apreté mi agarre en advertencia, mis dedos presionando la delicada columna de su garganta.

—Dilo —siseé.

—Te pertenezco —susurró.

Se derritió contra mí con un suave gemido y el triunfo rugió en mi interior. Aplasté mi boca contra la suya, tragándome su jadeo de sorpresa. Nuestras lenguas batallaron mientras desgarraba el corpiño de su vestido, la delicada tela rasgándose bajo mis manos.

La excitación espesó mi sangre, la lujuria nublando mi visión. Agarré sus caderas, frotándome contra ella. Jadeó, sus dedos clavándose en mis hombros.

Aparté mi boca de la suya, dejando un rastro de besos húmedos y mordiscos por su garganta. El latido frenético de su pulso alimentaba mi deseo.

—Me perteneces. Tu cuerpo, tu placer, tu dolor. Todo mío.

Un grito ahogado se le escapó cuando mordí el tierno lugar donde el cuello se une con el hombro. Sus uñas arañaron mi espalda y gemí, el ardor intensificando mi placer.

Sus pechos quedaron al descubierto, los rosados pezones endureciéndose bajo mi mirada. Me aferré a uno, rodando el sensible botón entre mis dientes. Liliana gritó, sus manos aferrándose a mi cabello para mantenerme en mi lugar.

La evidencia de su excitación alimentó mi hambre. Necesitaba estar dentro de ella, reclamar cada centímetro de su cuerpo.

Me empujó y se deslizó de mi agarre. Observé cómo el fuego de la determinación parpadeaba detrás de sus profundos ojos marrones. Su cabello castaño enmarcaba sus delicadas facciones, y podía ver los engranajes girando en su mente.

—Nicholas —comenzó, su voz vacilante pero decidida—, hay algo que he querido discutir contigo.

El repentino cambio de tema me tomó por sorpresa, pero mantuve la compostura exterior. Levanté una ceja, instándola silenciosamente a continuar.

—Lamento no haber discutido esto antes de nuestra boda —dijo con firmeza—. Pero no tuvimos tiempo. Quiero seguir trabajando como traductora. No para mi padre, sino para una editorial.

Sus palabras me desconcertaron, encendiendo una chispa de irritación en lo profundo de mi ser. ¿Cómo se atrevía a considerar la idea de trabajar para alguien más siendo mi esposa? La idea era absurda. Mi control se deslizó momentáneamente y dejé escapar una risa áspera, sobresaltándola.

—¿Es así? —cuestioné fríamente, sintiendo la ira elevarse dentro de mí como una marea—. ¿Crees que tendrás tiempo para tales trivialidades una vez que estés completamente inmersa en tu papel como mi esposa?

Liliana me miró fijamente, con incredulidad grabada en su rostro. Abrió la boca para hablar pero dudó, como si estuviera sopesando cuidadosamente sus opciones. Podía ver los engranajes girando en su mente, su inteligencia y ambición negándose a ser sofocadas. Pero no podía permitir eso, no cuando su lugar estaba a mi lado.

—Déjame dejarlo claro —gruñí, dando un paso más cerca y alzándome sobre ella—. Como mi esposa, me perteneces. Tu lugar está aquí, y deberías estar aprendiendo cómo servirme a mí y a la familia Romano.

Mientras las palabras salían de mis labios, podía ver la batalla librándose dentro de ella. Desafiarme significaría arriesgar todo lo que apreciaba, pero someterse significaría sacrificar una parte de sí misma. Era una prueba de su lealtad, una que estaba ansioso por observar.

—¿Entendido? —pregunté, mi voz rebosante de autoridad.

Su silencio hablaba por sí solo, pero podía ver el desafío aún ardiendo en sus ojos.

—¿Es esto lo que realmente quieres, Liliana? ¿Desafiar a tu esposo y arriesgar la seguridad de tu hermano? —Mi voz era amenazante, cada palabra goteando veneno.

—Nicholas, por favor —imploró, su cabello castaño cayendo en cascada sobre sus hombros mientras inclinaba la cabeza hacia atrás para encontrar mi mirada—. Esto es importante para mí. ¿No puedes entenderlo?

El aire entre nosotros crepitaba de tensión, como si desafiara a cualquiera de los dos a hacer el primer movimiento. Incapaz de resistir, la inmovilicé contra la pared, mis dedos clavándose en su delicada carne. Sus profundos ojos marrones se fijaron en los míos, traicionando una extraña mezcla de miedo y deseo.

—¿Estás preparada para enfrentar las consecuencias de tu desafío, Liliana? —gruñí, luchando por mantener el control sobre mis deseos desenfrenados.

—Nicholas, yo...

—¡Contéstame! —rugí, con mi ira desbordándose. La delgada línea entre la lujuria y la furia se difuminó mientras nuestra batalla de voluntades se intensificaba.

—Sí. Estoy lista para aceptar cualquier castigo que consideres necesario.

Ante su admisión, mi agarre se apretó y me incliné cerca, nuestros labios casi tocándose. —Recuerda este momento, Liliana —dije—. Es cuando elegiste desafiarme, y ya no hay vuelta

atrás.

La solté de mi agarre, dejando un rastro de marcas de dedos como un claro recordatorio de nuestro encuentro. El feroz choque de voluntades nos había dejado a ambos sin aliento y anhelando más. Mi voz era baja y peligrosa mientras le informaba a Liliana de las consecuencias de su desafío. —Te has ganado un castigo, uno que te recordará quién tiene el control en esta relación.

—¿Q-qué tipo de castigo? —preguntó, con el pecho agitado mientras sus ojos buscaban en los míos algún indicio de clemencia.

—Ah, cara mia —sonreí con malicia, disfrutando la manera en que su anticipación la hacía retorcerse—. Lo descubrirás pronto. —El miedo en sus ojos era embriagador. Alimentaba a la bestia oscura dentro de mí, la que ansiaba su completa sumisión.

—Nicholas, por favor —susurró, sus manos alcanzando mi pecho, instándome hacia la ternura. Pero no era la ternura lo que le enseñaría una lección, sino el dolor y el placer entrelazados.

Su mirada se desvió de la mía por una fracción de segundo, luego regresó. Tragó saliva con dificultad, luchando por mantener la compostura. —¿Dolerá?

—Sí —le dije, viendo la incertidumbre bailar en sus ojos—. Pero el dolor también puede ser placer, en las manos adecuadas.

El labio inferior de Liliana tembló, pero asintió, aceptando su destino. La visión de su sumisión amplificó mi deseo diez veces más.

—Arrodíllate —ordené fríamente, mi voz sin dejar espacio para discusión.

Su mirada vaciló por un momento antes de que se bajara al suelo, su esbelta figura temblando mientras se arrodillaba ante mí. La visión de su sumisión envió un escalofrío por mi columna vertebral directo a mi palpitante miembro.

—Júrame lealtad una vez más —exigí, mis ojos fijos en los suyos—. Muéstrame que entiendes a quién perteneces.

Liliana dudó. Sus profundos ojos marrones, rebosantes de lágrimas contenidas, se clavaron en los míos como si buscaran un atisbo de piedad. Pero no podía haber piedad donde había desobediencia.

—Nicholas, yo... ya me entregué a ti durante nuestra boda —dijo, con la voz temblorosa—. ¿No es eso suficiente?

—Tus votos matrimoniales no significan nada si no puedes someterte a mí completamente —gruñí, toda la ternura evaporándose bajo el peso de mi ira—. Estoy perdiendo la paciencia. Tu desafío pone en riesgo no solo a ti, sino a toda tu familia.

Un destello de miedo cruzó su rostro, atrapada entre el respeto propio y la preocupación por su hermano. Podía ver la batalla que se libraba dentro de ella: la mujer de carácter fuerte de la que me enamoré luchando contra la realidad de nuestra situación.

—Muy bien —dijo, finalmente cediendo—. Te juro mi lealtad, Nicholas... Me someto a tu voluntad y acepto tu castigo.

Sus palabras, aunque teñidas de reluctancia, mostraban su devoción inquebrantable hacia su familia. En ese momento, vi no solo a mi esposa, sino a una mujer valiente dispuesta a sacrificar su orgullo por el bien de aquellos a quienes amaba. Jesús, ¿cómo tuve tanta suerte de tenerla como mi esposa?

—Bien —dije, con un deje de satisfacción filtrándose en mi voz—. Ahora podemos comenzar.

Desabroché mi cinturón y pantalones, liberando mi dolorido miembro. Los ojos de

Liliana se agrandaron ante la vista, su lengua rosada asomando para humedecer sus labios. Agarré su cabello y guié su boca hacia mí, gimiendo cuando sus suaves labios tomaron la punta.

—Así, cara mia —ronroneé—. Tómallo todo.

Empujé dentro de la calidez de su boca, golpeando el fondo de su garganta. Liliana se atragantó pero la mantuve en su lugar, follando su boca sin control. El fuego en mis entrañas creció mientras la usaba, persiguiendo mi placer.

Luchaba por respirar, sus uñas arañando mis muslos. Me retiré por un momento, permitiéndole una sola bocanada de aire antes de volver a entrar con fuerza. Estaba cerca, tan cerca.

Con un rugido, me corrí en su garganta. Liliana tragó desesperadamente, su garganta trabajando a mi alrededor mientras me vaciaba en ella.

La miré fijamente. Liliana estaba destrozada, los labios hinchados y los ojos vidriosos. Pero vi un destello de excitación que no podía ocultar. Mi novia disfrutaba después de todo al ser puesta en su lugar.

Me acomodé de vuelta en mis pantalones, mis dedos peinando el cabello de Liliana casi con ternura. Ella se inclinó hacia el contacto, con los ojos revoloteando cerrados.

—Levántate, Liliana —ordené, mi voz oscura y seductora—. Quítate el vestido de novia y la lencería. Quiero verte desnuda.

Sus ojos se abrieron con aprensión, pero obedeció, sus manos temblorosas trabajando diligentemente para desabrochar el delicado encaje y la seda que adornaban su cuerpo. La vista de ella desvestiéndose hizo que mi miembro se sacudiera de necesidad.

—Buena chica —murmuré, mi excitación ya creciendo mientras observaba su forma desnuda revelarse—. Ahora, inclínate sobre el pie de la cama.

Liliana dudó por un momento, el miedo evidente en su mirada, antes de moverse hacia el borde de la cama e inclinarse, presentándose ante mí.

Su vulnerabilidad era embriagadora, el poder que tenía sobre ella era a la vez emocionante y aterrador.

—¿Cómo piensas castigarme?

Mi miembro se endureció ante el desafío en su voz. —Voy a azotarte ese dulce trasero hasta que esté rojo e hinchado. Y cuando estés suplicando piedad, te follaré tan fuerte que no podrás caminar por días.

Me paré al pie de la cama para poder ver su rostro. Me quité el cinturón y lo descargué sobre su trasero con un chasquido agudo. Liliana gritó, arqueando la espalda de dolor y placer. Una marca roja señalaba su pálida piel, una visión que me llenó de un oscuro deleite.

Esta noche, aprendería lo que significaba pertenecerme.

El segundo latigazo arrancó un sollozo ahogado de los labios de Liliana. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero no hizo ningún movimiento para escapar, permaneciendo inclinada sobre la cama con sus miembros temblorosos.

—Dos —gruñí, admirando mi obra. Las marcas en su trasero resaltaban en un relieve furioso, una brutal obra de arte. Mis pantalones se estaban volviendo incómodamente apretados, la excitación aumentando con cada gemido de dolor de sus labios.

—El último —dije, mi voz traicionando un atisbo de ternura a pesar de la brutalidad de mis acciones. El cinturón golpeó de nuevo, dejando su marca en su cuerpo como un hierro candente, un recordatorio tangible de mi control.

Podía ver cómo luchaba por procesar la miríada de sensaciones que la recorrían: dolor, humillación, pero también una lujuria inconfundible que parecía desafiar la razón.

Suavemente, me incliné para trazar mis dedos a lo largo de las marcas, provocando un gemido de deseo de sus labios temblorosos. Deslicé mi mano hasta su sexo, la inesperada humedad que encontré envió una descarga directa a mi miembro, alimentando aún más mi propia necesidad de reclamarla por completo.

—¿Se siente bien? —pregunté con voz ronca.

Liliana se mordió el labio, desviando la mirada avergonzada. Pero no podía ocultarme la verdad, no cuando podía ver lo húmeda que estaba. Cuánto anhelaba mi toque.

—Mírame —ordené. Obedeció al instante, sus ojos encontrándose con los míos—. Dime la verdad. ¿Te gusta cuando te lastimo?

Un rubor tiñó sus mejillas. —S-sí —admitió.

—No hay vergüenza en ello —dije—. Eres mía para hacer lo que me plazca. Y si el dolor te trae placer, ¿quién soy yo para negártelo?

Impulsado por su excitación, deslicé mis dedos dentro de ella, encontrando su humedad irresistible. Mientras satisfacía su hambre con cada caricia precisa, su cuerpo se estremecía, apoyándose en la cama en busca de soporte.

Establecí un ritmo brutal, follándola con dos dedos mientras mi pulgar frotaba círculos apretados sobre su clítoris. Sus gritos se hicieron cada vez más fuertes, sus caderas moviéndose para encontrarse con cada embestida. Estaba cerca, pero aún no al borde.

Liliana me miró con ojos nublados, llenos de lujuria. —Por favor —gimió—. Te necesito dentro de mí.

—Paciencia, mi amor —gruñí, continuando atormentándola con mis implacables atenciones—. Quiero verte deshacerte.

Su espalda se arqueó, tensándose contra la exquisita tortura que le infligía. Mientras la empujaba cada vez más cerca del borde, me embriagaba el poder crudo que surgía a través de mí: el conocimiento de que tenía su placer, su dolor, su misma existencia en la palma de mi mano.

—¡Joder! —gritó, su cuerpo convulsionando en éxtasis mientras las olas de su orgasmo la invadían. En ese momento de vulnerabilidad, no pude resistirme más; la levanté y prácticamente la arrojé sobre la cama, mi propio deseo amenazando con consumirme por completo.

—¡Nicholas! —jadeó, sus ojos abiertos de par en par con igual parte de miedo y anticipación mientras me cernía sobre ella, desnudándose con urgencia frenética.

—Recuerda esto, Liliana —advertí, posicionándome en su entrada—. Me perteneces. Cuerpo, mente y alma.

Jugué con su abertura, esforzándome por contenerme. —¿Es esto lo que quieres, tesoro? —dije con voz áspera—. ¿Ser llenada y follada hasta que no puedas caminar?

—¡Sí! —sollozó Liliana—. Por favor, te necesito dentro de mí. ¡Tómame, hazme tuya!

Embestí dentro de ella en un solo movimiento suave, gimiendo ante el apretado calor que me envolvía. Liliana se arqueó con un jadeo ahogado, sus paredes internas palpitando alrededor de mi miembro.

—Dilo —exigí, nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor mientras nos precipitábamos hacia nuestra liberación compartida—. Dime que eres mía.

—Soy tuya, Nicholas —jadeó, sus profundos ojos marrones fijos en los míos mientras me hundía en ella una última vez, empujándonos a ambos al borde.

Mantuve a Liliana en su lugar mientras los temblores sacudían mi cuerpo, prolongando el éxtasis tanto como pude. Cuando los últimos estremecimientos se desvanecieron, me retiré de su calidez.

—Ven aquí —dije, atrayéndola cerca y atendiendo sus heridas con una inesperada ternura

que me sorprendió incluso a mí.

—Nicholas —dijo ella, su voz temblando con los restos de pasión y dolor. Sus ojos marrones oscuros miraron los míos, buscando seguridad en medio de la tumultuosa tormenta de emociones que nos había invadido a ambos.

—Shh, mi dulce Liliana —dije, presionando mis labios contra su frente en un tierno beso—. Estuviste magnífica esta noche, tan valiente, tan jodidamente hermosa.

Nuestros cuerpos desnudos yacían entrelazados sobre las sábanas de seda, la evidencia de nuestro brutal acto amoroso aún dolorosamente visible en la delicada piel de Liliana. Las marcas rojas de mi cinturón desfiguraban su carne por lo demás impecable, un crudo recordatorio del castigo que había soportado por atreverse a desafiarme.

—¿Te complací, mi amor? —preguntó vacilante, sus ojos buscando los míos en busca de validación.

Le sonreí. —Más de lo que puedes imaginar.

Tracé un sendero de besos por el cuello de Liliana y sobre sus pechos. Sus dedos se enredaron en mi cabello, con suaves tirones que me instaban a descender. Me tomé mi tiempo, familiarizándome con cada curva y hueco de su cuerpo.

Cuando me acomodé entre sus muslos, Liliana se retorció debajo de mí. —Nicholas —jadeó, con los dedos apretando mi cabello. Inhalé su aroma, almizclado y femenino, antes de saborear sus pliegues húmedos.

Un grito ahogado escapó de los labios de Liliana. Saboreé cada gemido y quejido tembloroso que le arranqué. Se frotaba contra mi boca, persiguiendo su liberación. Deslicé dos dedos en su interior, curvándolos para encontrar el punto que la hacía ver estrellas.

Liliana alcanzó el clímax con un sollozo, sus paredes internas apretando mis dedos. Suavicé mi toque, lamiéndola hasta que cesaron los temblores. Solo entonces levanté la cabeza, limpiándome la boca con el dorso de una mano.

—Eres exquisita —dije, trazando besos por su estómago y entre sus pechos. Los ojos de Liliana estaban entrecerrados, una suave sonrisa curvando sus labios.

—Y tú eres increíble —bromeó, arañando mi espalda con sus uñas. Me estremecí, mi excitación resurgiendo. —Te quiero dentro de mí ahora, Nicholas.

—Tus deseos son órdenes —dije con una sonrisa, moviéndome para arrodillarme entre sus muslos. Me guíé hacia su entrada, gimiendo ante el calor húmedo que me aceptaba centímetro a centímetro. Liliana se arqueó con un jadeo, sus uñas clavándose en mis hombros.

Cuando estuve completamente dentro, me detuve para mirarla. La sensación de ella estirándose a mi alrededor casi me llevó al límite. Abrí los ojos para encontrar a Liliana observándome, sus ojos oscuros de deseo.

—Muévete —ordenó. Comencé a mover mis caderas, manteniendo las embestidas largas y profundas. Liliana envolvió mis caderas con sus piernas, encontrando cada empuje. La presión se acumuló en la base de mi columna, el calor concentrándose en mi bajo vientre.

—Liliana —gemí, enterrando mi rostro en su cuello. Ella giró la cabeza, sus labios rozando mi oreja.

—Acaba para mí, Nicholas —ronroneó—. Quiero sentirte perder el control.

Sus palabras destrozaron el poco control que me quedaba. Llegué al clímax con un grito, derramándome profundamente en su calor envolvente. Liliana me sostuvo durante los temblores, sus manos acariciando mi espalda.

Cuando mi respiración se estabilizó, rodé hacia un lado y atraje a Liliana hacia mí. Ella se acurrucó contra mí con un suspiro de satisfacción, su cabeza reposando sobre mi pecho, hasta

que ambos nos quedamos dormidos.

Capítulo 9

Liliana

La luz del sol matutino atravesaba las cortinas, proyectando un cálido resplandor sobre las sábanas arrugadas y nuestros cuerpos entrelazados. Mis extremidades se sentían pesadas, cada músculo dolía por los encuentros apasionados y rudos de nuestra noche de bodas. Al moverme en la cama, un suave gemido escapó de mis labios, delatando el dolor que sentía por todo el cuerpo.

—Shh, Liliana —murmuró Nicholas, sus ojos abriéndose lentamente al oír mi incomodidad. La adoración en su mirada me provocó un escalofrío, eclipsando momentáneamente el dolor. Era un hombre de muchas facetas: despiadado, astuto y ferozmente protector de lo que consideraba suyo. Pero en este momento, con el sueño aún aferrándose a él, se mostraba tierno y afectuoso.

—Nicholas —dije, inclinándome hacia su caricia mientras apartaba un mechón de cabello rebelde de mi rostro. Sus grandes manos callosas eran gentiles, un marcado contraste con la fuerza dominante que habían sido apenas unas horas antes. Era una dualidad que me intrigaba y aterrorizaba a la vez.

—¿Te lastimé? —preguntó, con preocupación en su voz mientras me acercaba más, nuestros cuerpos enredados bajo el calor del edredón. En su abrazo, me sentía al mismo tiempo valorada y atrapada, una sensación que nunca dejaba de confundirme.

—Solo de la mejor manera —susurré en respuesta, forzando una débil sonrisa en mis labios.

Se levantó de la cama y lo recorrí con la mirada de arriba a abajo. Me relamí los labios e intenté atraerlo de vuelta a la cama.

—Déjame cuidarte esta mañana. Necesitas una ducha caliente para relajar tus músculos.

Miré fijamente su miembro. —Sé exactamente lo que necesito ahora mismo.

Me sacó de la cama y me cargó sobre su hombro. —Primero la ducha.

Sus fuertes dedos enjabonaron el champú y, con el mayor cuidado, lo masajéo tiernamente en mi cuero cabelludo, abriéndose paso entre los mechones enredados de mi cabello. Mientras enjuagaba los restos de jabón, su otra mano se posó en la curva de mi cadera, anclándose a él.

—Estuviste increíble anoche, Liliana —murmuró en mi oído mientras se movía detrás de mí, el agua caliente corriendo sobre nuestros cuerpos—. Absolutamente cautivadora.

Sentí que me sonrojaba ante sus palabras, el calor mezclándose con el vapor que nos rodeaba. Sus manos continuaron su reverente recorrido por los contornos de mi cuerpo, sus dedos bailando sobre las marcas dejadas por las actividades de la noche anterior. El dolor era un recordatorio de nuestra conexión, de la ferocidad de nuestro amor.

—Nicholas... —exhalé, incapaz de formar una frase completa. Él simplemente presionó un suave beso en la nuca de mi cuello, entendiendo la profundidad de mi gratitud.

Lavó y enjuagó cada centímetro de mi cuerpo, besando suavemente las marcas que había

dejado en mi piel. Para cuando terminó, yo estaba desesperada por él nuevamente. Su miembro se estremeció mientras lo acariciaba y estaba bastante segura de que me saldría con la mía.

—¿Más? —preguntó—. ¿No estás demasiado adolorida?

—Adolorida, pero aún te necesito —dije.

Mordisqueó juguetonamente mi cuello mientras cerraba el agua. Nicholas alcanzó una toalla mullida, envolviéndome como si fuera el tesoro más frágil. Su mirada nunca vaciló, fija en la mía con feroz protección. —Esta noche, lo prometo. Tengo trabajo que hacer hoy.

Con un poco de decepción, lo seguí de vuelta al dormitorio y nos vestimos para el día que nos esperaba. Nicholas se puso su traje a medida con la facilidad de un hombre que conocía su poder, mientras yo opté por un vestido sencillo que rozaba las marcas aún sensibles en mi cuerpo.

—Cuéntame sobre tu día —dije, observándolo abrochar sus gemelos con precisión calculada—. ¿Qué tipo de negocios tienes?

Nicholas hizo una pausa, una pequeña sonrisa jugando en sus labios. —Solo unos cabos sueltos que atar —respondió críticamente—. Nada de lo que debas preocuparte. Si todo va bien, debería estar de vuelta a tiempo para la cena.

—¿Lo prometes? —pregunté, tratando de evitar que la aprensión se filtrara en mi voz. Él respondió con un suave asentimiento, sus ojos fijándose en los míos con una intensidad que no dejaba lugar a dudas.

—Bien. Entonces, ¿qué debería hacer mientras estás fuera?

—Explora —sugirió, acercándose para rodear mi cintura con sus brazos, el aroma de su colonia mezclándose con los tenues rastros de nuestra ducha anterior—. Conoce tu nuevo hogar. Hay tanta belleza aquí, esperando ser descubierta.

Me sentía nerviosa ante la perspectiva de vagar sola por la extensa mansión que ahora era mi hogar. Pero también sentía una chispa de curiosidad, un impulso irresistible de desentrañar los misterios ocultos entre estas paredes.

—De acuerdo —murmuré, presionando mis labios contra los suyos en un beso suave y prolongado—. Pero solo si prometes mostrarme tus partes favoritas cuando regreses.

—Trato hecho —susurró contra mi boca, su aliento cálido y tentador—. Ahora ve y haz de este lugar tu hogar.

Me soltó y se ajustó la corbata, cada movimiento calculado y deliberado. Lo observé alejarse, la imagen de sus anchos hombros y su andar confiado grabada para siempre en mi memoria.

Aún podía sentir el calor del abrazo de Nicholas mientras bajaba la gran escalera, llena de una mezcla de emoción e inquietud.

—Señora Romano —una voz suave me llamó desde atrás. Me giré y vi a Maria. Con una cálida sonrisa, se ofreció a presentarme al resto del personal. Agradecida por su amabilidad, acepté, esperando que conocer a quienes trabajaban aquí calmara algo de mi persistente aprensión.

—Todos han estado ansiosos por conocerla —dijo, guiándome por un laberinto de opulentos pasillos—. El señor Romano ha hablado muy bien de usted.

—¿En serio? —pregunté, con un toque de vulnerabilidad filtrándose en mi voz. Era reconfortante saber que Nicholas había compartido su afecto por mí con otros.

Maria me presentó a cada miembro del personal que encontramos en el camino: el meticuloso jardinero, el resto del personal de cocina de Gina y el siempre vigilante equipo de seguridad. Sus roles parecían cuidadosamente orquestados, como piezas en un tablero de ajedrez,

cada uno contribuyendo al funcionamiento sin problemas de la casa.

A medida que avanzaba el día, continué explorando la mansión, cada habitación revelando más del intrincado tapiz que era la familia Romano. Desde el exquisito arte que adornaba las paredes hasta los rincones ocultos en las esquinas, cada detalle parecía contener una historia esperando ser descubierta.

A pesar del peso de los secretos que me rodeaban, no podía negar la sensación de pertenencia que comenzaba a arraigarse en mí. Este lugar, con toda su oscuridad y complejidad, era ahora mi hogar, y estaba decidida a abrazarlo, tal como había abrazado al hombre que me trajo aquí.

Cuando se acercaba la noche, la anticipación burbujeaba dentro de mí ante la perspectiva de compartir los descubrimientos del día con Nicholas. Me dirigí a la cocina para consultar con Gina.

—¿Hay algo especial planeado para la cena de esta noche?

—El señor Romano pidió una cena romántica para ustedes dos —dijo Gina, con sus ojos brillando de diversión—. Dudo que alguno de ustedes haya tenido tiempo de comer su comida de boda, así que la preparé de nuevo para esta noche.

Tenía razón. Pasamos nuestra recepción yendo de mesa en mesa, saludando a los invitados y asegurándonos de que lo estuvieran disfrutando.

—Eso es muy considerado, Gina —dije, sintiendo respeto por la mujer que había cuidado el hogar de Nicholas durante tantos años.

Me aventuré más adentro de la mansión y me encontré con más miembros del personal: jardineros cuidando los exuberantes terrenos, criadas puliendo la gran escalera y personal de seguridad patrullando el perímetro. Cada persona que conocí me saludó con calidez, y sentí una inesperada sensación de pertenencia.

—¡Señora Romano! —una voz me llamó desde atrás. Al darme la vuelta, vi a Marco Mancini, uno de los lugartenientes de confianza de Nicholas. Su amplia sonrisa suavizaba su presencia, de otro modo imponente.

—Marco —lo saludé—. ¿Cómo está?

—Muy bien, gracias —respondió—. Solo estoy verificando que su primer día aquí esté yendo bien.

—Todos han sido increíblemente acogedores —le dije sinceramente—. Estoy empezando a sentirme parte de la familia.

El delicado timbre de mi teléfono interrumpió nuestra conversación. Saqué mi teléfono y vi el nombre de Nicholas en la pantalla, su número familiar trayendo una calidez a mi pecho.

—Hola —su voz era profunda y rica, como chocolate oscuro derritiéndose en mi lengua—. Solo estoy verificando cómo estás. ¿Cómo va la exploración?

—Increíble —admití, mi mirada oscilando entre la pintura y la exquisita carpintería que adornaba los altos techos—. Tu casa es preciosa, y el personal... han sido tan acogedores.

—Bien, pero ahora es nuestra casa —respondió, con satisfacción evidente en su tono—. Te veré esta noche.

—No puedo esperar —dije, llena de anticipación mientras nos despedíamos.

Al terminar la llamada con Nicholas, una sensación de calidez se extendió por todo mi cuerpo. Sonreí al pensar en la cena romántica que Gina había preparado para nosotros.

Me dirigí de vuelta a la cocina, sabiendo que la cena se serviría pronto. En el momento en que abrí la puerta, el fragante aroma de la comida recién preparada hizo que se me hiciera agua la boca y mi estómago rugiera. Gina estaba junto a la estufa, ocupándose de los toques finales de

nuestra comida.

—La cena huele increíble —la elogí, admirando sus habilidades culinarias—. Si hubiera sabido que esto era lo que me estaba perdiendo anoche, habría hecho más esfuerzo por comerlo.

Gina me sonrió cálidamente.

—Gracias, señora Romano. Ha sido un placer preparar esta comida especial para usted y el señor Romano.

Sus palabras resonaron en mí mientras me daba cuenta del significado de ser llamada "señora Romano". Mi nuevo papel en esta familia, en esta gran mansión, comenzaba a asentarse.

Capítulo 10

Liliana

Tres meses después, tenía una perspectiva completamente diferente de mi vida en la mansión Romano.

Miraba fijamente el desayuno intacto en mi plato, cuyo aroma no lograba tentarme. Un recuerdo fugaz de una charla con Sophia invadió mis pensamientos: nosotras sentadas en un café pintoresco, bebiendo lattes y riendo sobre secretos compartidos. El calor de nuestra amistad parecía un sueño lejano frente a la realidad asfixiante en la que me encontraba.

Ahora mi vida estaba llena de guardaespaldas que, juraría, recibían una bonificación por cada vez que me decían que no podía hacer algo. Eran educados pero inamovibles. Durante dos meses apenas había salido de casa. Después de dos semanas de matrimonio, Nicholas finalmente cedió y me permitió tomar un trabajo freelance de traducción de novelas. Si no tuviera ese trabajo, y mi propia oficina en la planta baja de la casa, probablemente me habría vuelto loca a estas alturas.

—Esos huevos se ven deliciosos —murmuré, tratando de convencerme tanto a mí misma como a mi nuevo esposo de que me sentía cómoda en esta mansión que era una prisión.

—Lo están. No espero menos de Gina —respondió, sin siquiera levantar la vista de su periódico.

Mientras movía la comida en mi plato, anhelaba un pedacito de mi antigua vida. —Sabes, estaba pensando que podría almorzar con Sophia hoy —dije, las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas—. Hace mucho que no nos ponemos al día.

—Suená bien, pero hoy no —respondió con indiferencia, aún leyendo su periódico.

Sophia había sido mi salvavidas durante innumerables momentos difíciles, y ahora más que nunca, anhelaba su presencia. Me imaginé escapando de la opresiva mansión por unas preciosas horas, cuando pudiera olvidarme de los problemas de ser una esposa de la mafia.

—Por favor, Nicholas —supliqué, mi voz teñida de desesperación—. Solo unas horas. Prometo que volveré antes de que siquiera me eches de menos.

Un silencio pesado se cernió en el aire mientras esperaba la respuesta de Nicholas, mis dedos jugueteando con los cubiertos. Sus ojos se clavaron en los míos, dándome un vistazo de la mente calculadora que había detrás de ellos.

—He dicho que no —dijo con firmeza, su voz impregnada de autoridad—. Tienes responsabilidades aquí, Liliana. Esta es tu vida ahora.

Sus palabras se sintieron como una bofetada en la cara. Apreté la mandíbula, conteniendo las lágrimas que amenazaban con derramarse. Me negué a parecer débil frente a él o al personal.

—Los tiempos han cambiado, cara mia —continuó, su tono suavizándose ligeramente—. Si hubiera sabido cuántas amenazas enfrentaría a la vez, no habría insistido en casarme contigo tan rápido.

Por mucho que odiara admitirlo, sabía que tenía razón. Antonio Bianchi había hablado en serio cuando dijo que me quería para su repulsivo hijo, los envíos de carga sin nombre seguían

desapareciendo, y siempre sentía la amenaza de Francesca Conti. Ella estaba en todas partes a donde iba y generalmente tenía un comentario cruel para mí.

Ya no era una espectadora inocente. Me había convertido en un miembro de pleno derecho de la violencia de la familia Romano en el momento en que le dije "Sí, quiero" al hombre sentado frente a mí.

—Por favor, entiende, Nicholas —dije, buscando consuelo en el rostro del hombre que tenía mi destino en sus manos—. Necesito algo familiar, algo a lo que aferrarme.

Me miró con un desapego frío, su expresión ilegible. —¿Tu trabajo no es suficiente?

—Solo necesito amigos con los que pasar tiempo, eso es todo. Hablar por teléfono está bien, pero no es lo mismo.

—Ahora no.

La finalidad en sus palabras no dejaba lugar a discusión. Me dolía la decepción, pero me tragué el nudo en la garganta y asentí en silencio, aceptando mi derrota.

—Bien —dijo, levantándose de la mesa y dejando su servilleta a un lado. Miró su reloj antes de añadir—: Tengo que irme. Discutiremos esto más a fondo cuando regrese.

Cuando la puerta se cerró tras él, una sensación de alivio temporal me invadió. La tensión en la habitación pareció disiparse, dejándome lidiando con la realidad asfixiante de mi nueva vida.

Estaba sola en esta vasta mansión, aislada del mundo y de las personas que amaba. Añoraba los almuerzos llenos de risas que una vez compartí con Sophia, pero ahora, incluso su cálida presencia parecía un sueño inalcanzable.

—¿Desea que retire su plato, señora? —una voz suave interrumpió mi ensueño. Levanté la mirada para encontrarme con los ojos de una joven criada, llenos de una inesperada calidez y compasión.

—Gracias —dije, ofreciéndole una pequeña sonrisa agradecida mientras retiraba el plato de la mesa. En ese breve momento, me di cuenta de que no todos aquí me veían solamente como la nueva esposa de la mafia, un peón en el juego de poder y control de Nicholas.

—¿Puedo traerle algo más, señora? —preguntó, percibiendo mi angustia.

—De hecho, creo que saldré a tomar un café —respondí, mi voz más fuerte de lo que me sentía. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras intentaba afirmar algún tipo de independencia, aunque fuera solo un pequeño acto de desafío.

—Por supuesto, señora —respondió ella, con un tono de voz teñido de preocupación—. Se lo haré saber a los guardias.

Mientras me levantaba y caminaba hacia el vestíbulo, me aferraba a la esperanza de encontrar un breve respiro de esta existencia asfixiante. Pero cuando las pesadas puertas se abrieron ante mí, revelando las imponentes figuras de dos fornidos guardias, esa esperanza se hizo añicos contra el frío suelo de mármol.

—¿Tiene una cita, señora Romano? —preguntó uno de ellos, cruzando los brazos y bloqueando mi paso.

—No, George, voy a salir a tomar un café —dije, con los ojos ardiendo de desafío—. ¿Hay algún problema?

—El señor Romano dejó órdenes estrictas de que no debe salir de la mansión sin supervisión —dijo el otro guardia, Héctor, con voz fría e inflexible.

Contuve las lágrimas de frustración y rabia. Parecía que incluso el más pequeño bocado de libertad era demasiado pedir en esta prisión disfrazada de hogar. Mi espíritu, sin embargo, se negaba a extinguirse por completo.

Los miré de arriba abajo. —Ustedes dos parecen una supervisión adecuada, vamos.

Héctor palideció ante la idea de desobedecer a Nicholas. George simplemente negó con la cabeza.

—Bien —escupí, girando sobre mis talones y volviendo furiosa a la mansión—. Tomaré el café aquí.

Mientras me retiraba a los fríos confines de la sala de estar, mis pensamientos corrían con desesperación y determinación. Algo tenía que cambiar; no podía seguir viviendo así, atrapada y sofocada por el peso de mi nueva vida.

Saqué el teléfono de mi bolsillo, sin importarme que mis manos temblaran, y marqué el número de mi padre. Él había arreglado este matrimonio en primer lugar; seguramente le importaría mi bienestar.

—¿Hola? —Su voz áspera respondió, sonando como si hubiera interrumpido algo importante.

—Papá, soy Liliana —dije, con la voz quebrándose por la emoción.

—¿Qué quieres? —No parecía feliz de escucharme.

—Quería hablar —balbuceé, tratando de contener el sollozo que amenazaba con escapar—. Me siento tan atrapada aquí. Ni siquiera puedo salir a tomar un café sin que los guardias me detengan.

—Escucha, Liliana —respondió fríamente, interrumpiéndome—. Vas a tener que aprender a adaptarte a tu nueva vida. Este es el mundo del que formas parte ahora, te guste o no. Ahora eres una Romano. Tienes responsabilidades.

Su indiferencia me golpeó como una tonelada de ladrillos, sofocando los últimos vestigios de esperanza a los que me había aferrado. Mi propio padre me había arrojado a la guarida del león y me había dejado a mi suerte. Solía pensar que me protegería de todo, pero debí haber aprendido que solo era otra ficha de negociación para conseguir lo que él quería de la vida.

—Bien. Entiendo.

El entumecimiento me invadió mientras me deslizaba hasta el suelo, con la espalda contra la fría pared, un reflejo perfecto de la helada realidad que enfrentaba. Pasaron momentos de silencio antes de que un fuego se encendiera dentro de mí, alimentado por la frustración y la determinación. Me sequé las lágrimas, la humedad en mis mejillas era un recordatorio de la debilidad que me negaba a dejar que me definiera.

Nadie iba a salvarme de este lío. Si quería salir, si quería recuperar el control de mi vida, tendría que ser yo quien lo hiciera realidad. Pero, ¿cómo? Mis pensamientos corrían, buscando un plan, una forma de afirmar mi independencia en este mundo opresivo.

No estaba segura de cómo lo haría, pero juré no solo sobrevivir, sino encontrar una manera de prosperar dentro de estas paredes, de romper las cadenas que me ataban, tanto física como emocionalmente.

Llegó la hora del almuerzo, y entré en el comedor, sin importarme lo que Gina hubiera preparado para mí. El silencio opresivo pesaba sobre mí como un sudario, sofocante e ineludible. Tomé asiento en la mesa, sintiéndome completamente sola mientras miraba por la ventana hacia los exuberantes jardines más allá.

—Su almuerzo, señora Romano —dijo María, una de las pocas miembros del personal que me ofrecía algo de amabilidad. Colocó un plato de comida meticulosamente dispuesta frente a mí, sus ojos llenos de simpatía. Logré esbozar una débil sonrisa de gratitud antes de que ella desapareciera de vuelta a la cocina.

Con cuchillo y tenedor en mano, comencé a comer mecánicamente, sin saborear la

ensalada de cangrejo que una vez habría deleitado mis sentidos. En su lugar, mis pensamientos vagaron hacia los animados almuerzos que solía compartir con Sofía: las risas, la camaradería, la libertad de ser nosotras mismas sin miedo ni juicio. Cómo anhelaba esos momentos ahora, un sabor de la vida que había dejado atrás.

—Dios, lo que daría por estar fuera de estas paredes —dije, moviendo la comida en mi plato.

Mi mente se llenó de imágenes de cafés soleados, calles bulliciosas y el abrazo reconfortante de rostros familiares. Casi podía escuchar la risa de Sofía mezclándose con los sonidos de la ciudad, el lejano zumbido del tráfico proporcionando una banda sonora a nuestros días despreocupados. Pero todo era una ilusión, un cruel recordatorio de lo que había perdido y lo que parecía estar fuera de mi alcance para siempre.

—¿Así será siempre? —me pregunté en voz alta, llena de desesperación—. ¿Estoy destinada a vivir mis días en esta jaula dorada, prisionera de los caprichos del hombre con quien me casé?

Golpeé la mesa con el puño, la frustración hirviendo dentro de mí como un caldero burbujeante. Sabía que no podía continuar así, que algo tenía que cambiar si iba a sobrevivir a la sombría existencia en la que se había convertido mi vida.

Capítulo 11

Nicholas

La grava crujió bajo los neumáticos de nuestro convoy mientras entrábamos en mi señorial mansión, una fortaleza en la que tenía que proteger lo que era mío. Durante la última semana, había ordenado reforzar la seguridad, anticipando el peligro. Hacía demasiado tiempo que otra familia no intentaba interferir en mis negocios. El hecho de que Bianchi no se hubiera vengado por la paliza que le dimos a su hijo Frankie después de la boda me preocupaba. Quería dejar salir a Liliana. Dios sabía que se merecía divertirse un poco y no quedarse encerrada en casa, pero no podía arriesgarme. Al mismo tiempo, no quería preocuparla, así que nunca le conté lo que estaba pasando.

—Señor —me saludó Riccardo cuando salí del coche, con el aire frío mordiendo mi piel. Asentí secamente, mis ojos escaneando el perímetro como un depredador al acecho.

—Asegúrate de que todos estén en máxima alerta —ordené. Él asintió, comprendiendo la gravedad de mis palabras, y se fue para transmitir mis órdenes.

Liliana me recibió en la puerta.

—Nicholas, ¿qué está pasando? ¿Por qué hay aún más guardias aquí? —preguntó, su voz apenas audible por encima del movimiento del personal a nuestro alrededor.

—Nada de lo que debas preocuparte —respondí evasivamente, tratando de enterrar la molesta sensación de que algo no estaba bien.

—¿Estamos en peligro? —insistió, sus ojos buscando la verdad en los míos. Vacilé, sin querer exponerla a los escabrosos detalles.

—Confía en mí —dije, acercándome tanto que nuestras frentes casi se tocaban. El aroma de su piel, el calor de su aliento contra mi rostro... era embriagador, y tuve que reprimir el impulso primario de reclamarla allí mismo—. Te protegeré.

—Siempre tan seguro de ti mismo, ¿verdad? —bromeó, con un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Ven —dije, tomando su mano entre la mía y guiándola hacia el comedor.

El comedor emanaba un aire de presagio, con su larga mesa cubierta de un mantel blanco impecable. La luz dorada de las velas parpadeaba, proyectando sombras inquietantes en las paredes, mientras la cubertería de plata brillaba con un propósito siniestro. Un guardia armado estaba junto a la puerta, su rostro impasible en marcado contraste con la atmósfera inquietante.

—Siéntate —le indiqué a Liliana, apartando una silla para ella. Miró al guardia con recelo, pero obedeció. Mientras se acomodaba en su asiento, la vi intentar ocultar una expresión de dolor. Anoche se había ganado a propósito más castigo y yo había accedido.

—Nicholas, ¿por qué hay un guardia aquí? —preguntó, con voz suave pero desafiante. Incluso ante el peligro, se negaba a flaquear.

—Precauciones, nada más —respondí secamente, tratando de mantener el control sobre la turbulenta tormenta dentro de mí. Bajo la superficie de civilidad, yo era una tempestad de emociones: deseo, ira y miedo, todos luchando por dominar.

—Oh. Es solo que normalmente mantienes a los guardias fuera de la casa.

—Disfrutemos de nuestra comida —espeté, mi paciencia agotándose.

Mientras comíamos, me resultaba cada vez más difícil concentrarme en algo que no fuera Liliana. Su belleza era embriagadora, un imán irresistible que me mantenía cautivo. La forma en que su cabello castaño oscuro enmarcaba sus delicadas facciones, la curva de sus labios mientras bebía de su copa de vino... todo en ella me llamaba, amenazando con deshacer los frágiles hilos que contenían mis instintos más básicos.

—Nicholas, ¿estás bien? —preguntó, su preocupación evidente a pesar de la tensión subyacente entre nosotros.

—Bien —gruñí, apartando la mirada de ella para apuñalar la comida en mi plato.

—¿Hay algo que quieras decirme? —insistió, negándose a ceder. Su terquedad me enfurecía y me cautivaba a la vez.

—No —mentí, odiándome por mantenerla en la oscuridad pero sabiendo que era necesario—. Solo come tu cena.

—Nicholas —comenzó de nuevo, pero la corté con una mirada dura.

—Bien —gruñó, volviendo su atención a su plato.

Su fuerza inquebrantable me enfurecía y me fascinaba a la vez. Tenía que decirle algo o seguiría preguntando.

Mi silla raspó ruidosamente contra el suelo, ahogando el tictac del reloj de pie en la esquina.

—Ven conmigo.

—¿Adónde? —exigió, su voz teñida de sospecha.

—A un lugar donde no nos molestarán —respondí críticamente, sin querer darle más información de la necesaria. Agarrando su brazo, la guié por los pasillos, su ligera figura sintiéndose casi frágil bajo mi férreo agarre.

—Nicholas, me estás haciendo daño —dijo, la suave súplica quebrando momentáneamente mi resolución.

Solté su brazo y le permití caminar a mi lado.

Llegamos a una habitación apartada al final del pasillo, con su pesada puerta de roble imponente e inflexible. Tanteando con la llave, mis manos temblaron ligeramente mientras abría la puerta y la guiaba al interior.

—Nicholas —dijo ella, su mirada recorriendo la habitación desconocida—. ¿Qué es este lugar?

—Un lugar seguro —dije, guiándola hacia la gran cama con dosel que dominaba la habitación.

—Siéntate —ordené.

Parecía confundida pero hizo lo que le pedí, mirando sus manos entrelazadas.

—Nadie se molestaría en poner micrófonos en una habitación de invitados sin usar, así que es seguro hablar aquí. Espero un ataque de una familia rival, probablemente los Bianchi. Los guardias están dentro porque no quiero que él sepa que estoy preparado para un ataque.

Me senté a su lado y tomé su mano. —No es exactamente como esperaba que comenzara nuestra vida de casados. Quería seguir llevándote a salir, ir de luna de miel a algún lugar, pero no podemos hacerlo ahora.

Ella me miró. —¿Es realmente tan malo? ¿David y mi padre están a salvo?

—David tiene un guardaespaldas desde que dejó la casa de tu padre. Asigné a uno de mis hombres para él. El pobre Paulie tiene que fingir tener una adicción al juego para mantenerse

cerca de tu hermano.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa. —Gracias. No sabía que habías hecho eso.

Acuné su barbilla en mi mano. —Cara mia, te ganaste mi corazón en el momento en que empezaste a hacer demandas e insististe en que nos tomáramos tiempo para conocernos. Cualquiera que sea precioso para ti es precioso para mí. Desafortunadamente, tu padre rechaza mi ayuda. He hecho lo mejor que he podido, asegurándome de tener a un hombre siguiéndolo cada vez que sale de casa.

Mientras escuchaba mis palabras, sus ojos brillaron con una mezcla de gratitud y preocupación. Podía ver el peso de nuestras circunstancias presionando sobre sus delicados hombros, amenazando con consumir su espíritu. Pero en ese momento, juré protegerla de la oscuridad que se cernía sobre nosotros, ser su pilar de fuerza.

Inclinándome más cerca, dije: —Cara mia, ten por seguro que no dejaré que nada le suceda a aquellos que aprecias. Tu padre puede rechazar mi ayuda ahora, pero continuaré protegiéndolo discretamente hasta que entre en razón.

Su agarre se apretó alrededor de mi mano mientras buscaba en mi mirada la seguridad. —Nicholas, ¿qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudar?

La admiración creció dentro de mí ante su inquebrantable determinación. Esta mujer a mi lado no era una novia común; poseía un fuego que igualaba al mío y una lealtad inquebrantable hacia sus seres queridos.

Con sinceridad de corazón, respondí: —Tu seguridad es primordial. Por ahora, todo lo que necesitas hacer es confiar en mí.

Ella asintió, reconociendo la verdad en mis palabras. No era el comienzo romántico que habíamos imaginado, pero la vida rara vez se adhiere a nuestros planes. A veces, nos arroja a situaciones inesperadas que ponen a prueba nuestra determinación y fortaleza.



Caminaba de un lado a otro en mi oficina mientras luchaba por suprimir la oleada de emociones que amenazaba con ahogarme. La preocupación de Liliana por su familia resonaba en mi mente. ¿Había hecho lo suficiente para mantenerlos a salvo?

—Jefe —llamó Marco, su voz cortando a través de mis pensamientos turbulentos—. Tenemos un problema.

—Habla —gruñí, mis ojos azul hielo fijándose en los suyos.

—Antonio Bianchi finalmente hizo un movimiento; dos de nuestros hombres fueron encontrados muertos —informó, su tono sombrío.

—Maldito sea —grité, golpeando mi puño contra la pared en frustración. El dolor recorrió mi mano, pero no hizo nada para aplacar la creciente tormenta dentro de mí. No deseaba nada más que hacerle pagar por todo lo que había hecho, por las vidas que había tomado y por el miedo que había infundido en mi gente.

—¿Quiénes?

—Los hermanos Calabrese. Jack y Steve.

—¿Dónde? —exigí.

—Abajo en los muelles —respondió Marco, su mirada firme a pesar de la tensión que irradiaba de mí.

—Prepara a todos. Contraatacaremos esta noche —ordené, la furia anulando momentáneamente mi preocupación por Liliana. Esto ya no se trataba simplemente de venganza; se trataba de proteger todo lo que apreciaba, incluyéndola a ella.

—Entendido, jefe —asintió Marco, antes de dudar—. ¿Qué hay de Liliana? ¿Quiere que alguien la vigile?

Mi mandíbula se tensó al oír su nombre. —La señora Romano —enfaticé— necesita quedarse en la casa. Maria y Gina pueden vigilarla.

—Por supuesto, jefe —respondió Marco, sus ojos llenos de una mezcla de preocupación y curiosidad.

—Ve —espeté, despidiéndolo con un gesto de mi mano mientras me volvía hacia la ventana. El deseo de regresar con Liliana, de ignorar estas noticias, me carcomía. Pero había trabajo por hacer, vidas que vengar, y luego una visita a la familia Calabrese donde prometería cuidar de ellos por el resto de sus vidas.

Capítulo 12

Liliana

Me desperté sobresaltada, con el sudor frío en la piel como vestigio del terror que me había atenazado durante el sueño. La oscuridad de la pesadilla aún se aferraba a mis pensamientos, con la figura amenazante de Antonio Bianchi cerniéndose sobre mí como una fuerza imparable. Me había amenazado durante nuestra recepción de boda, su odio palpable incluso a través de la bruma de mis recuerdos.

—Buenos días, cara mia —la voz de Nicholas cortó el temor persistente que me atenazaba. Parpadeé hacia él mientras entraba en la habitación con una bandeja de desayuno en las manos. Su presencia era como un bálsamo para mis nervios destrozados, y sentí que mi cuerpo comenzaba a relajarse.

—Nicholas —dije, aliviada. Mi mirada recorrió las líneas de su rostro, la fuerza de sus anchos hombros y la intensidad azul profundo de sus ojos—. Estás a salvo.

Dejó la bandeja sobre la mesa y sirvió café.

—Nicholas —aventuré titubeante—, ¿qué pasó anoche?

—Nada de lo que debas preocuparte —respondió, con voz firme pero suave.

El vapor del café danzaba en el aire, mezclándose con el aroma fragante de los croissants mantecosos y la fruta fresca. Di un pequeño mordisco, permitiendo que los sabores bailaran en mi lengua mientras reunía el valor para enfrentar la realidad que acechaba justo más allá de nuestro santuario.

—Nicholas, ¿qué pasó anoche? Me dejaste aquí sin seguridad. Debe haber sido malo y solo imaginaré lo peor si no me lo dices.

Suspiró, su mirada encontrándose con la mía por un momento antes de volver al croissant a medio comer en su plato. —Las amenazas de Antonio Bianchi se han vuelto más agresivas desde la recepción —admitió, tensando los músculos de la mandíbula mientras hablaba—. Ha dejado claro que no descansará hasta que obtenga lo que quiere.

Un escalofrío recorrió mi espalda, a pesar del calor de la habitación y la reconfortante presencia de Nicholas a mi lado. Mis dedos se aferraron a una taza de café. —¿Qué hacemos?

—Nada diferente. Tú te mantienes a salvo para que yo pueda ocuparme del problema. Hicimos un buen comienzo anoche, pero aún no hemos terminado. Pero eso no es de lo que quiero hablar ahora.

Arquee una ceja hacia él, preguntándome en qué más estaría pensando.

Respirando profundamente, Nicholas cambió de tema. —Liliana, no hemos abordado tus castigos pendientes. He estado demasiado ocupado para ocuparme de ellos con prontitud, así que me tomaré la mañana libre para hacerlo ahora mismo.

Sus palabras enviaron un escalofrío por mi espalda. —Nicholas... —Mi voz tembló mientras me mordía el labio en anticipación del dominio que había llegado a ansiar durante el corto tiempo de nuestro matrimonio.

—Sobre la cama —ordenó, con un tono que no admitía discusión. Dudé solo un momento

antes de obedecer, inclinándome sobre el borde de la cama y preparándome para el castigo que anhelaba.

—Recuerda —dijo, con voz ronca de deseo contenido—, te los has ganado.

Al cerrar los ojos, supe que tenía razón. No tenía que haber discutido con él hace dos noches, pero quería hacerlo. Quería el castigo que traería y me decepcioné cuando lo llamaron antes de que pudiera administrarlo. El dolor serviría como un recordatorio de mi lugar en nuestra relación, un lugar donde me sometía voluntariamente a su control, confiando en que se detendría cuando hubiera tenido suficiente. Y aunque temía el ardor de su mano o la mordedura de su cinturón, también anhelaba la intensa excitación que me provocaba.

—Por favor, Nicholas —supliqué, sabiendo que mi ruego solo fortalecería su deseo por mí—. Necesito esto.

—Muy bien —dijo, sus dedos rozando mi cadera en una fugaz caricia—. Prepárate.

El aire estaba cargado de anticipación mientras esperaba, expuesta y vulnerable. Intenté calmar mis nervios, pero la emoción me recorría, haciendo que fuera casi imposible. Todos mis pensamientos estaban en Nicholas: su presencia, su poder, su amor.

—Cuenta cada uno —instruyó con firmeza, su voz enviando escalofríos por mi columna.

Asentí con la cabeza, sintiendo mi corazón latir con fuerza en el pecho. El sonido de su cinturón deslizándose de las presillas resonó por la habitación, seguido del inconfundible chasquido del cuero cortando el aire. Mis músculos se tensaron involuntariamente, preparándose para el impacto.

—Uno —susurré, sintiendo el ardor del primer golpe al aterrizar bruscamente en mis nalgas. Un gemido escapó de mis labios, traicionando el placer que ardía dentro de mí ante la sensación. Era un dolor nacido del amor, y mi cuerpo respondía ansiosamente, anhelando más.

—Dos —jadeé cuando llegó el segundo golpe, más fuerte que el primero. La adrenalina corría por mis venas, dejándome temblando con una mezcla de dolor y éxtasis. Podía sentir cómo mis límites eran empujados, la intensidad creciendo con cada golpe.

—T-tres —tartamudeé, con la voz ronca de deseo cuando el tercer golpe me alcanzó. El control de Nicholas sobre mí era absoluto, y me deleitaba en la rendición, encontrando consuelo en el conocimiento de que estaba a salvo en sus manos.

—Cuatro —grité con el siguiente chasquido de su cinturón, las lágrimas picando en las esquinas de mis ojos mientras la brutal ternura de nuestro amor alcanzaba nuevas alturas. Mi cuerpo se sentía vivo, cada terminación nerviosa ardiendo con emoción cruda.

—Cinco —sollocé, todo mi ser consumido por la abrumadora mezcla de dolor y placer. La habitación parecía girar a mi alrededor, mi visión borrosa por las lágrimas y la lujuria—. Por favor, Nicholas —supliqué. No sabía si pedía otro golpe o que finalmente me llenara con su verga.

—Suficiente —dijo Nicholas suavemente, su mano posándose sobre mi piel palpitante—. Lo has hecho bien, Liliana.

Mi cuerpo temblaba de anticipación, los ecos de los golpes de Nicholas aún reverberando en mi carne. Había encendido un fuego en mí que no podía contener, y a medida que mi deseo se intensificaba, ansiaba más: más dolor, más placer, más de él.

—Por favor —susurré, mi voz apenas audible mientras me atrevía a alcanzar mi núcleo palpitante. Mis dedos se acercaron, anhelando satisfacer la desesperada necesidad que él había despertado en mí.

—No, Liliana —me reprendió Nicholas mientras agarraba mi muñeca con firmeza, impidiéndome tocarme—. Eso no es para que tú lo tomes.

Soltó mi muñeca y rozó suavemente mi muslo interior—. Ese coño es mío.

—Nicholas, por favor... —supliqué, mis ojos llenándose de lágrimas mientras el placer negado se mezclaba con el persistente ardor de su cinturón. Pero él era inflexible, reafirmando su control sobre mis deseos.

—¿De quién es este coño? —preguntó mientras introducía un dedo dentro de mí y luego lo sacaba.

—Tuyo —gemí, desesperada por alcanzar el clímax.

—Date la vuelta —ordenó.

Obedecí sin vacilar mientras sentía la suave seda de la venda rozando mis mejillas. Con precisión practicada, la ató firmemente, sumergiéndome en la oscuridad y agudizando mis otros sentidos. También ató mis manos a la cama, las ataduras de seda suaves contra mi piel.

—Por favor, Nicholas... te necesito —gimoteé, mi vulnerabilidad expuesta ante él.

—Paciencia, Liliana —respondió fríamente, el lado tierno de él ahora reemplazado por el hombre calculador y despiadado que gobernaba nuestro mundo—. Hay consecuencias por tus acciones, y debes aprender a soportarlas.

—¡Nicholas, no me dejes así! —grité, sintiendo el vacío de su ausencia mientras me dejaba atada y suplicando por más. La puerta se cerró tras él con un clic, sellando mi destino y dejándome para enfrentar la tormenta de emociones que amenazaba con consumirme.

El aire frío acariciaba mi piel acalorada, un fuerte contraste con el ardor ardiente que persistía del cinturón de Nicholas. Atada y con los ojos vendados, yacía en la cama temblando de anticipación, mi cuerpo anhelando su toque. La oscuridad presionaba contra mis párpados, amplificando cada sensación, cada sonido.

—Nicholas —jadeé, aunque sabía que no podía oírme. Me esforcé por escuchar cualquier señal de su regreso, pero todo lo que me recibió fue el silencio.

—Por favor, Nicholas —susurré, mi voz quebrándose bajo el peso del anhelo y la vulnerabilidad. Cada exhalación formaba una nube de desesperación, suspendida en la habitación que ahora se sentía como una jaula—. No me dejes sola.

Mis muñecas se rozaban contra las restricciones de seda, su elegancia desmintiéndola su agarre inflexible. Pero no eran solo las ataduras físicas las que me mantenían cautiva; era el conocimiento de que solo Nicholas podía proporcionar el dolor y el placer que anhelaba.

Sabía que no estaría ausente por mucho tiempo. Nunca podía mantenerse alejado de mí, especialmente cuando le suplicaba.

—¿Nicholas? —gemí cuando la puerta se abrió un minuto después.

—Qué hermosa visión —dijo, su voz impregnada de deseo—. Atada y esperándome, completamente a mi merced.

Me estremecí, consumida por la lujuria pura. Este hombre, que cargaba el peso de un imperio sobre sus hombros, ahora tenía mi destino en sus manos. Me había entregado a él, confiándole mi cuerpo y alma.

—Por favor, Nicholas —supliqué—, tócame.

Una risa grave retumbó en su pecho, y me imaginé la sonrisa maliciosa que debía estar jugando en sus labios. —Paciencia, cara mía —dijo, sus palabras goteando con la promesa de lo que estaba por venir—. Tenemos todo el día.

Se acercó, y sentí el colchón hundirse cuando se sentó a mi lado. Mi estómago se retorció de anticipación, mi cuerpo anhelaba su toque. Pero aún así, me hizo esperar.

—Dime —susurró—, ¿qué quieres que te haga?

Tragué saliva con dificultad, luchando por encontrar mi voz mientras imágenes de los

tormentos que podría infligirme corrían por mi mente. —Cualquier cosa, todo —supliqué.

—Buena chica —dijo, y sentí el roce de sus dedos contra mi mejilla. El calor de su toque encendió mi piel, enviando escalofríos por mi columna—. Ahora, veamos esos hermosos ojos tuyos.

Lenta y deliberadamente, me quitó la venda, y parpadeé ante el repentino brillo de la habitación. Cuando mi visión se aclaró, me encontré atrapada en la intensa mirada de Nicholas, sus ojos penetrándome como llamas gemelas.

—¿Estás lista, Liliana? —preguntó, su voz un gruñido bajo que me hizo estremecer.

Gemí, arqueando mi espalda para presionarme más cerca de él. Sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa mientras se inclinaba para atrapar un pezón entre sus dientes, mordiendo lo suficientemente fuerte como para arrancarme un jadeo.

—Silencio, cara mia —murmuró contra mi piel—. No quiero oír un sonido de ti a menos que yo lo diga. ¿Entendido?

Asentí, mordiéndome el labio para ahogar un gemido mientras su mano se deslizaba más abajo, sus dedos hundiéndose en el calor húmedo entre mis muslos. Me acarició con una habilidad practicada que me hizo retorcerme debajo de él, mis caderas moviéndose contra su toque.

—Por favor... —la palabra se me escapó antes de que pudiera detenerla. La mano de Nicholas se envolvió alrededor de mi garganta, y por un momento, temí haber cruzado una línea invisible.

—¿Dije que podías suplicar? —gruñó, sus dedos apretando en un apretón de advertencia. La presión estaba justo al borde del dolor, un recordatorio del poder que tenía sobre mí y las consecuencias de la desobediencia.

—Lo siento —susurré, mi voz raspando mientras luchaba por obedecer. Su agarre en mi garganta se relajó, pero la amenaza persistió como una promesa tácita.

—Buena chica —me elogió, su voz suavizándose mientras apartaba un mechón de cabello rebelde de mi rostro—. Ahora, veamos si puedes mantener esa bonita boca tuya callada, ¿de acuerdo?

Y entonces sus labios estaban sobre los míos, robándome el aliento en un beso abrasador que me dejó aturdida. Mientras su lengua se enredaba con la mía, sus dedos continuaban su tormento implacable, llevándome cada vez más cerca del borde de la locura.

—Nicholas, por favor —jadeé, incapaz de resistir el impulso de suplicar por más tiempo. Se retiró, las profundidades tormentosas de sus ojos llenas de una mezcla de lujuria y ternura que amenazaba con deshacerme.

—Aún no, mi hermosa esposa. Quiero oírte suplicar más —Se inclinó para dejar besos calientes y húmedos a lo largo del interior de mis muslos. La barba incipiente de su barbilla rozó mi piel sensible, enviando ondas de placer a través de mí. Mi cuerpo temblaba bajo su toque, anhelando la liberación.

Nicholas se tomó su tiempo, llevándome al borde y retrocediendo una y otra vez. Sus dedos sondearon mi humedad, separando mis pliegues antes de que su lengua saliera para lamer y chupar mi clitoris. La sensación era eléctrica, abrumadora en su intensidad. Luché contra las ataduras, desesperada por más.

—Por favor, Nicholas, déjame correrme —supliqué, mi voz espesa de necesidad.

—Paciencia, cara mia. Te correrás cuando yo lo diga —respondió, su voz un gruñido primario que prometía tanto dolor como placer. Continuó jugando conmigo, alternando entre lamidas y succiones, llevándome al borde solo para retroceder de nuevo.

A medida que mi frustración aumentaba, comencé a llorar.

—Nicholas, por favor —sollocé, todo mi cuerpo temblando con la necesidad de llegar al clímax.

—Dime que eres mía, Liliana —exigió, la punta de su lengua rozando mi clítoris con una precisión agonizante.

—Soy tuya, Nicholas —jadeé, dándole la sumisión que anhelaba—. Solo tuya.

—Eres mi única chica —dijo, sus palabras como un bálsamo para mi alma maltratada. Pero luego continuó su implacable asalto a mis sentidos, sin dejarme alcanzar el éxtasis que yacía justo fuera de mi alcance.

Mi mente se tambaleaba al borde de la locura, el placer y el dolor entrelazándose en un exquisito tapiz que me atormentaba y me cautivaba a la vez. En este momento, mientras entregaba cuerpo y alma a Nicholas, supe que no había vuelta atrás. Le pertenecía, en todas las formas imaginables.

—Por favor... —susurré una última vez, con lágrimas corriendo por mi rostro mientras me cernía al borde del olvido.

—Córrete para mí —finalmente concedió, su voz llena de cruda posesión.

Cuando sus dedos se deslizaron dentro de mí, desencadenando una cascada de placer tan intenso que rayaba en el dolor, supe que en ese momento, no había nada que anhelara más que su toque: brutal, violento y dolorosamente tierno a la vez.

Olas de placer me recorrieron y antes de que pudiera recuperarme, Nicholas se subió encima de mí, su poderoso cuerpo inmovilizándome. Con una embestida brutal, se hundió dentro de mí, y jadeé ante la repentina intrusión.

—Oh, joder, Liliana —gimió, su voz ronca de necesidad. Comenzó a embestirme con una fuerza implacable, sus músculos tensos y brillantes de sudor. Mi cuerpo respondía a él, igualando su ritmo a pesar del dolor que amenazaba con consumirme.

Hundí mis dientes en su hombro, saboreando la salinidad de su piel.

—¡Joder, sí! —siseó entre dientes apretados, el dolor volviéndolo loco de lujuria. Sus embestidas se volvieron más violentas, y nunca quise nada más en mi vida que él llenándome.

—Más fuerte, Nicholas —jadeé, desesperada por la brutal intensidad que solo él podía proporcionar. Él obedeció, sus poderosas embestidas volviéndose más fuertes, llevándome más hacia la sumisión.

—¿Esto es lo que quieres? —gruñó, su voz oscura y peligrosa mientras se cernía sobre mí, cada músculo de su cuerpo tenso con control, ejerciendo su dominio—. Dime cuánto lo necesitas.

—Por favor, Nicholas, te necesito —gemí, cerrando los ojos mientras me deleitaba en la mezcla de dolor y placer que amenazaba con destrozarme una vez más—. No te contengas.

Rugió mientras continuaba embistiéndome, cada poderosa estocada empujándome más cerca del borde.

—Por favor, no pares —supliqué, mis manos tirando de sus ataduras de seda. La parte oscura y posesiva de él despertaba mis propios deseos ocultos.

—Nunca —gruñó, sus ojos fijos en los míos mientras sus caderas chocaban contra mí. Había una intensidad en su mirada que hablaba por sí sola; incluso en este momento crudo y carnal, había ternura y amor.

Mientras nuestros cuerpos seguían colisionando, sentí la presión acumulándose profundamente dentro de mí una vez más, amenazando con liberarse. Pero esta vez, percibí la misma tormenta gestándose dentro de Nicholas, una tempestad esperando ser desatada.

—Déjate ir, Liliana —exigió—. Córrete conmigo.

Y con una última y salvaje embestida, nos destrozamos juntos, nuestros cuerpos sacudidos por la fuerza de nuestros violentos orgasmos. Mientras ambos luchábamos por recuperar el aliento, el silencio de la habitación solo era interrumpido por nuestros jadeantes jadeos. La intensidad de nuestro encuentro me había dejado flotando, mi mente nebulosa y desconectada del mundo que me rodeaba.

—Shh, cara mia —murmuró Nicholas, su comportamiento cambiando mientras se inclinaba para presionar un tierno beso en mi frente—. Lo hiciste muy bien.

Cuidadosamente, desató mis muñecas, su toque ahora suave y reconfortante mientras frotaba las marcas dejadas por las ataduras. Me atrajo hacia él, besándome suavemente. —Quiero que invites a Sophia y a su nuevo novio a cenar mañana por la noche.

Levanté la cabeza de su pecho. —¿En serio?

Sonrió lentamente. —Después de lo que acabas de hacerme, puedes tener lo que quieras.

Había tantas cosas que podía pedirle, pero no hasta que estuviéramos a salvo. —Empecemos con la cena. —Y mientras nos quedábamos dormidos, soñé con volver a ver a mi mejor amiga.

Capítulo 13

Liliana

Maria y yo estábamos dando los últimos toques al comedor para la cena con Sophia y su nuevo novio Sam. Aunque Sophia era mi mejor amiga, aún estaba nerviosa porque esta era la primera vez que invitaba a alguien desde la boda.

—¿Lo has conocido antes? —preguntó Maria.

—No, pero a Sophia le gusta mucho. Dice que es agradable —esperaba que fuera bueno con ella porque Sophia no siempre tenía el mejor gusto en hombres.

El timbre sonó, cortando la atmósfera cargada de tensión, y dejé de arreglar las flores.

—Le avisaré al Sr. Romano que sus invitados han llegado —dijo Maria mientras salía de la habitación.

Unos momentos después, James dejó pasar a Sophia y su cita al vestíbulo, donde yo los estaba esperando. Aparecieron en la puerta, el brazo de Sophia enlazado con el de un hombre alto y de hombros anchos. Samuel Turner estaba allí, sus facciones cinceladas y su mirada penetrante decían que era capaz de mucho más que ser el ratón de gimnasio que Sophia había descrito.

—Liliana, me gustaría presentarte a Samuel —dijo Sophia, con la voz temblando ligeramente.

—Es un placer conocerla al fin, Liliana —su voz era suave, como el terciopelo. Su sonrisa abierta me sorprendió. Esperaba que estuviera más intimidado por la casa.

—Bienvenido a nuestra casa, Sr. Turner —extendí mi mano, pero antes de que pudiera estrecharla, Sophia se lanzó a mis brazos y me dio un gran abrazo.

—¡Te he echado tanto de menos! —chilló Sophia en mi oído.

—Su hogar es encantador —dijo Sam, sus ojos escaneando los alrededores, captando cada detalle.

—Gracias. Me disculpo por las medidas de seguridad en el exterior, pero Nicholas es un esposo tan protector —forcé una sonrisa, esperando que a Sophia no le importara.

Nicholas entró a zancadas en el vestíbulo. —Buenas noches a todos —besó a Sophia en la mejilla y extendió su mano a su cita—. Tú debes ser Sam. Un gusto conocerte.

—El placer es todo mío —dijo Sam.

—¿Es oso buco lo que olí al pasar por la cocina? —preguntó Nicholas.

—Lo es —dije—. Es uno de los favoritos de Sophia y sé que le encantará la receta de Gina.

—¿Pasamos? —Nicholas hizo un gesto hacia la biblioteca.

Nuestros invitados me siguieron y Nicholas sirvió las bebidas. Sophia se sentó a mi lado en el sofá y tomó mi mano libre. —Entonces, ¿cómo es la vida de casada? Cuéntamelo todo.

Nicholas llevó a Sam a los sillones junto a la chimenea y comenzó otra conversación.

Le sonreí aunque no había forma de que le contara todo. —La vida es absolutamente maravillosa.

Sophia hizo un gesto alrededor de la habitación. —Por supuesto que lo es, viviendo en una casa como esta. Pero ¿cómo están tú y Nicholas? ¿Son —se inclinó para susurrar— compatibles?

Tomé un sorbo del pinot noir para ocultar mi sonrojo. No funcionó.

Los ojos de Sophia se agrandaron. —¡Lo son! Me alegro tanto. Te dije que no había razón para no probarlo antes de casarte y estaba tan preocupada cuando no lo hiciste.

No respondí porque quería escuchar de qué hablaban los hombres. Capté las palabras Giants y Jets y supe que estaban hablando de fútbol americano. Nunca había escuchado a Nicholas hablar de ningún deporte, pero parecía que tenía opiniones sobre el fútbol.

—Cuéntame todo sobre Sam —dije—. ¿De verdad lo conociste en el gimnasio? ¿Y desde cuándo vas al gimnasio?

Terminó su vino y dejó la copa en la mesa de café. —Ahora que mi mejor amiga está en su luna de miel y viviendo su mejor vida como mujer mantenida, tengo mucho tiempo libre. Así que voy al gimnasio. Hago un poco de ejercicio y mucho turismo.

Ambas nos reímos de nuestro término para mirar hombres. Me recosté en el sofá. —Te he echado de menos. Te prometo que una vez que este asunto del trabajo termine, pasaremos mucho más tiempo juntas.

James llegó a la puerta de la biblioteca. Se aclaró la garganta y anunció: —La cena se servirá tan pronto como estén listos.

Nicholas me miró. —Señoritas, ¿están listas?

Sophia y yo nos levantamos, siguiendo a James al comedor, mis dedos rozaron la mano de Nicholas al pasar. El contacto fue fugaz, pero me provocó un escalofrío de anticipación por lo que le tenía reservado para cuando estuviéramos a solas.

Samuel le ofreció su brazo a Sophia, quien lo tomó con una sonrisa agradecida.

Todos nos acomodamos alrededor de la mesa, cuya superficie pulida reflejaba el resplandor de las velas parpadeantes. Gina y Maria sirvieron la cena con precisión y eficiencia. Normalmente, charlaba con Maria mientras servía, pero podía notar que estaban poniendo su mejor pie profesional.

Maria nos sirvió el vino y Gina describió la comida. —Esta noche tenemos osso bucco, en honor a la visita de la señorita Moretti. Se sirve con risotto al ajo y el vino es el Barolo favorito del señor Romano. Buon appetito.

—Gracias, Gina. Huele delicioso —dije.

Ella sonrió y luego se marchó con Maria.

—Me gustaría proponer un brindis —dijo Nicholas mientras levantaba su copa—. Por los amigos, nuevos y viejos.

—Por los amigos —repetimos al unísono.

—Dígame, Samuel, ¿ha viajado mucho? —preguntó Nicholas, su voz simulando un interés casual.

—Aquí y allá. Los negocios a menudo me llevan a lugares interesantes —los ojos de Sam se cruzaron con los míos por un momento demasiado largo antes de desviar la mirada.

—¿Negocios? ¿Qué tipo de negocios? —pregunté, con mi curiosidad despertada.

—Me gustaría entrar en el comercio internacional —sus labios se curvaron en una sonrisa conocedora, como si me desafiara silenciosamente a presionar más.

—Comercio, qué fascinante. Debe mantenerlo bastante ocupado —dije.

Nicholas a menudo le decía a la gente que se dedicaba al comercio internacional. ¿Significaba eso que Sam era de una familia rival? ¿O estaba usando a Sophia para conocer al

Don de la familia Romano?

—¿Cuál ha sido su lugar favorito para viajar? —pregunté.

Pensó por un momento. —Lo más espectacular que he visto jamás es la aurora boreal mientras me alojaba en un iglú de cristal en Noruega.

Mi mandíbula cayó ante lo que sonaba como unas vacaciones increíbles. —Apuesto a que fue asombroso —dije.

—Lo fue. Pero basta de hablar de mí, ¿cómo pasa sus días, Liliana? —Su mirada era intensa, y me sentí expuesta bajo su peso.

—Disfruto leyendo y aprendiendo nuevos idiomas —hice una pausa, buscando algo más que decir—. Estoy traduciendo una novela en este momento también. En mi tiempo libre creo que me dedicaré a la pintura, algo que siempre he querido hacer.

—¡Una artista! Qué encantador —se inclinó hacia adelante, con un brillo depredador en sus ojos—. ¿Qué pinta, paisajes o algo más... personal?

Nicholas se aclaró la garganta, una señal segura de que no le gustaba hacia dónde iba la conversación.

—En realidad, prefiero las obras abstractas. Me permiten expresar mis emociones sin revelar demasiado —respondí, tratando de sonar indiferente.

—Ah, qué intrigante. Una mujer de muchos secretos —sus palabras quedaron suspendidas en el aire, y pude sentir a Nicholas tensarse a mi lado.

—Quizás todos tengamos nuestros secretos —intervino Sophia, con la voz tensa—. Pero esta noche, simplemente disfrutemos de la compañía de los demás.

—De acuerdo —dijo Samuel mientras tomaba otro sorbo de vino.

—Comamos antes de que se enfríe la comida —dijo Nicholas, sus ojos encontrándose con los míos por un momento fugaz, una silenciosa garantía de que no dejaría que nada me pasara.

Mientras saboreábamos cada bocado, la conversación fluía y refluía, velando las corrientes subyacentes de sospecha e inquietud que palpitaban bajo la superficie. La risa iba y venía como olas en un mar tormentoso, la ilusión de normalidad que estábamos pintando para el beneficio de Sophia. Y a través de todo, no podía sacudirme la sensación de que el peligro acechaba justo más allá de mi alcance.

Cuando terminamos la cena, Gina y Maria trajeron café y postre. Maria retiró nuestros platos y me pregunté si nos habría estado observando a través de una rendija en la puerta para saber cuándo era el momento de servir el postre. Tendría que preguntarle algún día.

—Tiramisú y café —anunció Gina.

—Samuel, ¿cómo conociste a Sophia? —preguntó Nicholas, con voz suave.

—Nos cruzamos en el gimnasio —respondió Samuel, midiendo cuidadosamente sus palabras—. Supongo que fue el destino.

Nicholas se rio, pero sus ojos permanecieron fríos, escrutadores. —El destino es algo extraño, ¿no? Une a las personas de las formas más inesperadas.

Miré de Sam a Nicholas. Era evidente que a mi esposo no le caía bien.

—En efecto —la sonrisa de Samuel nunca llegó a sus ojos, que brillaban con algo más oscuro, un desafío velado que reflejaba el de Nicholas.

—¿Cómo conoció usted a su esposo? —me preguntó Sam.

Me quedé paralizada por un momento. No podía decir la verdad y nunca había considerado qué le diría a un extraño.

—Su padre y yo tenemos algunos negocios juntos —dijo Nicholas.

Me quedé impresionada. Su respuesta era honesta, simple y no revelaba detalles.

Sam dejó su tenedor. —Interesante. ¿Qué tipo de negocios?

—Basta de trabajo —interrumpió Sophia, con voz tensa, desesperada por disipar la creciente tensión—. Hablemos de algo más ligero, ¿les parece?

—Por supuesto —accedió Nicholas, sin apartar la mirada de Samuel—. Después de todo, estamos aquí para disfrutar.

—Dime Sam, ¿qué haces en tu tiempo libre? —pregunté para romper la tensión.

—Voy al gimnasio todos los días, pero últimamente he estado pasando mucho tiempo con Sophia, o ideando nuevas e interesantes citas para nosotros.

—Alquiló todo un estudio de cerámica una noche e hicimos jarrones —dijo Sophia.

Sam le sonrió radiante. —Su jarrón quedó precioso, pero el mío no era precisamente impermeable.

Nicholas se rio de la autodeprecación de Sam.

—¿Y tú, Nick? —preguntó Sam.

No conozco a mi esposo desde hace mucho, pero nunca he oído a nadie llamarlo Nick. Sin embargo, lo dejó pasar.

—Me estoy concentrando en mi familia ahora mismo. Asegurándome de que Liliana tenga todo lo que pueda necesitar y que esté bien protegida.

—Ah, la familia es importante —dijo, asintiendo con conocimiento de causa—. Especialmente en tiempos difíciles.

—En efecto —intervino Nicholas, colocando una mano sobre mi hombro, sus dedos rozando mi clavícula. Una declaración silenciosa de posesión, una advertencia disfrazada de afecto—. Cuidamos de los nuestros.

Un escalofrío recorrió mi espalda ante el contacto, mi corazón acelerándose con una mezcla de miedo y ternura. Lo miré, sus ojos reflejando la misma preocupación que yo tenía sobre la cita de Sophia.

—No puedo esperar a que haga mejor tiempo para salir en mi barco. Liliana, ¿alguna vez has navegado? —preguntó Samuel, dirigiendo la conversación hacia mí.

—Una vez, hace mucho tiempo —respondí, el recuerdo del aire salado y las olas rompiendo como un sueño lejano—. Me pareció emocionante. Nicholas me dice que también tenemos un yate.

—Entonces compartimos una pasión por el mar. Hay algo en estar a merced de los elementos que es a la vez humillante y liberador, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo —dijo Nicholas—. Cuando estoy en el océano puedo sentir cómo todas mis preocupaciones se desvanecen.

—Quizás podría llevar a las damas a navegar si tenemos un respiro en el clima. Sería un placer compartir la experiencia con alguien que aprecia su belleza y poder tanto como yo.

—Estoy seguro de que Sophia lo disfrutaría, pero me temo que tenemos preocupaciones de seguridad en este momento. Liliana y yo no estamos disponibles ahora.

Un escalofrío recorrió mi espalda ante la idea de estar en mar abierto, desprotegida. Nicholas se había esforzado por mantenerme al margen de la magnitud de los problemas con la familia Bianchi, pero con tanta seguridad en la casa, había logrado unir algunas piezas.

Antonio Bianchi había intentado introducir a personas en nuestra casa dos veces en la última semana. Una era una repartidora de flores y otra un hombre que buscaba trabajo de seguridad. Ninguno había logrado pasar de las puertas. Me había preocupado que nuestra cena fuera cancelada, pero supongo que Sam había pasado una verificación de antecedentes.

—Disculpen un momento —dijo Sophia, su cálida sonrisa proporcionando un alivio temporal de la tensión que se gestaba entre los dos hombres. Me hizo un gesto para que la siguiera, y nos escabullimos hacia el tranquilo santuario del pasillo.

—¿Está todo bien? —susurré.

—Bien, solo necesitaba un descanso de la intensidad de allá dentro. No creo que se caigan bien.

Le apreté el brazo. —Nicholas es muy protector y no estoy segura de que me permitiría salir con ustedes dos solas ni siquiera en las mejores circunstancias.

Ella arqueó las cejas. —¿En serio? ¿Es tan anticuado?

Asentí. —Tendría que llevar al menos un guardaespaldas conmigo, tal vez dos, y eso arruinaría el viaje, ¿no crees?

Ella puso los ojos en blanco. —Supongo que todo depende de lo atractivo que sea tu guardaespaldas.

Me reí. —George tiene al menos el doble de mi edad y no es mi tipo. Pero es bueno en su trabajo y me cae bien. Volvamos antes de que empiecen a golpearse.

Los dos hombres se ignoraban mutuamente cuando regresamos. Supuse que era mejor que pelear, pero esperaba que Nicholas fuera un anfitrión más amable. Se levantaron cuando nos acercamos y apartaron nuestras sillas para nosotras.

—Nicholas, ¿podría tomar más café? —pregunté.

—Por supuesto, cara mia —dijo mientras servía más de la cafetera de plata.

Sam se levantó abruptamente. —Gracias por esta noche. La cena estuvo encantadora. Espero que Nicholas ceda y le permita salir con Sophia y conmigo.

Nicholas y yo nos pusimos de pie, sorprendidos de que se marchara tan rápido.

—Lo siento, no podría. No es que no disfrutaría el tiempo en su yate, pero estoy segura de que mi guardaespaldas tendría que venir, y con las cosas tan inestables, podría estar poniendo su vida en riesgo. Y eso no es justo. No debería ponerlo en peligro solo para que yo pueda divertirme un poco. Espero que lo entienda.

Nicholas me atrajo hacia sus brazos y me besó. Le devolví el beso, pero me sorprendió.

—Y por esto amo tanto a mi esposa —dijo—. Instintivamente pone a otras personas y sus necesidades antes que las tuyas. Gracias a ambos por venir.

—Por supuesto. No es frecuente que disfrutemos de una cena en una casa tan elegante —dijo Sophia, luciendo confundida por la repentina necesidad de Sam de irse.

Los acompañamos a la puerta y nos despedimos una vez más. Una vez que la puerta se cerró, Nicholas le dijo a James que alertara al personal de seguridad.

—¿Alertarlos de qué? —pregunté mientras Nicholas prácticamente me arrastraba a nuestra habitación.

—No me gustó cómo Sam quería sacar a mi esposa de la casa. Parecía un poco demasiado insistente. Quiero que todos estén atentos a él. Y quiero que revisen la biblioteca y el comedor en busca de micrófonos ocultos.

Nicholas cerró la puerta de nuestra habitación. Había dejado de cerrarla con llave porque sabía que hacía mucho tiempo que yo no intentaría escapar. En cambio, amaba cada cosa que me hacía.

Me atrajo hacia él y me besó. —¿Hablabas en serio sobre George?

Me reí. —¿Realmente vamos a hablar de George en nuestra habitación? —Le desabroché el cinturón—. Se me ocurren cosas mucho más interesantes para hacer aquí.

Puso su mano en mi muñeca para evitar que sacara su cinturón de las presillas. —Hablo

en serio.

—Sí. Me cae bien George y no quiero ponerlo en peligro solo porque yo quiera salir a tomar un café. No es justo para él.

Se sentó en el sofá y me sentó en su regazo. Acunó mi mejilla en su mano y me besó. — Soy el hombre más afortunado del mundo —dijo—. No esperaba decir esto tan pronto, no con la forma en que nos conocimos, pero te amo. Cada parte de tu cuerpo, tu alma, tu fuerza. Te amo por completo.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos, y enterré mi rostro en el hueco de su cuello, aspirando su aroma familiar. —Yo también te amo, Nicholas —susurré contra su piel—. Más de lo que las palabras pueden expresar.

Sus brazos se estrecharon a mi alrededor, brindándome confort y seguridad. Permanecimos así por unos momentos, envueltos en el calor de nuestro amor y la tranquilidad que nos brindaba.

Sus labios se encontraron con los míos, y saboreé el tierno amor mezclado con la ferocidad que lo convertía en el temido líder que era. El beso se profundizó, nuestras lenguas danzando y explorándose mutuamente, como si intentaran encontrar un refugio de la oscuridad que constantemente amenazaba con engullirnos.

Sentí la inconfundible dureza presionando contra mi muslo, y no pude resistir deslizar mi mano a lo largo de su longitud, provocándolo a través de sus pantalones. Él gimió, el sonido vibrando a través de mí, encendiendo un fuego en mi interior.

—Mierda —dijo—. No tengo energía para castigarte esta noche.

Nuestro habitual juego de poder podía esperar; esta noche era su recompensa por invitar a Sophia y a su extraño novio.

—No me importa —murmuré, mis dedos aún acariciándolo—. Te deseo, Nicholas. Solo a ti, y nada más.

Él gimió de nuevo, claramente dividido entre el deseo y el agotamiento. Pero la necesidad entre nosotros era palpable, innegable, y sabía que no podría resistirla por mucho tiempo.

Me puse de pie, decidida a darle lo que quería. Mis dedos se deslizaron por el borde de mi vestido mientras atrapaba sus penetrantes ojos azules, ahora nublados por la lujuria.

—Déjame cuidarte esta noche —dije, observando cómo su mirada seguía mis movimientos.

Lenta y deliberadamente, levanté la tela, revelando las curvas de mi cuerpo centímetro a centímetro. La respiración de Nicholas se entrecortó cuando expuse mis senos cubiertos de encaje, y fue todo lo que necesité para animarme aún más. El vestido cayó al suelo, dejándome de pie ante él solo con mi lencería.

—Maldita sea, mujer —gimió, su voz espesa de deseo.

—¿Me deseas, Nicholas? —pregunté coquetamente, sabiendo muy bien que sí—. ¿Quieres follarme?

—Más que nada. Ven aquí ahora.

Me acerqué, con las manos temblando ligeramente por la anticipación mientras desabrochaba sus pantalones. Su mirada ardiente nunca dejó la mía mientras los bajaba, junto con sus bóxers, liberando su palpitante miembro. Era magnífico, y la visión de él me envió escalofríos de excitación.

Me senté a horcajadas sobre él, posicionándome sobre su impresionante longitud. Cuando me hundi sobre él, un jadeo escapó de mis labios. La sensación de él llenándome, estirándome, era casi demasiado para soportar.

—Joder —gimió Nicholas debajo de mí, sus caderas elevándose involuntariamente. El deseo y el poder corrían por mis venas mientras controlaba el ritmo de nuestra conexión. Lo follé con intensidad, mi cuerpo moviéndose como una máquina bien afinada, impulsada por la lujuria y la pasión.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunté, mi voz oscura y seductora.

—Sí —respondió con voz ronca, sus manos agarrando firmemente mi cintura. Podía sentir la urgencia en sus movimientos, la necesidad cruda que nos impulsaba a ambos.

Cuando sentí que se acercaba al límite, ralenticé mi ritmo, provocándolo sin piedad. Vi la frustración parpadear en su rostro y sonreí por el poder que tenía sobre él. —Me vas a matar —susurró.

—No —respondí, sonriéndole con suficiencia—. Aún no he terminado contigo.

Pero Nicholas, siempre la fuerza dominante, se negó a esperar. Sus dedos encontraron el camino hacia mi clítoris, frotándolo con precisión e intensidad que me volvió loca. Al mismo tiempo, su otra mano agarró uno de mis pezones, retorciéndolo y pellizcándolo, enviando escalofríos de placer y dolor por todo mi cuerpo.

—Nicholas... Dios mío —jadeé, sintiéndome en espiral hacia el borde. Mi propia determinación comenzó a desmoronarse bajo el asalto de placer que estaba creando dentro de mí. Aumenté mi ritmo y él agarró mis caderas, aferrándose con todas sus fuerzas.

—Fóllame más fuerte, Liliana —gruñó Nicholas, su agarre en mis caderas apretándose mientras embestía hacia arriba con una necesidad cruda y primaria. La habitación se llenó con los sonidos de nuestros cuerpos chocando, mis jadeos y gemidos mezclándose con sus gruñidos bajos.

—¡Nicholas! —Mi voz se quebró, las lágrimas picando en las esquinas de mis ojos mientras me sentía acercándome al borde. La desesperación me arañaba, la brutal intensidad de nuestro amor empujándome a mis límites.

—Déjate ir, cara mia —susurró, sus dientes rozando mi lóbulo antes de que su boca se moviera a mi cuello, mordiendo lo suficientemente fuerte como para dejar una marca—. Grita mi nombre.

No pude contenerme más. Como si hubiera roto la última barrera restante, mi cuerpo se rindió al placer que lo recorría. —¡Nicholas! —grité mientras ambos llegábamos al clímax, cabalgando la ola juntos.

—Jesús, Liliana —jadeó, su pecho agitándose contra el mío—. Eso fue increíble.

Eché la cabeza hacia atrás y le sonreí. —Gracias por permitir que Sophia viniera.

Él pareció confundido. —¿Así es como me agradeces por una cena? Dime todo lo demás que quieras y lo tendrás.

Lo besé suavemente. —Tal vez ella pueda venir de nuevo, aunque sin el novio.

—Definitivamente sin el novio —estuvo de acuerdo.

Capítulo 14

Nicholas

Odiaba dejar a Liliana después de que me hubiera emboscado en nuestro sofá, pero necesitaba ocuparme de algunos asuntos difíciles.

Las sombras de la ciudad engullían las calles mientras Riccardo guiaba el coche a través de la noche. La tensión se arremolinaba en el aire, espesa y asfixiante como una soga. Apreté los puños, las uñas clavándose en mis palmas, concentrándome en el dolor para evitar que mis pensamientos se descontrolaran. Odiaba las visitas de condolencia y normalmente enviaba a alguien más a hacerlas, pero los Calabrese habían perdido a sus dos hijos y merecían mi visita.

—Casi hemos llegado, jefe —dijo Riccardo, con voz baja y firme. Él y yo habíamos pasado por el infierno juntos, pero sabía cuándo llenar el silencio y cuándo dejarlo fermentar.

—Gracias —respondí, con la mirada fija en las casas oscurecidas que pasaban.

El coche se detuvo frente a una modesta casa de dos pisos, su ambiente sombrío emanando a través de la oscuridad. Este era el santuario de la familia Calabrese, violado por las crueles manos del destino.

—Recuerda, se sentirán reconfortados por tu visita —me recordó Riccardo, leyendo mis pensamientos como siempre lo hacía—. Estás haciendo lo correcto.

Al salir del coche, no pude ignorar la carga que conllevaba liderar la familia Romano.

Respiré hondo, el aire nocturno frío y cortante. —Espera aquí —ordené, con voz firme. Al mirar hacia atrás, vi la comprensión en sus ojos; esta era una carga que tenía que llevar solo.

—Entendido, jefe —respondió, su voz teñida de preocupación pero respetuosa con mi decisión.

Al acercarme a la puerta, mis botas crujieron en el camino de grava, el sonido un crudo recordatorio de las vidas destrozadas en el interior. Golpeé la puerta, mis nudillos conectando con la madera como si tocaran un acorde solemne.

El Sr. Calabrese abrió la puerta, su rostro marcado por el dolor y la tristeza. Era como mirar en un espejo que reflejaba mi propio dolor. Nuestros ojos se encontraron, reconociendo el vínculo tácito entre nosotros.

—Señor Romano —dijo, con la voz ronca por las lágrimas y el agotamiento—. Gracias por venir.

—Por supuesto, señor Calabrese. Somos familia. —Entré, el calor de su hogar envolviéndome como un abrazo agri dulce.

Me condujo a la modesta sala de estar, sus paredes adornadas con recuerdos de tiempos más felices. Los muebles disparejos eran testigos de años de amor y risas, ahora silenciados por la tragedia.

—Por favor, tome asiento —el Sr. Calabrese señaló la mejor silla de la habitación, un gastado sillón de cuero que aún conservaba un leve aroma a tabaco de pipa. Asentí en agradecimiento y me acomodé en él, el peso de la responsabilidad asentándose sobre mí como un invitado indeseado.

—¿Puedo ofrecerle algo? —preguntó la Sra. Calabrese, sus palabras teñidas de dolor. Sus ojos, antes brillantes, estaban ahora apagados, enrojecidos por el llanto interminable.

—Un café estaría bien, gracias —respondí, tratando de ofrecer algún tipo de consuelo.

Mientras ella se apresuraba hacia la cocina, aproveché la oportunidad para examinar la habitación, mis ojos deteniéndose en un retrato familiar. Dos jóvenes, llenos de vida y potencial, ahora reducidos a recuerdos y espacios vacíos en la mesa del comedor.

—Su hogar es hermoso —dije cuando la Sra. Calabrese regresó con una taza humeante y un plato de galletas—. Acogedor y cálido.

—Gracias, señor Romano —respondió ella, su voz temblorosa pero agradecida por el cumplido—. Siempre hemos intentado que fuera un santuario para nuestros chicos.

El aroma del café recién hecho y las galletas caseras flotaba en el aire, en marcado contraste con el peso que sentía sobre mí. Me preparé para lo que estaba por venir.

—Señor y señora Calabrese, no puedo empezar a expresar mis más sentidas condolencias por su pérdida —dije suavemente, mirando a los ojos a cada uno de ellos por turnos. Las palabras se sentían vacías, insuficientes ante su abrumador dolor. Pero necesitaban saber que compartía su dolor, aunque no pudiera entenderlo completamente.

—Gracias —respondió el señor Calabrese, con la voz quebrada—. Nos honra con su visita.

—Jack y Steve eran buenos hombres. No merecían esto —continué—. Y les prometo que encontraré a los responsables de sus muertes. Pagarán por lo que han hecho.

Mi declaración resonó por la habitación, la violencia detrás de mis palabras no dejaba duda sobre hasta dónde llegaría para cumplir mi promesa.

—Gracias —dijo el señor Calabrese, asintiendo con la cabeza en reconocimiento de mi juramento. Sus ojos reflejaban una mezcla de gratitud y dolor, sabiendo muy bien el costo del camino que estaba a punto de tomar.

—Sus hijos no serán olvidados, ni sus muertes quedarán sin respuesta —prometí, con voz firme e inquebrantable—. De eso, puedo asegurarles.

La habitación se sentía pesada por el dolor mientras la pareja Calabrese me miraba, con los ojos enrojecidos pero agradecidos. En ese momento, vi el peso de su confianza asentarse sobre mis hombros, y supe que no podía fallarles.

—Siempre ha hecho lo correcto por nuestros muchachos —dijo entrecortadamente la señora Calabrese, sus dedos retorciendo la tela de su falda mientras luchaba por mantener la compostura.

Asentí solemnemente, sintiendo que el nudo en mi pecho se apretaba. Mis manos ansiaban infligir el mismo dolor a aquellos que habían lastimado a esta familia, una familia que, a pesar de su pérdida, aún me mostraba respeto y confianza.

—Sus hijos eran familia —respondí, incapaz de evitar el temblor en mi voz—. Solo desearía poder hacer más. —El pensamiento de Jack y Steve, sus vidas brutalmente truncadas, alimentaba el fuego dentro de mí. Me obligué a mantener la calma y proporcionarles la seguridad que necesitaban.

Metiendo la mano en el bolsillo de mi chaqueta, saqué un grueso sobre lleno de dinero en efectivo. No era mucho comparado con el vacío dejado en sus vidas, pero esperaba que aliviara algunas de sus cargas.

—Tomen esto —insistí, suavizando mi voz—. Úsenlo para lo que quieran. Si no es suficiente, llamen a mi oficina y me encargaré de lo que necesiten.

Mientras entregaba el sobre, los ojos de la señora Calabrese se llenaron de lágrimas una

vez más, pero asintió en señal de comprensión. Su esposo puso una mano en su hombro, sus propios ojos brillando con lágrimas contenidas.

—Gracias —logró decir, su agarre en el sobre revelando la fuerza de sus emociones—. No sabemos qué haríamos sin usted.

—Nunca duden en llamarme —respondí, sintiendo una familiar protección dentro de mí. Lucharía por ellos tan ferozmente como luchaba por mi propia familia.

—Que Dios lo bendiga, señor Romano —dijo la señora Calabrese.

El fuego de la venganza ardía en mi pecho, pero estaba templado por el amor y la lealtad que sentía por aquellos que habían depositado su confianza en mí.

Y mientras me levantaba para irme, sabía que recorrería un camino sangriento por ellos si fuera necesario. Era un camino que recorrería voluntariamente, porque al final, el amor y la lealtad valían cualquier precio.

—Vámonos —murmuré a Riccardo, que había estado esperando en el coche, con los ojos fijos en el espejo retrovisor. Asintió, acelerando el motor mientras yo subía y cerraba la puerta de golpe.

—¿Fue bien? —preguntó Riccardo, con voz tentativa.

—Tan bien como se podía esperar —respondí, con los nudillos blancos mientras agarraba el reposabrazos de cuero. Contaban conmigo, no solo los Calabrese, sino todas las familias que habían perdido a alguien en este brutal submundo.

Capítulo 15

Nicholas

A la mañana siguiente, convoqué una reunión con los dos lugartenientes en los que más confiaba, Marco y Riccardo.

—Necesitamos adelantarnos a Bianchi de alguna manera. Sabe más sobre nosotros de lo que nosotros jamás hemos sabido sobre él. ¿Es suerte? ¿Somos demasiado predecibles? ¿O tiene un micrófono en mi casa?

—James revisa la casa todos los días —me recordó Riccardo.

Lo sabía, y era impensable que James me traicionara, pero había llegado al punto en que tenía que empezar a considerar todo. —Ve con él ahora y revisa su trabajo —le dije a Riccardo—. Solo por si acaso.

Riccardo sabía que no debía cuestionarme frente a otros hombres, pero pude ver que pensaba que esto era una pérdida de tiempo. —Te avisaré si encontramos algo.

—No creo que sea ninguna de esas cosas. Bianchi ha estado construyendo alianzas con todas las familias más pequeñas, consolidando el poder —dijo Marco, una vez que Riccardo se fue—. Tiene la mitad de la ciudad bajo su control.

—¿La mitad? —El hielo se formó en mis venas, un frío terror se apoderó de mí—. Ha estado trabajando más rápido de lo que pensábamos.

—Eso parece. —Marco hizo una pausa, dudando antes de continuar—. Hay más. He oído que está planeando algo grande, algo devastador tanto para nuestra familia como para los Ricci.

Un escalofrío recorrió mi espalda mientras las palabras de Marco flotaban en el aire, pintando un siniestro retrato de las maquinaciones de Antonio Bianchi. La luz de la oficina parpadeó, proyectando sombras amenazantes que bailaban por las paredes. —Cuéntamelo todo.

—No puedo decirlo con seguridad, pero implica golpearlos donde más nos duele. —Sus ojos se encontraron con los míos, la implicación tácita flotaba pesadamente en la habitación.

—Estoy cansado de jugar a la defensiva. Necesitamos acabar con él. —La determinación me llenó mientras me preparaba para hacer lo que fuera necesario para proteger a aquellos que me importaban.

—No estoy seguro de que sea la mejor idea en este momento, jefe. No tenemos suficiente información sobre su operación y no podemos permitirnos ningún paso en falso. —El tono cauteloso de Marco delataba su preocupación. Si alguien sabía que necesitábamos más información, era Marco.

—Investiga más a fondo, aprende todo lo que puedas. Necesitamos todas las ventajas posibles. —La determinación se filtró en cada palabra, mis ojos fijos en la mirada firme de Marco.

—Entendido, jefe. —Marco asintió, la promesa tácita de que haría todo lo que estuviera en su poder para ayudar flotaba densa en el aire entre nosotros.

—Mantén esto entre nosotros por ahora. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—Por supuesto. —Mientras Marco se deslizaba fuera de la habitación, me hundí en mi

silla, la enormidad de lo que nos esperaba se asentaba sobre mis hombros.

Cuatro horas más tarde, Marco regresó a mi oficina con noticias de un increíble descuido en la seguridad de Bianchi. Estaba enviando lejos a las mujeres y niños de su familia, y la mayoría de sus hombres iban con ellos, para no regresar en dos días.

—Actuemos rápido —urgió Marco—. No tendremos otra oportunidad como esta.

—Cierto. ¿Qué necesitamos hacer?

—Tenemos que atacar primero, eliminando todos sus lugares principales de una vez. — Dudó, su voz flaqueando, un fugaz destello de vulnerabilidad—. No puedo garantizar que todos salgan con vida.

—Yo tampoco. —Una sonrisa amarga torció mis labios, sabiendo que no quedaría ningún hombre de Bianchi para contar historias.

—¿Estamos preparados para esto? —La pregunta se deslizó de mis labios, sabiendo que, si fallábamos, no habría segundas oportunidades.

—Sí, jefe. —La voz de Marco era firme, resuelta, la convicción en sus ojos era un juramento silencioso—. Los hombres y yo sabemos qué hacer.

—Bien. Trae a todos los hombres aquí. Necesitamos actuar ahora, antes de que Bianchi haga su movimiento.

En menos de una hora, mi oficina se llenó con mis hombres más confiables, sus rostros grabados con lealtad y una inquebrantable disposición para enfrentar el fuego. La tensión erizaba el aire, cada respiración pesada con el peso de la batalla que se avecinaba.

—Antonio Bianchi se ha convertido en una amenaza que ya no podemos ignorar. Debemos atacar primero —dije.

—¿Dónde está? —La voz de Vincenzo era afilada, cada palabra una cuchilla cortando la oscuridad. Era inteligente, probablemente demasiado inteligente para estar trabajando en seguridad para mí. Necesitaba ser ascendido.

—Pasará el fin de semana en su casa, pero tiene un personal mínimo.

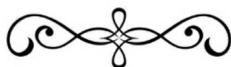
—Nada que no podamos manejar. —La confianza de Marco pulsaba a través de la habitación, galvanizando nuestra resolución.

—Riccardo, tú tomarás la entrada este. Vincenzo, la oeste. Creen una distracción mientras Marco y yo entramos por el frente.

—Considéralo hecho. —La voz de Riccardo era cruda, alimentando nuestro hambre compartida de venganza.

—Recuerden, no solo luchamos por nosotros mismos. Luchamos por todas nuestras familias. Bianchi nos ha atacado a cada uno de nosotros, pero siendo el animal que es, irá primero por nuestras mujeres e hijos.

—Salimos en una hora. Preparen su equipo y reúnanse en el garaje.



Una brisa fría recorrió el garaje, helándome hasta los huesos y erizando mi piel. El aire estaba cargado de anticipación mientras nos preparábamos para la confrontación que se avecinaba.

—Marco, ¿estamos listos para esto? Si tienes alguna duda, lo cancelamos. No hay vergüenza en reconocer que no estamos completamente preparados —pregunté.

—Estamos listos, jefe —sus ojos se encontraron con los míos, firmes y resueltos.

—Bien —apreté la mandíbula, el miedo royendo los bordes de mi mente. Era una sensación que raramente me permitía experimentar.

Condujimos en convoy hasta la casa de Bianchi, pero aparcamos a una manzana de distancia.

—Manténganse cerca —mi orden susurrada era audible a través de los auriculares que todos llevábamos, un recordatorio de que nos estábamos aventurando en territorio enemigo.

A medida que nos acercábamos a la casa de Antonio Bianchi, la tensión se hacía palpable. Cada paso se sentía como caminar sobre el filo de una navaja, un paso en falso amenazaba con enviarnos al vacío. Pero ya no había vuelta atrás.

—¿Ven algún guardia? —mi voz era un murmullo apagado, que sabía que el micrófono captaría.

—Solo unos pocos. Podemos encargarnos de ellos en silencio —dijo Marco.

—¡Vamos, vamos, vamos! —ordené a través de mi micrófono.

Avanzamos sigilosamente, las sombras eran nuestras únicas aliadas mientras nos abríamos paso a través del laberinto de peligros que se extendía ante nosotros. Nuestros movimientos eran fluidos y practicados, sin hacer ruido alguno.

—Dos menos, falta uno —informó Vincenzo mientras se encargaba de otro guardia, su hoja brillando carmesí bajo la luz de la luna.

—Rápido y en silencio —le recordé, aunque las palabras parecían casi innecesarias. Después de todo, todos habíamos sido entrenados para momentos como estos, nuestras vidas dependían de nuestra capacidad para mezclarnos con la oscuridad y atacar sin vacilación ni remordimientos.

—Listo —confirmó, su rostro era una máscara de grim determinación.

Forzamos la puerta principal y allí estaba: Antonio Bianchi, sus ojos grises tan fríos y despiadados como la plata de su cabello. Estaba de pie detrás de una enorme mesa de madera, la tenue luz proyectaba sombras siniestras sobre su rostro.

—Nicholas —arrastró las palabras—. Qué inesperado.

—¿Lo es realmente? —respondí, mi voz firme a pesar del latido acelerado en mi pecho—. Has estado conspirando contra mí durante semanas, ¿y ahora te sorprende verme?

—¿Conspirando? —Levantó una ceja, fingiendo inocencia—. Me duele que pienses tan bajo de mí.

—Basta de juegos, Antonio. Yo no quería esta pelea, pero tú sí. Elegimos venir por ti, no intentar atacar a tus mujeres e hijos porque la familia Romano tiene honor.

—Ah, pero verás, Nicholas, yo ya he triunfado —su sonrisa me provocó un escalofrío en la columna—. Tu precioso imperio se está desmoronando, y tu amada Liliana está atrapada en el fuego cruzado.

Tuve un momento de pánico. ¿Había dejado suficientes guardias con Liliana? —¡Déjala fuera de esto! —Las palabras brotaron de mis labios, y en ese instante, revelé más de lo que había pretendido.

—Así que ella es la llave de tu corazón después de todo —la sonrisa de Antonio se ensanchó—. Dime, Nicholas, ¿qué harías para protegerla?

—Cualquier cosa —dije—. Pero no dejaré que la uses en mi contra.

Antonio dio un paso adelante, la malicia brillando en sus ojos. —Renuncias a tu imperio, y yo garantizaré la seguridad de Liliana.

—Nunca —No podía perderla, pero tampoco podía ceder a sus demandas—. Encontraré otra forma de salvarla.

—Muy bien —La voz de Antonio de repente se volvió fría y desprovista de emoción mientras sacaba un teléfono de su bolsillo, presionando algunas teclas—. Entonces prepárate para perder todo lo que aprecias.

En un abrir y cerrar de ojos, sacó una pistola oculta de debajo de la mesa, apuntándome mientras Vincenzo entraba en acción, interponiéndose frente a mí. El ensordecedor sonido de los disparos llenó el aire, y por un momento, pareció que todo estaba perdido.

Vincenzo se desplomó en el suelo, sus ojos sin vida abiertos. Bianchi también cayó al suelo, pero el bastardo seguía respirando, aunque tenía una herida en la cabeza.

Riccardo me sacó de la habitación mientras los hombres que creíamos que se habían ido con las mujeres y los niños emergían de detrás de las puertas cerradas. —¡Vamos! ¡Ahora! —gritó en su micrófono y todos mis hombres obedecieron.

Capítulo 16

Liliana

Las gotas de lluvia golpeaban el suelo a nuestro alrededor, su ritmo staccato era un lúgubre réquiem para Vincenzo. Mi mirada estaba fija en el brillante ataúd negro que descendía a la tierra, pero mis pensamientos estaban preocupados por otro hombre: Nicholas.

La congregación se volvió para regresar a la iglesia, pero yo permanecí inmóvil.

—¿Liliana? —preguntó Nicholas.

—Solo un momento a solas, para agradecerle en privado —dije.

La lluvia azotaba mis mejillas mientras Nicholas se alejaba, el frío viento solo agudizaba el escozor. La procesión fúnebre se desvaneció en la distancia, dejándome sola con mis pensamientos y el peso de un mundo donde el derramamiento de sangre era tan común como respirar. Quería un momento para agradecer a Vincenzo por salvar la vida de mi esposo y prometerle que siempre cuidaría de su familia.

Un crujido detrás de mí llamó mi atención y me sorprendió ver a Sam Turner, el novio de Sophia.

—Bastante concurrencia para Vincenzo —observó Sam, sus pasos silenciosos sobre la tierra empapada.

—Todos lo querían —respondí, mi voz desprovista de emoción—. Fue leal hasta el final. Pero no sabía que ustedes dos se conocían.

Ignoró mi pregunta implícita. —Tal lealtad es rara en estos días. —Hizo una pausa, dejando que las palabras quedaran suspendidas entre nosotros—. No muy diferente a su propia devoción inquebrantable hacia su familia.

Me volví para mirarlo, estudiando su expresión en busca de cualquier indicio de engaño. Pero todo lo que vi fue genuina admiración, y eso me desarmó más que cualquier amenaza velada. —Tiene una opinión demasiado elevada de mí, señor Turner.

—Quizás —concedió—. O quizás simplemente he presenciado suficiente traición en este mundo como para reconocer la verdadera fortaleza cuando la veo.

Me pregunté qué era lo que realmente buscaba. Nicholas lo había prohibido en la casa después de nuestra cena con él y Sophia porque me había dado escalofríos con sus continuos intentos de llevarme a su barco. ¿Era esta la única forma en que podía hablarme de nuevo?

Riccardo se volvió para mirarme y lo despedí con un gesto. Ahora que Antonio Bianchi estaba en coma inducido médicamente, Nicholas había aflojado la seguridad, pero sabía que Riccardo continuaría vigilándonos desde la distancia.

¿Estaba Sam simplemente halagando mi ego, o veía algo en mí que incluso yo no lograba reconocer? Un suave suspiro escapó de mis labios mientras volvía a mirar la lápida. —La muerte de Vincenzo... Es otro recordatorio de que siempre estamos a un paso del abismo.

—Cierto, pero también significa que está un paso más cerca de liberarse —dijo, su tono suave pero firme—. Su inteligencia, Liliana, su capacidad para navegar este mundo traicionero... Tiene el poder de cambiar su destino.

—¿Es eso lo que cree? ¿Y qué le hace pensar que quiero cambiar mi vida? —pregunté, sin saber si debía sentirme halagada o asustada por las implicaciones.

—No puedo imaginar que ninguna mujer en su posición quiera quedarse —dijo, sus ojos sosteniendo los míos con una intensidad que me hizo estremecer—. Y no tengo duda de que, dada la oportunidad, podría forjar una vida mejor para usted y para aquellos que ama.

El viento aullaba a nuestro alrededor, como si lamentara la pérdida de inocencia que venía con cada vida arrebatada en nuestro brutal mundo. Por un momento, me permití contemplar la posibilidad de escapar. Pero incluso mientras anhelaba la libertad, sabía que las cadenas que me ataban no se rompían fácilmente.

—Gracias, señor Turner —dije, apartándome para ocultar la vulnerabilidad en mis ojos—. Pero amo a mi esposo.

—Estoy seguro de que lo hace, pero ¿podrá pasar toda su vida bajo su control? ¿No anhela la libertad? —preguntó.

—Soy libre de hacer lo que deseo —respondí.

—¿Era libre cuando le prohibió visitar a su prima el mes pasado, alegando que era por su propia seguridad?

—Sus razones parecían válidas en ese momento... —me interrumpí, incapaz de negar la verdad en las palabras de Turner.

—Tal vez lo fueran —concedió, su tono cargado de simpatía—. Pero usted merece más que una vida pasada en el miedo, constantemente mirando por encima del hombro, preguntándose cuándo caerá el próximo golpe, sobre él o sobre usted.

Mientras Turner estudiaba mi rostro, buscando un atisbo de indecisión, vi el reflejo de mi propio tormento reflejado en sus ojos. Una sola gota de lluvia rodó por su mejilla, imitando el camino de una lágrima.

—Escúcheme, Liliana —imploró, su voz baja pero urgente—. No tiene que vivir así. Puedo ayudarla. Soy detective de policía.

La fría realización de la verdad mordió mi piel expuesta: Sam Turner, el hombre con quien mi querida amiga Sophia había estado saliendo, era de la policía. Mi mente corría, el miedo y la ira se entrelazaban en un nudo hirviente.

—¿Estás loco? ¿Crees que traicionaría a mi marido? —escupí, con la voz baja mientras luchaba por contener mi furia—. Hablas de mi seguridad, pero Sophia tiene menos probabilidades de sufrir abusos casándose con la mafia que contigo. El cuarenta por ciento de las esposas de policías denuncian violencia doméstica, ¿cuántas más no dicen ni una palabra?

Los ojos de Turner brillaron de indignación, pero se mantuvo firme, con la mandíbula apretada.

—Eso no es relevante, Liliana. Lo que importa es que puedo protegerla si decide dejar esta vida atrás. Podemos darle un nuevo comienzo, lejos de toda esta oscuridad y violencia.

Una risa amarga escapó de mis labios, el sonido crudo y hueco.

—¿Cómo? ¿Arrojándome a otro mundo de brutalidad? ¿O despojándome de todo lo que amo de mi vida? No, gracias.

—Por favor —interrumpió, con los ojos suplicantes—. Solo piénselo. No tiene que decidir ahora. Pero sepa que estoy aquí para ayudar si decide aceptarlo.

Sus palabras resonaron en mí como el tañido de una campana fúnebre, su peso pesado y opresivo. Lo miré fijamente, atrapada en el torbellino de mis propios pensamientos.

—Nunca —dije, con la voz apenas audible sobre la lluvia.

—Entendido —dijo, con la mirada fija en la mía mientras la gravedad de nuestra

conversación se asentaba entre nosotros.

Mientras me alejaba, mi corazón se sentía tan pesado como la tierra empapada de lluvia bajo mis pies. Sabía que la elección que había hecho reverberaría en mi vida, sus consecuencias extendiéndose como las gotas de lluvia que salpicaban en los charcos a mi alrededor.

La lluvia había cesado cuando regresamos a casa, pero la fría humedad se aferraba a mi piel como un espectro, un recordatorio estremecedor de la tormenta que rugía dentro de mí.

James nos abrió la puerta.

—Señor y señora Romano, han vuelto. Permítanme ayudarles con sus cosas mojadas.

—Gracias, James —La puerta se cerró tras de mí, sellando los últimos vestigios del mundo exterior.

—¿Desean algo de la cocina? —nos preguntó James.

Nicholas me besó en la mejilla.

—Tengo trabajo que hacer, así que te veré más tarde esta noche —Se marchó, sabiendo que James le llevaría la cena.

—No, gracias, creo que me retiraré a mi habitación por esta noche —le dije a James. Necesitaba tiempo para pensar y decidir qué decirle a Sophia.

—Muy bien, señora Romano —Su voz era suave, teñida de preocupación, y por un momento fugaz, deseé poder compartir mi carga con él.

Una vez dentro de mi santuario, cerré la puerta y me apoyé contra ella, sintiendo la dura madera presionar mi columna como si intentara expulsar el veneno que corría por mis venas.

—¿Qué debo hacer? —susurré al vacío a mi alrededor, mi aliento empañando el espejo biselado que colgaba en la pared.

Alcancé mi teléfono y marqué el número de Sophia.

—Sophia —dije, con la voz tensa por la urgencia—. Necesitamos hablar.

—¿Hola? —Su voz era cálida, impregnada de preocupación—. Liliana, ¿está todo bien? Suenas alterada.

—Perdóname por llamar tan tarde —dije, con la voz quebrada—. Pero necesitamos hablar. Tu novio no es quien crees que es.

—¿Qué quieres decir? ¿Sam? Me ha llevado a su oficina. Hace un aburrido trabajo de importación y exportación que no me interesa en absoluto.

Fruncí el ceño.

—No, cariño. Está con la policía. Te está usando para llegar a mí y a Nicholas.

—¿Qué? ¡Eso es una locura!

—Sé que suena descabellado, pero vino al funeral de Vincenzo y esperó para hablar conmigo a solas. Cree que Nicholas ha infringido la ley y quería que le diera información.

—¿Mi Sam? ¿El tipo al que ni siquiera le gusta ver películas de acción? Eso no puede ser cierto.

—Lo es, cariño, y creo que deberías romper con él. Te mereces alguien que sea honesto contigo —Mi hipocresía me dolió, pero no podía evitarse. Mi madre insistió en que tuviera amigos de familias ajenas a la mafia, y Sophia y yo habíamos sido amigas desde preescolar. No podía decirle décadas después que mi padre, y ahora mi marido, estaban en la mafia.

Sophia sorbió por la nariz y me sentí mal por hacerla llorar.

—Realmente pensé que él podría ser el indicado. Nunca voy a encontrar lo que tú y Nicholas tienen, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Escucha, ¿por qué no vienes mañana y hacemos algo divertido para que te distraigas?

—De acuerdo. Y ahora mismo le estoy enviando un mensaje para decirle que sé quién es realmente y que nunca quiero volver a verlo.

Sonreí.

—Bien. Asegúrate de bloquearlo justo después para que no pueda molestarte más —Y para que no pueda revelar ninguno de mis secretos.

Capítulo 17

Nicholas

Cerré de un portazo la puerta del dormitorio, el sonido haciendo eco de mi furia. Las paredes parecían cerrarse sobre mí, asfixiándome con el hedor de mentiras y traición.

—Liliana, ¿qué me estás ocultando? Necesito saberlo todo, ahora.

—Nicholas... Yo... —Vaciló, sus ojos desviándose hacia el teléfono como si este tuviera respuestas para ella.

—Riccardo me dijo que estabas hablando con un hombre. ¿Quién era? —Mi voz retumbó, haciéndola estremecerse.

—Nadie, solo era Sam Turner. No estarás celoso del novio de Sophia, ¿verdad?

Riccardo ya me había dicho con quién había estado hablando. Me alivió que dijera la verdad. Era hija de la Mafia, debería saber que no se le permitía hablar con hombres por su cuenta. —¿Y qué quería? ¿No le bastaba con tener a Sophia, también quería a mi esposa?

Miró su teléfono de nuevo. —No, al menos no de esa manera. Pensé que quería hablar de Sophia, pero no fue así. Turner es policía y Sophia no lo sabía.

Me quedé helado. ¿Un policía? ¿Hasta dónde había llegado este engaño? —¿Cómo pudiste ocultarme esto?

—No lo supe hasta que me lo dijo hoy. Se lo conté a Sophia en cuanto llegamos a casa para que tuviera la oportunidad de romper con él primero. Planeaba decírtelo en cuanto vinieras a la cama. —La voz de Liliana temblaba, pero había una silenciosa fuerza bajo su miedo.

—¡Maldita sea, Liliana! ¡Tu silencio podría habernos costado todo! —La ira hervía dentro de mí, nublando mi visión con tonos rojizos.

—Quería proteger a Sophia. Ha sido mi única amiga verdadera y tenía que asegurarme de que estuviera bien primero —dijo, con lágrimas corriendo por su rostro.

Cada error conllevaba consecuencias, algunas más fatales que otras. El peso de la responsabilidad me agobiaba, amenazando con aplastar cada vestigio de esperanza de que el amor aún persistiera entre nosotros.

—¿Sabía él sobre nuestra familia? —Mis palabras eran gélidas, destilando veneno.

—Sí. Quería que me fuera con él. Él...

Le agarré la muñeca. —¿Por qué pensaría que lo harías? ¿Por qué cualquier hombre pensaría que me dejarías por él?

Las lágrimas rodaban por sus mejillas. —Hubieras visto cómo me miraba. No me quiere para nada más que por lo que sé de ti. Por supuesto que le dije que no me iría y volví directamente a la iglesia en cuanto supe lo que quería. Nicholas, por favor... —Se quedó de pie, temblando y vulnerable, su voz apenas un susurro.

—¿Por favor qué? —gruñí, mis dedos apretando el cinturón en mis manos. El cuero crujió, reflejando la tensión que se enroscaba dentro de mí como una serpiente lista para atacar.

—Por favor, no te enfades —suplicó mientras sus ojos iban del cinturón a mi rostro, una mezcla de miedo y algo más —¿anticipación?— parpadeando en ellos.

—¿Enfadado? ¿Crees que solo estoy enfadado? —Mantuve mi voz baja y amenazante—. Fuiste descuidada, insensata y casi me traicionaste, Liliana. Esto es más que enfado. Es furia.

—¡No traicioné nada, lo juro! —Su voz se quebró, las lágrimas acumulándose en sus profundos ojos marrones antes de derramarse por sus mejillas.

—¿Qué te preguntó?

—Nada sobre ti. Quería alejarme primero, luego estoy segura de que preguntaría por ti. Mírame, Nicholas. —Se acercó, con la barbilla levantada desafiante a pesar de su rostro surcado de lágrimas. Había un fuego en sus ojos que se negaba a extinguirse. De nuevo sus ojos se desviaron hacia mi cinturón—. No dije nada, pero aceptaré cualquier castigo que creas que merezco.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunté, levantando el cinturón.

—Tal vez es lo que merezco —dijo, su mirada sin apartarse de la mía. Se lamió los labios con anticipación. Como atraída por un imán, mi mirada siguió el recorrido de su lengua, consciente de un calor creciente dentro de mí que quemaba a través de la ira y el dolor.

—Basta. —La palabra cayó de mis labios, pesada y definitiva. Pude ver la sorpresa brillar en los ojos de Liliana, su anticipación momentáneamente sofocada. Arrojé el cinturón sobre la cama, su suave golpe resonando con el peso de mi decepción—. No te mereces esto.

—Nicholas, yo...

—Tu castigo no vendrá de ese cinturón, Liliana. —Mis palabras quedaron suspendidas en el aire, la oscuridad en mi tono enviando escalofríos por su espalda—. Esta noche, vas a servirme. Y no encontrarás liberación hasta que yo lo diga.

—Sí, Nicholas. —Asintió, sus ojos grandes pero resueltos.

—Bien. —Cerré la distancia entre nosotros, mis labios chocando contra los suyos en un beso brutal. Su cuerpo respondió, amoldándose al mío mientras nuestras bocas danzaban en el ritmo primario del deseo. Mis manos recorrieron su cuerpo, reclamando cada centímetro de su piel como mi propio territorio.

—Dejemos algo claro —exigí—. Turner está fuera de límites. Todos los hombres están fuera de límites. Ningún hombre excepto yo volverá a tocarte jamás.

—Solo tú —jadeó ella en acuerdo, sus dedos clavándose en mi espalda, instándome a acercarme más.

—Así es —gruñí, mordiendo su cuello lo suficiente para arrancarle un gemido de dolor mezclado con placer. Cada movimiento era calculado, deliberado, asegurándome de que sintiera toda la fuerza de mi autoridad.

—Quítate la ropa, luego quítame la mía —ordené.

—Sí, Nicholas.

Se desnudó y luego comenzó a desabotonar mi camisa. Mientras lo hacía, le pellizqué los pezones, complacido por el jadeo que dejó escapar.

Arrojó mi ropa junto a la suya y me miró a los ojos.

—De rodillas —dije. Agarré la parte posterior de su cabeza y empujé la punta de mi polla en su boca. Ella pasó su lengua alrededor de mi punta y gemí. No tenía paciencia para los juegos previos y la forcé a tomarme por completo. Gimió y trató de mover su cabeza hacia atrás, pero la mantuve quieta. Me retiré, dándole un momento de respiro.

Sus dedos se clavaron en mi trasero y me empujaron hacia adelante. —Eso es, cara mía. Tómame entero.

Su boca se sentía tan condenadamente bien y la combinación de su angustia y deseo de acercarme más me llevó al límite. No le advertí antes de correrme. Se atragantó, pero mantuve su

cabeza en su lugar hasta que terminé. Su cuerpo se desplomó lejos de mí y cerró los ojos con fuerza, pero las lágrimas aún se deslizaban por su rostro.

—Levántate, aún no he terminado contigo.

Se limpió las lágrimas de la cara y se puso de pie. Su maquillaje estaba arruinado, pero no me importaba.

—Dime cuánto te encantó que te follara la boca.

Ella bajó la mirada. —Yo... no me gustó. Fuiste demasiado brusco.

Extendí la mano y levanté su barbilla. —No —gruñí—. Dime cuánto te encantó.

—Dijiste que no habría más mentiras entre nosotros —susurró.

Me reí. —No es una mentira. Si no te hubiera encantado cómo metí mi polla entre esos bonitos labios tuyos, tus manos no habrían estado en mi trasero, forzándola más profundo. Ahora dime cómo te encantó.

Sus ojos brillaron con desafío. De nuevo. —Me encantó saber que podía hacerte parar con solo una mordida. Me encantó saber que mi castigo te excitaba. —Se acercó más a mí—. Me encanta saber cuánto poder tengo sobre ti, esposo mío.

Ya veríamos eso. —Sírreme un whisky.

Me entregó la bebida y no me molesté en saborearla. —Ahora ve a la cama. Aún no he terminado contigo.

Sus labios se curvaron mientras seguía mi orden. La dejé allí mientras me servía otra copa. Saboreé esta, mirando a mi esposa. Cuando acepté casarme con ella, pensé que era solo otra mujer de voluntad débil. Pensé que tendríamos algunos hijos y luego la ignoraría y continuaría con mi vida como antes. Nunca pensé que me cautivaría, que la anhelaría cuando estuviera lejos, o que mis pensamientos estarían dominados por ella.

Pasé mi mano por su muslo y me detuve cuando sentí sus jugos. Arquee una ceja hacia ella. —Y dijiste que no te gustaba chuparme.

Me subí encima de ella y besé sus labios, abriéndolos con mi lengua. Mientras se relajaba, le mordí el labio inferior y saboreé el grito de dolor que dejó escapar.

Ella inclinó sus caderas para tomar mi polla dentro de ella. —Te necesito —gimió.

Yo también la necesitaba. Necesitaba llenarla, hacerla gemir mi nombre y aferrarse por su vida mientras la hacía correrse una y otra vez.

Pero no. Primero venía el castigo. —Aún no.

Besé su cuerpo hacia abajo hasta llegar a su coño. Ella jadeó cuando separé sus pliegues con mi lengua. —¿Cuáles son las reglas? —pregunté.

—No... no liberación —jadeó.

Provoqué su clítoris con la punta de mi lengua, retrocediendo cada vez que empezaba a disfrutarlo demasiado. Sus gemidos me volvían loco y ya no pude soportarlo más.

Nuestros cuerpos colisionaron con fuerza brutal, la habitación resonando con nuestras respiraciones pesadas y el sonido de carne contra carne.

—Nicholas —gritó ella, su voz quebrándose con anhelo y frustración. Podía sentir el orgasmo creciendo dentro de ella, la desesperada necesidad de alivio era una fuerza a tener en cuenta.

—Control —gruñí en su oído, mi propio autocontrol puesto a prueba hasta sus límites por su exquisito tormento—. Eres mía. —Con una última embestida, encontré mi propio alivio, la cruda intensidad sacudiéndome hasta la médula.

—Por favor —la súplica de Liliana estaba cargada de lágrimas mientras luchaba contra la ola de deseo que amenazaba con consumirla.

—Paciencia —dije—, casi hemos terminado.

Su cuerpo temblaba con el esfuerzo de obedecer mi orden. Se acercó más a mí, buscando alivio del tormento que le infligía.

—Por favor, Nicholas —suplicó, con desesperación impregnando su voz.

—¿Te dije que podías? —gruñí, mi mano agarrando su cadera, impidiéndole que se frotara contra mi muslo. Nuestras miradas se encontraron, y por un momento, la fulminé con la mirada hasta que ella cedió.

—Lo siento —dijo ahogadamente, sus ojos marrones oscuros nadando en una mezcla de sumisión y genuino remordimiento. La estudié, la vulnerabilidad en su mirada tirando de algo dentro de mí.

—Arrodíllate frente a mí.

Liliana se incorporó y se arrodilló en la cama. Una mano se desvió hacia su muslo y comenzó a acariciarlo.

—Para, o te ataré las manos a la espalda.

Ella puso las manos detrás de su espalda. —Nicholas —comenzó vacilante—, nunca quise que...

—Basta —mi voz era fría, como el acero, cortando su explicación—. Deberías haberme contado sobre Turner inmediatamente.

—No era... —Tragó con dificultad, su pecho agitándose—. Ahora lo veo.

—La confianza lo es todo, Liliana —dije, mi ira burbujeando justo bajo la superficie—. ¿Cuándo lo entenderás?

—Lo entiendo ahora. Nunca te decepcionaré de nuevo —la voz de Liliana tembló, quebrándose bajo la tensión de sus emociones—. Por favor, Nicholas.

Sus palabras eran una súplica, un grito desesperado por absolución. Podía sentir mi miembro endurecerse ante la vista de su sumisión, esta mujer que había sido un pilar de fuerza y desafío ahora humillada ante mí. Era embriagador: la cruda vulnerabilidad en exhibición, la profundidad de su remordimiento, la sinceridad en sus ojos oscuros.

—Mírate —mi voz estaba impregnada de una mezcla de desprecio y deseo, las emociones conflictivas surgiendo a través de mí como una marea amenazando con ahogar toda razón—. Tan desesperada por el perdón.

—S-sí —su respiración se entrecortó, su pecho agitándose con cada exhalación temblorosa—. Lo... lo necesito.

—Dime por qué —la exigencia quedó suspendida pesadamente en el aire, un desafío que sabía pondría a prueba su determinación.

—Porque... sin tu confianza, no somos nada. No podemos sobrevivir así.

—¿Eso es todo? —Mi excitación se intensificó, alimentada por el conocimiento de que bajo la superficie de su súplica yacía un hambre por algo más que solo perdón, un hambre que reflejaba la mía propia.

—Nicholas... por favor. No quiero perderte —su voz se quebró, la emoción cruda en sus palabras prueba de la ferviente desesperación que la invadía.

La visión de Liliana arrodillada allí, su rostro surcado de lágrimas una máscara de angustia y anhelo, despertó algo primario dentro de mí. Mi agarre se apretó alrededor de las sábanas, los nudillos volviéndose blancos mientras luchaba por controlar el impulso de reclamarla de nuevo.

—Nicholas, te lo suplico. Muéstrame misericordia.

—Misericordia... —repetí la palabra, saboreándola en mi lengua, deleitándome con el poder que venía con decidir el destino de la mujer que tan desesperadamente amaba y deseaba—. Muy bien.

—Acuéstate —ella vaciló por un momento, luego se recostó lentamente, sus movimientos deliberados y graciosos.

—Que esto sea una lección para ti, Liliana —murmuré—. La confianza lo es todo en nuestro mundo. Si no podemos confiar el uno en el otro, no somos nada.

—Sí, Nicholas —su voz tembló con una mezcla de miedo y anticipación, haciendo eco de mis propias emociones conflictivas.

Mis manos recorrieron el paisaje de su cuerpo, trazando caminos alimentados por el deseo a través de su piel. Me incliné, mis labios encontrando su lugar más sensible e íntimo, y comencé a saborearla, deleitándome con el sabor dulce y ácido que era únicamente suyo.

—Nicholas... —jadeó, sus dedos agarrando las sábanas mientras el placer recorría su cuerpo. Continué mi exploración implacable, empujándola cada vez más cerca del límite hasta que ya no pudo contenerse.

—Déjate ir, Liliana —susurré contra su carne temblorosa, otorgándole permiso para liberar el deseo contenido en su interior—. Tu castigo ha terminado.

Y mientras se deshacía bajo mí, su cuerpo sacudido por olas de éxtasis, se sintió como si finalmente nos hubiéramos vuelto uno. Introduje mi miembro en su húmedo sexo para reclamarla una vez más. Ella gritó y arañó mi espalda, el dolor impulsándome a penetrar más profundamente dentro de ella. Tomé a mi esposa, reclamándola con mi miembro mientras la embestía cada vez más fuerte. Su sexo se apretó a mi alrededor mientras ella gruñía y me dejó ir, gritando su nombre una y otra vez.

Exhaustos, yacimos entrelazados entre las sábanas enredadas, nuestros cuerpos sudorosos evidencia de la tempestad que había rugido entre nosotros.

—Nicholas —dijo ella después de que hubiéramos vuelto a nuestros cuerpos.

Me giré para mirarla. —Sí, cara mia.

—Prometo que nunca más te ocultaré nada. Ni siquiera por un momento.

Sonreí y besé su frente. —Buena chica. Y yo prometo encontrar más razones para castigarte.

Ella bostezó y cerró los ojos. —Tal vez mañana.

Capítulo 18

Nicholas

—Último asunto, Francesca Conti ha vuelto a la ciudad —me informó Marco desde el otro lado de mi escritorio, sus ojos revelando una mezcla de preocupación y curiosidad.

Mi pasado con Francesca era como una cicatriz que nunca terminaba de sanar. Las complicaciones, la pasión cruda que compartimos... nada de eso importaba ahora. Liliana era diez veces mejor mujer de lo que Francesca podría aspirar a ser.

—¿Ah, sí? —Mi corazón se aceleró, pero mantuve la voz firme. Ella siempre había sido un comodín, y eso la hacía peligrosa. Se alimentaba del caos y no le importaba el daño que dejaba a su paso.

—Se dice que ha estado coqueteando con todos los hombres que encuentra —Marco hizo una pausa, con una sonrisa irónica en su rostro—. Al parecer, incluso le ha tomado gusto a Turner.

—¿Tienes a alguien vigilándola? —pregunté.

Marco asintió. —Sí, pero hay un problema. Está aquí e insiste en hablar contigo.

No quería hablar con ella, pero cuanto antes lo hiciera, antes podría olvidarme de ella de nuevo. —Hazla pasar.

—¿Estás seguro de eso, jefe?

—Completamente.

La puerta se abrió, revelando a Francesca en todo su esplendor sensual: cabello negro azabache cayendo sobre sus hombros, labios carmesí curvados en una sonrisa astuta. Sus ojos se clavaron en los míos, un desafío brillando bajo la superficie.

—Nicholas, querido, ha pasado mucho tiempo —Francesca Conti entró en mi oficina, su figura esbelta serpenteando por la habitación con la gracia de un depredador. Cada movimiento era una seducción calculada, un arma forjada a partir de años de engaño y manipulación. Se acercó a mi escritorio, sus dedos recorriendo la superficie de caoba, trazando líneas invisibles que amenazaban con fracturar los cimientos de mi vida.

—Francesca, ¿qué te trae por aquí?

—¿Acaso una vieja amiga no puede hacer una visita? Además, ahora eres un hombre casado, fuera de límites —Su mirada se posó en Marco, desdeñosamente—. Puedes dejarnos, ¿verdad?

—Por supuesto, señorita Conti —Marco se marchó sin decir una palabra más, cerrando la puerta tras de sí.

—Felicidades por tu matrimonio —ronroneó, acercándose más—. Estoy segura de que Liliana es una mujer afortunada.

—Patrañas. ¿Por qué estás realmente aquí?

—Tal vez te echaba de menos —Trazó con un dedo mi mandíbula, su toque enviando escalofríos por mi columna—. O tal vez no estás fuera de límites y es hora de que retomemos donde lo dejamos.

—Francesca, sabes que eso no va a suceder —Aparté su mano de mi rostro, luchando por mantener el control sobre los deseos conflictivos dentro de mí.

—Pero podría. No me digas que no lo has pensado —Se inclinó más cerca, su perfume intoxicante y familiar.

—Sal de mi oficina y de mi casa —Mi determinación flaqueó, pero se mantuvo firme.

—Qué crueldad —ronroneó—. Pero recuerda, Nicholas, conozco tus secretos. Y puedo asegurarme de que todos los demás también los conozcan.

—¿Eso es una amenaza?

—Solías adorar cuando estaba así de cerca —Su voz, un susurro seductor que se entrelazaba con los recuerdos de nuestro pasado, amenazaba con atraparme una vez más. Dejó caer su mano sobre mi regazo, buscando mi miembro.

—Las cosas han cambiado —respondí, cada palabra un ancla pesada que me ataba al aquí y ahora, a Liliana, la única mujer que alguna vez me había cautivado.

—¿En serio? —El aliento de Francesca bailó sobre mi piel, encendiendo brasas de deseo dormidas desde hace mucho. Mi cuerpo me traicionó, músculos tensos, mandíbula apretada y corazón acelerado mientras luchaba contra la atracción de su encanto.

—Mírame a los ojos y dime que ya no me deseas —me desafió, su mirada fijándose en la mía con una intensidad inquebrantable.

En ese momento, entró Liliana, sus profundos ojos marrones captando el intento de seducción de Francesca. El silencio se extendió ante nosotros, cargado de palabras no dichas y miradas clandestinas.

—Nicholas... —dijo Liliana, con la voz temblorosa, como una hoja atrapada en una tormenta.

—Esto no es lo que parece. —Esperaba que me diera un minuto para explicar, pero el dolor en sus ojos ya había comenzado a infectarse, amenazando con tragarse cualquier esperanza de redención.

—¡Aléjate de mi marido! —La voz de Liliana restalló como un látigo, rompiendo el tenso silencio. Con un movimiento rápido y fluido, agarró una estatua de mármol de la repisa y la arrojó contra Francesca.

El impacto fue brutal, el sonido de la estatua golpeando el hombro de Francesca resonó por toda la habitación. Francesca se desplomó en el suelo mientras dejaba escapar un grito gutural de dolor.

Marco entró precipitadamente, atónito ante la visión de Francesca, quien de alguna manera no había quitado su mano de mi verga.

—Quitad esta porquería de mi vista. —La orden de Liliana fue fría, inflexible, y mis hombres se pusieron en acción. Lucharon por contener a Francesca, quien se retorció y gritaba, arañando sus brazos como un animal salvaje.

—¡Maldito seas, Nicholas! ¡Te arrepentirás de esto! —chilló Francesca mientras la arrastraban, sus amenazas resonando ominosamente por toda la casa. Yo estaba desgarrado entre emociones conflictivas, cada una más potente que la anterior.

—Cara mia, puedo explicarlo.

Me levanté para correr a su lado, pero ella extendió su mano, indicándome que me detuviera.

—¿Explicar qué? ¿Que todavía anhelas su toque? ¿Que no puedes resistirte a ella? —Sus palabras eran un diluvio de angustia que ahogó los últimos vestigios de mi autocontrol.

—Por supuesto que no. No esperaba...

—¿No esperabas que os viera juntos? ¿Cuánto tiempo más habría pasado antes de que te quitaras los pantalones? Ahórrate tus excusas, Nicholas. No cambiarán nada. —Con esas últimas palabras, Liliana me dio la espalda.

Me senté de nuevo en mi escritorio y llamé a mi secretaria, Susanna.

La puerta se abrió. —¿Jefe? —preguntó Susanna en voz baja. Había sido la secretaria de mi padre y probablemente sabía más sobre el negocio que casi cualquier otra persona. Se estaba acercando peligrosamente a la edad de jubilación y no sabía qué haría sin ella.

—Café, luego que George llame para avisarme que Liliana está bien. Después necesito hablar con Marco.

—Me ocuparé de todo, pero primero necesitas ir tras la señora Romano.

Ninguno de mis hombres me hablaba así, ni siquiera Riccardo. Pero cuarenta y cinco años de servicio a la familia le habían otorgado a Susanna mucha libertad. Además, nunca se equivocaba, y había aprendido a confiar en su juicio.

—Sé que debería, pero tendrá que esperar hasta esta noche. Los médicos de Bianchi dicen que lo van a despertar en los próximos días y necesitamos estar preparados.

Susanna no dijo nada mientras cerraba la puerta de mi oficina.

Marco entró cinco minutos después con mi taza de café. —Mujeres —dijo con disgusto.

Hizo ademán de sentarse de nuevo en la silla que había ocupado antes de que llegara Francesca. —No te sientes.

Marco se paró frente a mi escritorio en posición de descanso. Era demasiado experimentado para parecer nervioso, pero debería haber estado aterrorizado. —¿Cómo pudiste dejar entrar a Liliana aquí? Deberías haber sido más cuidadoso.

Parecía aturdido. —¿Qué? Yo no la dejé entrar, jefe. Hice algo con la cafetera y Susanna me obligó a limpiarlo. Juro que solo me alejé por un segundo.

Cerré los ojos y me froté las sienes. —Tenemos personal. Tú no haces el café. Ni siquiera sabes hacer café.

Abrí los ojos y lo miré fijamente. —Pero ahora vas a aprender. Trabajarás con Susanna toda la semana, aprendiendo a hacer café y fotocopias, y cualquier otra cosa que ella quiera que hagas. ¿Entendido?

Parecía furioso, pero asintió.

—Y no le causes ni un instante de problemas. Puede que pienses que estás arriba en esta organización, pero nadie está por encima de ella excepto yo. Le mostrarás el debido respeto en todo momento. Empieza mañana, no puedo soportar verte ahora mismo.

Marco se fue sin decir una palabra. Me quedaba una reunión más y luego podría ir a arreglar las cosas con Liliana.

Capítulo 19

Liliana

Cerré de un portazo la puerta de la oficina de Nicholas, mi ira tan palpable que parecía oscurecer la habitación. George, mi guardaespaldas, se tensó a mi lado, anticipando la furia que estaba a punto de estallar. —Los hombres —escupí, mi resentimiento no solo dirigido a él sino a toda la humanidad—, todos son inútiles.

Sin decir una palabra más, irrumpí en mi oficina, desesperada por el santuario que normalmente me proporcionaba. Pero hoy no habría consuelo. En el momento en que me senté, intentando sumergirme en el trabajo, cada línea que leía parecía reflejar las líneas de traición grabadas en el rostro de Nicholas anteriormente. Sus palabras mentirosas resonaban en mi mente, y no podía sacudirme la imagen de él con Francesca.

—¡Maldita sea! —murmuré, agarrando mi bolígrafo con tanta fuerza que se partió por la mitad. La tinta se salpicó por todo mi escritorio, un cruel recordatorio de la mancha que sus acciones habían dejado en nuestra relación. La frustración me invadió y dejé escapar un grito gutural, el sonido rasgando el silencio como una cuchilla.

—Señora —George dudó en la puerta, con preocupación en su rostro—, ¿necesita algo?

—Déjeme sola —gruñí, sin apartar la mirada de los papeles frente a mí. Se retiró en silencio, dándome el espacio que necesitaba, aunque no hizo nada para aliviar el tumulto en mi interior.

Mientras los minutos se convertían en horas, intenté trabajar en la nueva novela que estaba traduciendo al italiano, pero era una tarea imposible. Mis pensamientos eran un torbellino de rabia y dolor, consumiéndome por completo. No podía escapar de la sensación corrosiva de que todo lo que había construido con Nicholas se estaba desmoronando a mi alrededor.

Dos horas de soledad no habían hecho nada para aplacar la tormenta que se gestaba dentro de mí. Las sombras se extendían por mi oficina, reflejando la oscuridad que amenazaba con consumirme. El sonido de la puerta principal abriéndose me provocó un escalofrío en la espalda; Nicholas había regresado y venía directamente a mi oficina.

—Liliana, por favor, déjame explicarte —imploró Nicholas, sus ojos un mar de arrepentimiento. Pero todo lo que podía ver era la imagen de la mano de Francesca sobre su pene erecto.

—¿Explicar? —escupí, la palabra amarga en mi lengua—. ¿Esperas que te escuche después de lo que vi? ¿Esa mujer estaba a cinco segundos de desnudarse y quieres que lo entienda?

Sus fuertes manos temblaban mientras intentaban alcanzar las mías. Pero me aparté, el contacto que una vez anhelé ahora se sentía arruinado.

—Bien —siseé, mi furia desbordándose—. ¿Quieres hacer las paces? ¿Quieres que te escuche? Entonces discúlpate. Suplica mi perdón.

—No fue así —intentó defenderse, pero lo interrumpí con un gesto brusco.

—Discúlpate —dije, con tono gélido—. ¡Ponte de rodillas y demuéstreme que vales

aunque sea una pizca de mi misericordia!

Por un momento, el hombre que creía conocer pareció desmoronarse bajo el peso de mi ira.

Sin decir palabra, se hundió en el suelo ante mí. Su angustia era evidente, sin embargo, una retorcida satisfacción se abrió paso en mi interior.

—Por favor, Liliana, ten piedad —suplicó, con lágrimas corriendo por sus mejillas. La visión de él roto y vulnerable debería haber sido suficiente, pero no lo era.

—Tu disculpa no significa nada para mí —dije, con veneno helado impregnando mis palabras—. Hasta que Francesca desaparezca de nuestras vidas, no encontrarás perdón aquí.

—Por favor, Liliana —imploró, con desesperación empapando cada sílaba—. Te juro que no es lo que piensas.

—Vete —le dije, con voz vacía—. Déjame en paz.

Se levantó y caminó hacia la puerta. —Ella estará fuera del país en un día.

—Bien —fue todo lo que dije mientras cerraba la puerta tras de sí.

Capítulo 20

Liliana

Di un sorbo a mi copa de vino tinto mientras el aroma a ajo y albahaca cosquilleaba mis sentidos. Me encantaba venir a Trattoria da Vittorio, mi restaurante italiano favorito, escondido en un rincón tranquilo de la ciudad. La calidez familiar me envolvía como el abrazo de una vieja amistad.

Nicholas no se atrevió a decirme que no podía salir. Sin embargo, llevé a George conmigo, solo para estar segura.

—¿Todo es de su agrado, signora? —La voz del camarero interrumpió mis pensamientos.

—Por supuesto —respondí, forzando una sonrisa—. Como siempre.

—Hágame saber si necesita algo más. —Asintió, dejándome sola con mis emociones arremolinadas.

Nicholas y su incapacidad para cumplir su palabra me pesaban enormemente. ¿Cómo podía permitir que Francesca permaneciera en la ciudad? Habían pasado tres días y no le había dirigido la palabra, encerrándome en una habitación de invitados cada noche. Él sabía que era mejor no intentar unirse a mí.

La puerta de la cocina se abrió de golpe y apareció el detective Turner, sosteniendo un grueso expediente. Su expresión era de determinación, con los ojos fijos en mí mientras cruzaba la sala con paso decidido.

—¿Le importa si me uno a usted?

—No. —Miré por la ventana del restaurante, tratando de llamar la atención de George, pero él no me estaba mirando.

Le había prometido a Nicholas que nunca volvería a hablar con el detective Turner, pero ¿qué podía hacer aquí? No le estaba hablando a mi marido y en este momento no sentía que le debiera ni un ápice de lealtad.

—Supongo que no podría impedirselo. —Señalé la silla vacía frente a mí, mi apetito disipándose mientras me preparaba para lo que vendría.

—Gracias. —Se sentó, colocando el expediente entre nosotros.

El grueso y pesado expediente se cernía ante mí. Lo miré fijamente, con una sensación de presagio y temor apoderándose de mí.

—Liliana, lo que estoy a punto de mostrarle no es fácil de compartir, pero creo que usted merece saber la verdad.

—¿La verdad sobre qué? —Mi voz tembló ligeramente mientras mi mente recorría los posibles horrores ocultos dentro del expediente.

—La muerte de su madre.

Mi mano se congeló en el aire, agarrando el tenedor con fuerza mientras los recuerdos de su repentina y trágica muerte volvían a mí. —¿Qué quiere decir? Fue un accidente, ¿no?

—Véalo usted misma.

Con manos temblorosas, alcancé el expediente y lo abrí. Imágenes del cuerpo sin vida de

mi madre llenaban las páginas, junto con documentos y declaraciones de testigos que pintaban un cuadro siniestro.

Las fotografías, documentos y declaraciones de testigos parecían gritarme, cada una más condenatoria que la anterior. Mi visión se nubló mientras las lágrimas amenazaban con derramarse, pero me negué a dejarlas caer. ¿Cómo podía ser esto cierto?

—¿Quién le dio este expediente? —La pregunta escapó de mis labios antes de que pudiera contenerla.

—Alguien que quería que usted supiera la verdad —respondió Turner, con un tono sombrío—. Mire más de cerca al hombre que está junto al cuerpo de su madre.

Entrecerré los ojos mirando la fotografía, tratando de relacionar los rostros de estos hombres jóvenes con los hombres mayores que conocía ahora. Y ahí estaba: el padre de Nicholas, su rostro una máscara de fría indiferencia mientras miraba el cadáver de mi madre. No podía creer lo que estaba viendo. ¿Cómo podía ser esto posible?

—Imposible —susurré, con la voz temblorosa.

—Siga leyendo —Turner me instó a continuar—. Hay más.

Mientras avanzaba por el resto del expediente, encontré documento tras documento, cada uno más condenatorio que el anterior. Declaraciones de testigos, informes policiales, incluso una confesión manuscrita de uno de los asociados más cercanos del padre de Nicholas; todos apuntaban a la misma conclusión: Él había sido responsable de la muerte de mi madre.

—No se puede confiar en nadie, ¿verdad? —Mi voz destilaba amargura.

—No, Liliana, no se puede —respondió Turner solemnemente—. Especialmente cuando se trata de asuntos de poder y venganza.

—¿Venganza? ¿A qué te refieres?

—La muerte de tu madre no fue un accidente. Fue orquestada, cuidadosamente planeada por alguien que quería herir a tu familia.

—¿Quién querría hacer eso? —Mi madre había sido la más dulce de las almas y había estado bien protegida por mi padre.

—Alguien con una vendetta contra tu padre, quizás. Alguien que sabía que quitarle a tu madre lo pondría de rodillas.

—El padre de Nicholas.

—Exactamente.

—Sin embargo, ¿aún crees que podría ser inocente?

—No he dicho eso. Dije que podría haber otro lado de la historia, uno que aún no hemos descubierto. Y depende de ti averiguar qué es.

—¿Yo? Pero ¿cómo puedo...?

—Porque eres fuerte, Liliana. Más fuerte de lo que crees.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué haría esto? —La desesperación me arañaba, amenazando con consumirme mientras lidiaba con esta nueva información.

—Poder, control... ¿venganza? Los motivos no están claros. Pero mereces respuestas, Liliana. Tu familia merece justicia. Mereces saber que te has casado con una familia de monstruos.

Mi mente daba vueltas, preguntándome cuál era la verdad realmente. Papá dijo que había sido un accidente y yo le había creído. ¿Había mentido o le habían mentido? Tenía que saber la verdad. Cerré el expediente, mi voz resuelta mientras miraba a Turner a los ojos.

—¿Nicholas no lo sabe?

—No. Y es mejor que no lo sepa... todavía. —Su voz llevaba una nota de urgencia.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —pregunté, con la ira filtrándose en mi voz—. ¿Quieres que me quede sentada aquí, sabiendo que el padre de mi marido pudo haber sido cómplice del asesinato de mi madre?

Se inclinó hacia adelante, su voz en un susurro. —Por supuesto que no. Quiero que descubras la verdad.

—¿Yo? No soy detective ni espía. ¿Cómo se supone que voy a descubrir lo que tú no pudiste?

—Porque estás en el interior. Conoces a la familia Romano mejor que nadie. —La voz de Turner se suavizó, pero su determinación brillaba—. Y si hay alguna posibilidad de que este expediente sea falso, se lo debes a ambos, y a tu madre, averiguarlo.

Turner se levantó y me dejó sola con esta devastadora información.

Meforcé a ralentizar el latido errático de mi corazón. Sentía como si un agarre helado se hubiera apoderado de mi pecho, haciendo que cada bocanada de aire fuera una lucha. El frío acero de los cubiertos en mi mano solo servía para intensificar la sensación.

Aparté mi plato, sin apetito. El aroma de mi antes comida favorita ahora parecía repulsivo, contaminado por el sabor amargo de la traición.

—Señora, ¿está bien? —La voz preocupada del camarero me sacó de mis pensamientos. Estaba de pie junto a mí, con el ceño fruncido de preocupación.

—Bien, solo... necesito un momento. —Mis palabras sonaban forzadas mientras luchaba por darle sentido a esta nueva información.

—Por supuesto. —Dudó antes de dejarme sola una vez más. Me levanté y marché hacia mi coche.

—¡George! —llamé, mi voz más fuerte ahora—. Llévame con Nicholas.

—¿Está segura, señora? —Sus ojos se encontraron con los míos, llenos de preocupación.

—Tiene mucho que explicar.

Capítulo 21

Nicholas

Estaba sentado en mi oficina, con el peso de mis pensamientos oprimiéndome como un tornillo aplastante. La desaparición de Francesca me preocupaba. Seguro que tramaba algo. Un pesado silencio se cernía entre Liliana y yo. No me hablaba y se había mudado a una habitación de invitados para dormir. Añoraba su calor en nuestra cama, pero todo lo que sentía era el frío vacío que amenazaba con consumirme.

La puerta chirrió al abrirse y Marco entró con paso despreocupado; su rostro lucía una sonrisa burlona que contrastaba con la monotonía del trabajo de oficina que se le había asignado como castigo. Su negligencia había permitido que Liliana entrara a mi oficina antes de que tuviera la oportunidad de deshacerme de Francesca, y no podía arriesgarme a pasar por alto tal descuido. Bajo su apariencia despreocupada, poseía un intelecto en el que me había apoyado en el pasado, así que no podía deshacerme de él.

—Hola, jefe —saludó, con su voz rebosante de falsa alegría—. ¿Cómo va la cavilación? ¿Has encontrado alguna respuesta en el fondo de ese vaso de whisky?

—Déjate de tonterías, Marco —gruñí, apurando el último trago del líquido ámbar antes de estrellar el vaso contra el escritorio—. Si has venido a regodearte, no me interesa.

—En realidad —respondió, reemplazando su tono jovial por uno más serio—, tengo una idea sobre cómo podemos encontrar a Francesca.

Me recliné en mi silla y lo estudié cuidadosamente, buscando cualquier indicio de engaño en sus ojos. No me sorprendería que se inventara algo solo para escapar del trabajo de oficina. — Te escucho.

—Francesca es una criatura de hábitos —comenzó Marco, paseándose por la habitación mientras hablaba—. Frecuenta unos pocos lugares selectos: su boutique favorita, el spa, ese pequeño café junto al parque. Solo necesitamos vigilar esos lugares y eventualmente aparecerá.

—¿Eso es todo? —me burlé, con la paciencia agotándose—. ¿Crees que no he considerado eso ya? Ella sabe que la estamos buscando, Marco. No será tan descuidada.

—Ah —replicó, con una sonrisa astuta extendiéndose por su rostro—, pero ahí es donde te equivocas, jefe. Ella tendrá a alguien vigilando y una vez que busquemos en un lugar, sabrá que no volveremos. Entonces se sentirá libre de ir a cualquier sitio donde ya hayamos estado.

Mi mente corría mientras reflexionaba sobre sus palabras, los engranajes girando mientras sopesaba los riesgos contra las potenciales recompensas. ¿Podría ser realmente tan simple? ¿Los hábitos de Francesca la llevarían directamente de vuelta a nuestras manos?

—Bien —dije finalmente, el veneno en mi voz traicionando mi frustración—. Lo haremos a tu manera. Pero no la cagues, Marco. No estoy de humor para más de tus juegos.

—Entendido, jefe —respondió, sus ojos brillando con una mezcla de emoción y determinación—. No te decepcionaré.

Tan pronto como se fue, me puse de pie, sintiendo mis músculos tensos y adoloridos por las horas de cavilación sobre la desaparición de Francesca y el silencio de Liliana. Necesitaba

respuestas, y rápido. Salí de la oficina y fui a la de al lado para ver a Susanna, mi secretaria, que estaba revisando una pila de documentos en su escritorio.

—¿Ha sido Marco diligente con su castigo? —pregunté, esperando algún indicio de que se hubiera tomado su castigo en serio.

Susanna levantó la mirada y negó con la cabeza. —Jefe, lo siento, pero no. Marco no se lo está tomando en serio. Pasa más tiempo bromeando que trabajando realmente.

Sus palabras se sintieron como un puñetazo en el estómago. Ya era bastante malo lidiar con la traición de Francesca y el silencio de Liliana; ahora tenía que preocuparme por la falta de disciplina de Marco.

—Asegúrate de darle los peores trabajos cuando regrese —dije apretando los dientes—. Está fuera buscando a Francesca. No seas blanda con él.

—Por supuesto que no, jefe.

Mientras me alejaba, mi mente hervía de frustración y rabia. No necesitaba esto ahora. No cuando todo lo demás se estaba desmoronando.

Salí de la oficina de Susanna y me quedé paralizado. Allí estaba ella —Liliana— de pie en el pasillo, esperándome. Su postura era rígida, su mandíbula tensa y sus ojos clavados en los míos con una intensidad que me erizó la piel.

—No esperaba encontrarte aquí —dije con cautela. El silencio entre nosotros era sofocante, lleno de acusaciones no dichas y dudas persistentes—. ¿Necesitas algo?

—Lee esto. —Extendió un archivo ominoso, su voz desprovista de emoción. El escalofrío del expediente policial se filtró en mis huesos mientras lo tomaba de ella, las implicaciones de lo que contenía carcomiendo mis entrañas.

Entré en mi oficina y ella me siguió. —¿De qué se trata esto? —pregunté, esperando que rompiera el silencio y me ofreciera aunque fuera el más mínimo indicio de comprensión.

—Léelo —repitió, con la mirada firme. Sabía que era mejor no presionarla más; lo que fuera que estuviera dentro la había alterado profundamente, y necesitaba saber por qué.

Mientras abría el archivo y comenzaba a leer, las palabras se mezclaban, un laberinto nauseabundo de nombres y fechas, y no fue hasta que llegué al final que finalmente comprendí la gravedad de lo que tenía en mis manos.

—¿Esto... esto sugiere que mi padre tuvo algo que ver con el asesinato de tu madre? —Las palabras me sabían a ceniza en la lengua, y pude ver el dolor grabado en el rostro de Liliana mientras asentía—. No puedo creerlo. Esto no puede ser verdad.

—Lo creas o no, la evidencia está ahí —dijo fríamente. Sus ojos me taladraban, buscando alguna indicación del hombre que era, del hombre que ella creía conocer—. Necesitas averiguar si es cierto. Descúbrelo y saca a Francesca del país, entonces hablaremos de nuevo.

La vi alejarse, dejándome solo con los recuerdos de mi pasado.

—Maldito seas, padre —susurré en la habitación vacía—. ¿Qué hiciste?

—¡James! —bramé, con la voz quebrándose bajo el peso de mi furia. Hubo una breve pausa antes de que la figura familiar de nuestro mayordomo apareciera en la puerta, su rostro una máscara de calma practicada.

—¿Señor? —preguntó, sus ojos recorriendo mi aspecto desaliñado con un aire de preocupación silenciosa.

—Ven aquí —ordené—. Necesito tu ayuda con algo.

El más leve atisbo de sorpresa cruzó por su rostro, pero rápidamente controló sus facciones y dio un paso adelante. Le metí el archivo en las manos, observando cómo sus ojos recorrían el contenido condenatorio.

—Dime —dije—, ¿hay algo de verdad en esto? ¿Tuvo mi padre algo que ver con el asesinato de la madre de Liliana?

James dudó, su agarre sobre el archivo se tensó mientras sopesaba cuidadosamente sus palabras. —No lo sé con certeza, señor —admitió, su voz cargada de pesar—. Pero si quiere que lo averigüe, lo haré.

—Bien —gruñí—. Eres el único que podría saber algo sobre esto. Tu pasado, tu conexión con mi padre... es nuestra mejor oportunidad de encontrar la verdad.

Asintió solemnemente, su mirada sin apartarse de la mía. —Entiendo, señor. Déjelo conmigo.

—Gracias —dije.

Me serví un whisky. Dos horas después, James reapareció. —Señor —dijo James, su voz extendiéndose como un salvavidas en el tumultuoso mar de mis pensamientos—. He estado revisando registros y cotejando fechas. Creo que encontré algo.

—Dímelo —exigí.

—Su padre no pudo haber estado involucrado en el asesinato de la madre de Liliana —dijo, sus ojos reflejando la certeza detrás de sus palabras—. Estaba en México, tratando con proveedores durante el momento del incidente.

—¿Estás seguro? —pregunté, buscando cualquier indicio de duda en su expresión.

—Absolutamente. Lo recuerdo bien: hubo complicaciones con el envío, y su padre tuvo que encargarse personalmente. No habría podido regresar lo suficientemente rápido para estar en estas fotos.

Un breve destello de alivio me invadió, pero hizo poco para calmar la tormenta que rugía en mi interior. Si mi padre no era responsable, ¿quién había reunido estos documentos falsos?

—Gracias, James —dije, tomando el archivo de vuelta—. Pero aún necesitamos respuestas.

—Entendido, señor. ¿Qué quiere que haga?

—Sigue investigando. ¿Quién querría que Liliana viera esto? —Hice una pausa, formándose una idea en mi mente—. Mientras tanto, me pondré en contacto con el detective Turner.

—Tenga cuidado, Nicholas. Confiar en un policía es peligroso, sin importar lo que prometa. —James inclinó la cabeza y salió de la habitación, dejándome luchando con los demonios que atormentaban mis pensamientos.

Tomé el teléfono y marqué el número del detective.

—Detective Turner al habla.

—Turner, soy Nicholas Romano. Necesitamos hablar.

—Romano —arrastró las palabras, con la sospecha espesa en su voz—. ¿Qué quieres?

—Respuestas —dije simplemente—. Encuéntrame en el pub O'Donnell's en una hora.

—Bien —gruñó, dudando solo un momento antes de aceptar—. Estaré allí.

Colgué el teléfono y volví mi mirada una vez más al archivo sobre mi escritorio, decidido a obtener las respuestas que Liliana y yo necesitábamos.

Capítulo 22

Nicholas

La puerta del O'Donnell's Pub crujió cuando la empujé para abrirla, y el olor a cerveza rancia y humo de cigarrillo asaltó mis fosas nasales. La tenue iluminación proyectaba sombras sobre el suelo desgastado y la pintura desconchada, creando una atmósfera de oscuridad y misterio que reflejaba la naturaleza de mi encuentro con el detective Turner.

Lo divisé en una mesa de la esquina, bebiendo a sorbos un vaso de whisky y mirándome con recelo mientras me acercaba. Sus facciones duras estaban marcadas por una mezcla de curiosidad y desconfianza. Me deslicé en el asiento frente a él, tratando de reprimir la inquietud que me carcomía las entrañas.

—Bien, Romano, vayamos al grano —gruñó Turner, dando otro sorbo a su bebida—. ¿Por qué estamos aquí?

—Simple —respondí, manteniendo un contacto visual firme—. Necesito cualquier evidencia que tengas que absuelva a mi padre de haber asesinado a mi suegra.

—A nadie le importa ahora que está muerto —dijo secamente, con una sonrisa de suficiencia en los labios—. Sin embargo, la evidencia es bastante clara. Él mató a la madre de Liliana.

—Excepto que sé que no lo hizo. Sus registros de viaje lo prueban. Tus archivos han sido manipulados y necesito tu ayuda para demostrárselo a mi esposa.

—¿Ayudarte? —se burló Turner, reclinándose en su asiento—. ¿Qué te hace pensar que haría eso?

—Porque no me iré hasta que lo hagas —escupí, la desesperación alimentando mi ira—. El nombre de mi padre, la paz de Liliana... todo está en juego. Y tú —apunté con un dedo hacia su pecho— tienes la clave.

—Mira, Romano —suspiró Turner, frotándose las sienes—. Incluso si quisiera ayudarte, no puedo. Ese archivo vino de arriba.

—Toma tu decisión, Turner. Ayúdame o quítate de mi camino —gruñí, el peso de mi amor por Liliana y la necesidad de protegerla mezclándose con la ira hirviente dentro de mí.

Turner me miró fijamente, sus ojos duros y calculadores, como si estuviera sopesando si confiar en mí o echarme a los lobos. Podía sentir la tensión aumentar con cada segundo que pasaba, amenazando con estallar en violencia.

—Está bien —dijo, con voz fría y firme—. Te ayudaré, por ahora. Pero no pienses ni por un momento que esto cambia algo entre nosotros.

—Entendido —dije.

—Entonces hemos terminado aquí —espeté, apartándome de la mesa y saliendo del bar, la puerta cerrándose de golpe detrás de mí como un disparo.

Capítulo 23

Nicholas

Estaba sentado detrás de mi escritorio de caoba, con el peso del imperio Romano sobre mis hombros. La oficina era un monumento a nuestro poder, con sus altos techos adornados con pan de oro y paredes cubiertas de arte invaluable. Una licorera de cristal llena de whisky añejo reflejaba la luz brillante de la chimenea, proyectando sombras que bailaban por la habitación. Este era mi santuario, donde había planeado y orquestado el ascenso de nuestra familia a la prominencia.

Riccardo irrumpió en mi oficina, sacándome de mis pensamientos.

—Antonio Bianchi acaba de salir del hospital.

Riccardo había estado a mi lado desde que éramos niños, su lealtad inquebrantable. Habíamos visto lo mejor y lo peor el uno del otro, luchado codo con codo y construido nuestro imperio juntos. No había nadie en quien confiara más.

—Mierda —escupí, con la rabia hirviendo en mi pecho—. Pensé que teníamos más tiempo. —Mi rostro se torció en una mueca de desprecio. Antonio era una serpiente, una espina constante en mi costado, y ahora estaba de vuelta en las calles.

—Nicholas —advirtió Riccardo, sintiendo mi furia—, necesitamos mantener la cabeza fría.

Antonio Bianchi era un bastardo vengativo que no se detendría ante nada para ganar poder y ejecutar su venganza. Era un cáncer que necesitaba ser extirpado antes de que pudiera infectar todo lo que apreciaba.

—¡Mierda! —grité de nuevo.

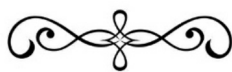
Caminé de un lado a otro por mi oficina, el suave golpeteo de mis pasos amortiguado por la gruesa alfombra bajo mis pies. Mi mente se llenó de recuerdos de la traición de Antonio, cada instancia un violento recordatorio de lo peligroso que era. Recordé el cargamento de drogas que había interceptado y vendido a nuestros rivales, socavando efectivamente nuestra operación y costándonos millones. La sonrisa burlona en su rostro cuando se alejó de ese trato sin un rasguño aún me perseguía.

El recuerdo de la cara presumida de Antonio, deleitándose con el daño que había causado, hizo que mi sangre hirviera. Una y otra vez, había atacado nuestras operaciones, dejándonos luchando por recuperarnos y reconstruir. Recordé la noche en que nuestro cargamento de armas había sido interceptado, millones de dólares perdidos en un instante. Antonio había orquestado todo el asunto, por supuesto, sus huellas por todas partes sin estar nunca presente él mismo.

—Hijo de puta —murmuré. Otro recuerdo surgió, este más oscuro que el anterior. Los negocios eran negocios, pero cuando amenazó a mi esposa en nuestra recepción de boda, supe que siempre seríamos enemigos.

—Riccardo —llamé, con la voz impregnada de acero—. Es hora de que le hagamos una visita a Antonio.

—Por supuesto, Nicholas —respondió Riccardo sin dudar, su lealtad inquebrantable incluso en los momentos más oscuros.



La pesada puerta de roble de la casa de Antonio se abrió, revelando al hombre mismo. Su cabello canoso, ojos grises penetrantes y atuendo impecable lo hacían parecer un depredador esperando a una presa desprevenida. Pude sentir a Riccardo tensarse a mi lado mientras cruzábamos el umbral.

—Nicholas, ¿a qué debo esta visita inesperada? —preguntó Antonio, su voz destilando falsa cordialidad. Hizo un gesto hacia la lujosa sala de estar, donde nos esperaban sillones mullidos y una chimenea encendida.

—Déjate de estupideces, Antonio —gruñí, acortando la distancia entre nosotros—. Ambos sabemos por qué estoy aquí.

Arqueó una ceja, sonriendo con suficiencia ante mi agresividad. Podía ver los engranajes girando en su mente, calculando su próximo movimiento. La dinámica de poder entre nosotros era tangible: dos titanes del bajo mundo compitiendo por la dominación.

—Ah, sí. Parece que te has enterado de mis recientes... actividades —los ojos de Antonio se entrecerraron mientras me estudiaba—. Debo decir, Nicholas, que estoy impresionado por tu capacidad para mantenerme vigilado, especialmente considerando lo ocupado que estás tratando de mantener tu pequeño imperio que se desmorona.

—Mantente alejado de mis cargamentos de armas —le advertí—. Si no lo haces, me aseguraré de que te arrepientas.

—¿Eso es una amenaza, Nicholas? —preguntó Antonio, fingiendo inocencia aunque su mirada se volvió glacial. Ahora estábamos a escasos centímetros el uno del otro, cada uno desafiando al otro a hacer el primer movimiento.

—Tómalo como quieras —respondí. Una parte de mí deseaba que atacara, solo para poder desatar la furia que hervía dentro de mí. Pero sabía que era mejor no dejar que mis emociones dictaran mis acciones. Necesitaba ser más inteligente que él, más estratégico si iba a ganar esta guerra.

—Muy bien —dijo Antonio, sin apartar sus ojos de los míos—. Prometo que dejaré tus operaciones en paz.

—Y si vas tras mi familia, no dudaré en destruir todo lo que has construido. Recuerda eso —dije.

La tensión cargaba la habitación, como una tormenta a punto de estallar. Los labios de Antonio se retrajeron en una sonrisa venenosa mientras me desafiaba, su voz despectiva.

—Tal vez deberías huir ahora, Nicholas, antes de que reclame todo tu imperio para mí —se burló—. Y, oh, dale mis saludos a tu encantadora esposa. Le estoy construyendo a Frankie un nuevo hogar y creo que le encantará.

Esa amenaza velada contra Liliana envió una descarga de rabia a través de mí, y requirió cada onza de autocontrol no lanzarme sobre él. Los músculos bajo mi piel se crisparon con el esfuerzo de permanecer quieto.

—Mantente alejado de mí, de Liliana y de mi negocio —advertí, mi voz tan fría e inflexible como el acero—. O sufrirás las consecuencias.

—¿Esa es tu última palabra, Nicholas? —preguntó Antonio con burla—. Vas a necesitar

más que amenazas para detenerme.

—Considérate advertido —fue todo lo que dije, girando sobre mis talones y saliendo a zancadas de su casa, con la rabia burbujeando justo bajo la superficie.

Tan pronto como salí, el aire amargo golpeó mi rostro, pero hizo poco para sofocar el fuego dentro de mí. Podía sentir el peso de las palabras de Antonio arrastrándome hacia abajo, un ancla pesada amenazando con hundirme. Mi mente corría con pensamientos de Liliana: sus ojos llenos de dolor, pero aún brillando con una fuerza interior que me dejaba sin aliento. Se había convertido en mi todo, y la idea de que alguien la lastimara era suficiente para hacer hervir mi sangre.

Riccardo y yo nos deslizamos en mi Mercedes negro, el motor ronroneando como un depredador acechando a su presa. Mis nudillos se blanquearon mientras aferraba el volante, mi mandíbula apretada con fuerza, la tensión entre Antonio y yo aún persistía en el aire.

—Tenemos que hacer algo con él —dijo Riccardo, su voz teñida de preocupación—. No va a retroceder.

Lo miré, nuestros ojos se encontraron por un breve momento. Pude ver la preocupación en su rostro, un reflejo de mi propio tormento interior. —Lo sé. Nos encargaremos de ello.

El viaje de regreso a mi casa fue un borrón de luces de la calle y sombras, mi mente corriendo con pensamientos sobre cómo proteger a Liliana y lo que era mío. Las calles de la ciudad parecían cerrarse a nuestro alrededor, asfixiándome con el peso de la guerra que se estaba gestando justo bajo la superficie.

—Aumenta la seguridad —ordené, mi voz un gruñido bajo—. Duplica las patrullas alrededor de la casa. Y asegúrate de que los hombres estén armados y listos para cualquier cosa.

—Ya está hecho —respondió Riccardo. Me conocía lo suficientemente bien como para anticipar mis necesidades, nuestro vínculo forjado por años de amistad y lealtad.

—Y llama a George. Liliana está fuera y necesita volver a casa inmediatamente.

Capítulo 24

Liliana

Arranqué un trozo de pan caliente y crujiente y lo mojé en el aceite de oliva con ajo. El satisfactorio crujido llenó mis oídos mientras lo mordía, saboreando los sabores que nunca dejaban de reconfortarme. Mi restaurante favorito siempre había sido un santuario para mí, pero esta noche, ni siquiera el ambiente familiar podía calmar la tormenta que se desataba en mi interior. Todavía ardía por la humillación que Nicholas me había infligido, agravada por el hecho de que aún no había logrado encontrar a Francesca.

—Perfetto, como siempre —sonreí en respuesta.

George, sentado vigilante en el SUV negro estacionado afuera, escudriñaba con sus ojos de halcón a cada transeúnte en busca de posibles amenazas. A veces me molestaba, pero entendía su necesidad. Nuestra familia tenía enemigos-organizaciones rivales e individuos hambrientos de poder que no dudarían en usarme como moneda de cambio.

—Disculpe —dije, colocando la servilleta de lino sobre la mesa y levantándome con gracia de mi asiento—. Necesito ir al tocador y puede traerme la cuenta.

—Por supuesto, señora Romano —respondió el camarero, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

Mientras caminaba por el pasillo hacia el baño, me sentía segura. Las paredes estaban adornadas con pinturas antiguas del campo italiano, recordándome las historias que mi madre solía contarme sobre nuestra tierra natal.

Al entrar al baño, me tomé un momento para apreciar los elegantes mostradores de mármol y la suave luz que se reflejaba en los espejos dorados. Me sentía en paz aquí, un raro respiro del peligro constante que acechaba en cada esquina de mi vida.

Mientras miraba mi reflejo en el espejo, un leve sonido de crujido llamó mi atención.

—Hola, Liliana —dijo una voz detrás de mí. Me di la vuelta, y allí estaba ella-Francesca Conti, la ex amante de Nicholas y una fuente constante de tensión en mi vida. Su presencia me hizo estremecer. La sonrisa burlona que jugaba en sus labios solo aumentó mi sensación de temor.

—Francesca —escupí, tratando de enmascarar el miedo que me atenazaba—. ¿Qué haces aquí?

—Antonio Bianchi te manda saludos —respondió fríamente, sus ojos brillando con malicia mientras blandía una jeringa hipodérmica.

Apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que se abalanzara sobre mí, hundiendo la aguja profundamente en mi brazo. Al instante, una insensibilidad recorrió mi cuerpo, haciendo que mis extremidades se sintieran pesadas y sin respuesta. El mundo a mi alrededor comenzó a girar, y desesperadamente intenté pedir ayuda. Pero mi voz no era más que un susurro que se desvanecía.

—Shh, no luches contra ello, querida —se burló Francesca mientras me desplomaba sobre el frío suelo de baldosas, mi visión oscureciéndose por segundos.

Mis pensamientos corrían, consumidos por el terror y la incredulidad. ¿Cómo podía estar pasando esto? ¿Por qué me quería Antonio? Mientras la consciencia se me escapaba, me aferré a una última esperanza-Nicholas vendría por mí.



Desperté sobresaltada, el frío calando mis huesos y el aire húmedo helándome . Mis ojos luchaban por mantenerse abiertos y observar la habitación, iluminada por una sola bombilla parpadeante que se balanceaba precariamente desde el techo. Las sombras danzaban por las paredes de cemento, sus siniestros movimientos creando una atmósfera inquietante en el pequeño espacio.

—¿Dónde estoy? —susurré, con una voz apenas audible incluso para mí misma. El pánico se acumulaba en mi interior, amenazando con consumirme por completo. Pero me negué a dejar que ganara.

Mientras mi mirada vagaba por la habitación, me di cuenta de que mis muñecas estaban fuertemente atadas a mi espalda, la áspera cuerda cortando mi delicada piel. Con cada intento inútil de liberarme, el dolor se intensificaba.

—¡Ayuda! ¿Hay alguien ahí? —grité, esperando contra toda esperanza que alguien escuchara mis desesperados gritos.

No hubo respuesta. El silencio pesaba sobre mí, sofocante en su implacable agarre. Pero aun así, me negué a ceder a la desesperación. No podía permitirme perderme en el miedo, no cuando mi vida estaba en juego.

—¡Antonio, cobarde! —escupí, reuniendo cada onza de coraje dentro de mí—. ¡Si crees que puedes quebrarme, estás muy equivocado!

A pesar de la bravuconería en mis palabras, no podía negar los gélidos zarcillos de pavor que se enroscaban alrededor de mi corazón.

Mientras las sombras continuaban su siniestra danza, mi determinación se hacía más fuerte. No sería otra víctima indefensa, abandonada para perecer a manos de un hombre cruel y sádico. Lucharía, con cada fibra de mi ser, hasta ser libre.

Reanudé mis esfuerzos por escapar. La cuerda se clavaba más profundamente en mi carne, haciéndome sangrar, pero me negué a desanimarme. Apreté los dientes, luchando a través del dolor mientras continuaba forcejeando contra mis ataduras.

—Por favor, Dios —recé en silencio—, dame la fuerza para sobrevivir esta prueba.

—Bienvenida, Liliana —una voz se deslizó por la oscuridad, escalofriante y amenazadora. La puerta crujió al abrirse, y Antonio Bianchi bajó las escaleras. Su presencia era como una nube oscura, sus ojos fríos y su sonrisa maliciosa evidencia de las innumerables víctimas que habían caído en sus garras.

—Antonio —escupí, mi voz temblando de ira y miedo—. ¿Qué quieres de mí?

—Querida, ¿no es obvio? —Se paseó por la habitación, sus zapatos resonando ominosamente contra el húmedo suelo de concreto—. Eres una ventaja sobre tu querido esposo Nicholas.

Sus palabras encendieron un fuego dentro de mí, y luché aún más fuerte contra mis ataduras, la desesperación prestándome una fuerza que no sabía que poseía. Las cuerdas se hundieron más profundamente en mi carne, pero apenas noté el dolor. Todo lo que importaba era escapar de esta prisión infernal.

—Nicholas nunca se inclinará ante ti —siseé, con desafío ardiendo en mi pecho.

—Cuánto fuego —musitó Antonio, su fría sonrisa ensanchándose—. Puedo ver por qué Nicholas es tan protector contigo. Pero me temo que tu bravuconería está fuera de lugar.

—Vete al infierno —escupí, mi voz temblando de rabia.

—Tal vez —respondió, imperturbable ante mi arrebato—. Pero no antes de que me haya divertido.

—Incluso si me liberaras ahora mismo, Antonio —advertí—, Nicholas vendrá por ti de todos modos. La familia Romano nunca perdonará ni olvidará lo que has hecho.

—Oh, Liliana —suspiró con falsa simpatía—, malinterpretas mis intenciones. No tengo planes de matarte. —Hizo una pausa, permitiendo que sus palabras calaran antes de continuar—. No, planeo usarte para poner a tu preciosa familia de rodillas. Y luego te entregaré a Frankie.

—Tus amenazas no me asustan —escupí, aunque mi corazón latía a un ritmo alarmante—. Preferiría morir antes que traicionar a mi esposo.

—¿Eso crees? —reflexionó Antonio mientras me rodeaba como un depredador acechando a su presa—. Bueno, entonces, veamos hasta dónde llega tu lealtad.

Sin previo aviso, me dio una bofetada en la cara, la fuerza del golpe enviando una onda de choque de dolor a través de mi cráneo. Saboreé sangre y sentí el escozor de las lágrimas amenazando con derramarse, pero tercamente las contuve. No le daría la satisfacción de verme llorar.

Arremetió de nuevo, esta vez agarrando mi mandíbula con un agarre como una prensa y apretando hasta que pensé que podría romperme los huesos. El dolor me atravesó, pero me negué a dejarle ver cuánto me dolía. En su lugar, me concentré en la ira dentro de mí, permitiendo que me llenara con la fuerza que necesitaba para enfrentarlo.

—Tus patéticos intentos de dominio no me quebrarán —siseé entre dientes apretados—. Nunca me someteré a ti.

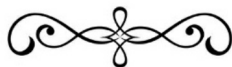
—Quizás no voluntariamente —concedió, soltando mi cara con una risa cruel—. Pero hay formas de forzar la obediencia, querida. Y créeme, pueden ser bastante... placenteras.

Sus palabras enviaron un escalofrío de temor por mi columna, pero me negué a dejarle ver mi miedo.

—¿Eso es todo lo que tienes? —escupí, tratando de mantener mi voz firme a pesar del martilleo en mi cabeza—. Tendrás que hacerlo mejor si quieres controlarme.

—Palabras valientes, Liliana —se burló Antonio, rodeándome como un depredador acechando a su presa—. Pero vacías, al fin y al cabo.

Se alejó por un momento, dándome la espalda mientras alcanzaba algo fuera de mi vista. Supe que esta era mi oportunidad —mi única esperanza— de cambiar las tornas. El miedo y la adrenalina amenazaban con hacerme entrar en pánico, pero tragué mi terror y redoblé mis esfuerzos por liberarme.



La historia continúa en *Venganza Secreta*.